



FRANCISCO  
L. URQUIZO  
VIDA Y OBRA

---

Juan Manuel Urquizo  
Coordinador





FRANCISCO L. URQUIZO

VIDA Y OBRA

HISTORIA



CULTURA  
SECRETARÍA DE CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

Secretaria de Cultura  
María Cristina García Cepeda



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Directora General  
Patricia Galeana

Consejo Técnico Consultivo

Fernando Castañeda Sabido	Salvador Rueda Smithers
Luis Jáuregui	Rubén Ruiz Guerra
Ana Carolina Ibarra González	Enrique Semo
Érika Pani	Luis Barrón Córdova
Ricardo Pozas Horcasitas	Gloria Villegas Moreno

FRANCISCO L. URQUIZO

VIDA Y OBRA

JUAN MANUEL URQUIZO

*Coordinador*

F1234  
F731  
2017

*Francisco L. Urquizo. Vida y obra* / Juan Manuel Urquizo, coordinador; Patricia Galeana, presentación. Ciudad de México: Secretaría de Cultura, INEHRM, 2017.  
208 páginas; 22.5×15 cm.

ISBN: 978-607-8507-70-2, *Francisco L. Urquizo. Vida y obra*

Urquizo, Francisco L. (Francisco Luis), 1891-1969 - Biografía. 2.  
México - Vida intelectual - siglo XX. I. t.

Primera edición, INEHRM, 2017.

Producción:

Secretaría de Cultura  
Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de las Revoluciones de México

D.R. © Patricia Galeana, presentación  
D.R. © Juan Manuel Urquizo, coordinador

D.R. © 2017 de la presente edición

Secretaría de Cultura  
Dirección General de Publicaciones  
Paseo de la Reforma 175,  
Colonia Cuauhtémoc, C.P. 06500,  
Ciudad de México.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura /Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-8507-70-2, *Francisco L. Urquizo. Vida y obra*

Impreso y hecho en México

**CULTURA**

SECRETARÍA DE CULTURA



*A mi familia*

Lourdes Urquizo de Castilla

Margarita Urquizo de García

Fernando García Urquizo

Fernando García Osuna

Francisco García Osuna

Esther Gómez de Urquizo

Juan Francisco Urquizo Gómez

Lilia Christianne Schnaas de Urquizo

Francisco José Urquizo Schnaas

Andrés Francisco Urquizo Schnaas

Gregorio Gorches Guerrero

Ana Esther Urquizo de Gorches

Constanza Gorches Urquizo

Pablo Gorches Urquizo

María de Lourdes Urquizo Gómez

Yvonne Urquizo Schroeder

*In memoriam*

Francisco José Urquizo Pérez de Tejada





*y el fin de todas nuestras búsquedas  
será llegar adonde comenzamos,  
conocer el lugar por vez primera,  
a través de la puerta desconocida y recordada,  
cuando lo último por descubrir en la Tierra  
sea lo que fue nuestro comienzo.*

T.S. ELIOT / *Little Gidding* / Cuatro cuartetos  
Trad.: JOSÉ EMILIO PACHECO

*Tierra abandonada de la mano de Dios, sin agua  
ni verdor; tierra suelta hecha polvo, como para cobijar  
de un solo soplo de aire a los viandantes hambrientos  
y cansados que por allí pasaran. Tierra maldita,  
castrada, infecunda como las mulas que nunca han de  
parir. Tierra sin consuelo, tierra triste y sedienta como  
el pobre, como el gañán que vive y que vegeta y que no  
espera nada porque nada han de darle. Tierra blanca,  
pardusca y sucia como los calzones de manta de los  
hombres del campo; tierra que se adelantó a la muerte  
y que se hizo polvo antes de morir.*

TROPA VIEJA

*La vida es aire que se vuelve al viento.*

TROPA VIEJA



# CONTENIDO

EL REVOLUCIONARIO Y EL ESCRITOR	
Patricia Galeana . . . . .	13
INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO	
INTRODUCCIÓN	
Juan Manuel Urquizo . . . . .	17
SEMBLANZA	
Arturo Olgúin Hernández. . . . .	19
MI PADRE	
Juan Manuel Urquizo . . . . .	27
FRANCISCO L. URQUIZO, MODERNIZADOR DEL EJÉRCITO MEXICANO	
Rubén Darío Somuano López. . . . .	35
3 DE DIANA. FRAGMENTOS	
Francisco L. Urquizo Benavides . . . . .	39

EL NARRADOR ANTE LA MUERTE	
Adolfo Castañón . . . . .	59
CONSTRUCTOR DE UNA MEMORIA	
Víctor Díaz Arciniega . . . . .	67
EL POLVO DEL CAMINO (1946). FRAGMENTOS	
Francisco L. Urquizo Benavides . . . . .	85
ENTRE LA LETRA Y LA ESPADA	
Francisco Emilio de los Ríos . . . . .	91
SOBRE “URQUIZO, EL SAMPETRINO UNIVERSAL”	
Andrés Mendoza Salas . . . . .	101
URQUIZO, EL SAMPETRINO UNIVERSAL	
Luis Martín Tavares Gutiérrez . . . . .	103
MUJERES DE LA REVOLUCIÓN EN LA OBRA DE FRANCISCO L. URQUIZO	
Olga Cárdenas Trueba . . . . .	119
¡VIVA MADERO! FRAGMENTO	
Francisco L. Urquizo Benavides . . . . .	145
LA FIDELIDAD A DON VENUSTIANO CARRANZA	
Josefina Moguel Flores . . . . .	159
PRESENTACIÓN DE OBRAS ESCOGIDAS	
Alejandro Katz . . . . .	165
TROPA VIEJA. FRAGMENTO	
Francisco L. Urquizo Benavides . . . . .	171
LA INSPIRACIÓN	
Agustín Aguilar Tagle . . . . .	189
SOBRE LA CIUDADELA QUEDÓ ATRÁS	
Elías Salas Westphal . . . . .	191
EPÍLOGO	
Juan Manuel Urquizo . . . . .	199

## EL REVOLUCIONARIO Y EL ESCRITOR

La presente obra contiene diversas semblanzas de Francisco L. Urquizo Benavides, con el análisis de su obra militar y literaria. Compilada por Juan Manuel Urquizo, hijo del general, la publicación incluye fragmentos de varias de las novelas más conocidas de quien fuera el escritor del soldado revolucionario: *3 de Diana*, *El polvo del camino*, *¡Viva Madero!* y *Tropa Vieja*.

Luis Martín Tavares<sup>1</sup> comenta que desde su tierra natal, San Pedro de las Colonias, Urquizo conoció en su infancia a Madero, con quien su familia tenía relación. Relata cómo se sintió atraído por la causa maderista, a la que se incorporó a los 17 años, a pesar de la oposición familiar. Tavares destaca que fue Urquizo quien desmintió la versión de que el presidente se había suicidado.<sup>2</sup>

Arturo Olguín Hernández<sup>3</sup> hace la semblanza biográfica del general desde que ingresó como soldado raso al regimiento de caballería del Ejército Libertador maderista, el 7 de febrero de 1911. Refiere su participación en la Decena Trá-

<sup>1</sup> “Urquizo, el sampetrino universal”, pp. 103-117.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 109.

<sup>3</sup> “Semblanza”, pp. 19-26.

gica y su unión a la revolución constitucionalista encabezada por Venustiano Carranza, al que acompañó hasta sus últimos momentos.

Josefina Moguel<sup>4</sup> destaca que para Urquizo, el personaje central de la Revolución mexicana fue Venustiano Carranza, a quien le dedicó varias de sus obras. En ellas, el general mostró la talla de estadista del presidente como constructor del Estado mexicano del siglo XX.<sup>5</sup>

Rubén Darío Somuano López<sup>6</sup> refiere la contribución de Urquizo a la organización del Ejército Constitucionalista. Estableció el primer servicio de comunicaciones y restableció el Colegio Militar. Fundó la *Revista Militar Marte* y la *Revista Cultural del Ejército y la Marina*.

Somuano destaca la modernización del Ejército mexicano que llevó a cabo Urquizo en 1942, cuando fue subsecretario de Guerra. Desde el establecimiento del Servicio Militar Nacional y la construcción de los campos militares,<sup>7</sup> hasta la ampliación de las bases aéreas, que continúan funcionando hasta el día de hoy.<sup>8</sup>

En 1945, ya como secretario de la Defensa Nacional, tuvo la responsabilidad de organizar la participación de México en la Segunda Guerra Mundial y abanderar al famoso Escuadrón 201. Por todos sus méritos, el Senado de la República le otorgó la Medalla Belisario Domínguez en 1967 y sus restos reposan en la Rotonda de las Personas Ilustres desde 1994.

Sobre la obra literaria del general, Elías Salas<sup>9</sup> señala que escribe novela de denuncia, en contra de la deslealtad y la traición. Recuerda que tras el asesinato de Carranza, Urquizo salió del país y fue hasta 1935 que reingresó al Ejército.

<sup>4</sup> “La fidelidad a don Venustiano Carranza”, pp. 159-164.

<sup>5</sup> *Idem*.

<sup>6</sup> “Francisco L. Urquizo, modernizador del Ejército mexicano”, pp. 35-38.

<sup>7</sup> En la Ciudad de México, Cuernavaca, Puebla, Irapuato, Morelia, Veracruz y Oaxaca.

<sup>8</sup> “Francisco L. Urquizo, modernizador...”, *op. cit.*

<sup>9</sup> “Sobre *La Ciudadela quedó atrás*”, pp. 191-197.

Víctor Díaz Arciniega<sup>10</sup> subraya, por su parte, que la trascendencia de Urquiza está en su literatura, cuyo propósito, según lo escribió el propio general, fue cumplir con su obligación de narrar lo vivido: “Todos los que como yo tuvimos la suerte de formar parte de la Revolución —indicó Urquiza en 1967— tenemos el derecho, o creo que hasta la obligación, de contar cuanto supimos de la Revolución para que sirva siquiera como datos para los que escriban la historia”.<sup>11</sup>

Para Díaz Arciniega, lo que le interesaba no era contar *su* verdad, sino *la* verdad.

La compilación incluye la presentación de Alejandro Katz<sup>12</sup> a las *Obras escogidas de Urquiza*, publicadas por el Fondo de Cultura Económica y el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) en 2003. En este texto, Katz define a Urquiza como el cronista de la Revolución. Destaca que, en su vasta obra, el general se manifiesta un paciente observador con una inmensa capacidad narrativa. Logra amalgamar los oficios de “historiador, intérprete y poeta”.<sup>13</sup>

Adolfo Castañón<sup>14</sup> pone énfasis en el valor de la obra literaria de Urquiza. Elogia su “sentido contrastado de lo natural y de lo sobrenatural, que es uno de los rasgos de la identidad nacional: el desenfadado desprendimiento ante la muerte”.<sup>15</sup>

En la presente publicación se ofrece un fragmento de *El polvo del camino*, un relato subjetivo de Urquiza, en forma de monólogo, que es una reflexión sobre la vida y la muerte.<sup>16</sup> También se incluye un fragmento de la célebre obra *Tropa Vieja*.<sup>17</sup>

<sup>10</sup> “Constructor de una memoria”, pp. 67-84.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 69.

<sup>12</sup> “Presentación de *Obras escogidas*”, pp. 165-170.

<sup>13</sup> *Idem.*

<sup>14</sup> “El narrador ante la muerte”, pp. 59-66.

<sup>15</sup> *Idem.*

<sup>16</sup> “*El polvo del camino* (1946). Fragmentos”, pp. 85-90.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 171-187.



En este sentido, Agustín Aguilar Tagle<sup>18</sup> plantea que Urquizo se inspiró en su propia experiencia para crear una realidad nueva a través de su escritura.

Por su parte, Olga Cárdenas Trueba<sup>19</sup> destaca que Urquizo es uno de los pocos escritores de la novela de la Revolución que consigna la participación de las mujeres como protagonistas de la gesta armada. Cárdenas refiere que el general escribió “de manera pormenorizada” las acciones de las soldaderas en *Tropa Vieja*.

En el texto “Mi padre”, Juan Manuel Urquizo recuerda cómo en el exilio europeo, el general abandonó la espada por la pluma, con la que trabajó por los mismos ideales por los que había luchado como soldado. El hijo describe así a su padre: “Pocas son las personas que durante su vida son testigos de acontecimientos que cambiaron el curso de la historia. Mi padre no sólo fue espectador, sino protagonista de los mismos, por lo que utilizó la pluma para alzar la voz con valor y responsabilidad social”.<sup>20</sup>

El INEHRM se complace en publicar la presente obra de uno de sus fundadores, que coadyuvó al rescate de la memoria de la Revolución social que dio nacimiento al México del siglo XX.

PATRICIA GALEANA

*Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de las Revoluciones de México*



<sup>18</sup> “La inspiración”, pp. 189-190.

<sup>19</sup> “Mujeres de la Revolución en la obra de Francisco L. Urquizo”, pp. 119-143.

<sup>20</sup> “Mi padre”, p. 30.

# INTRODUCCIÓN

Juan Manuel Urquizo

## MI PADRE ES UN GIGANTE

**R**ecuerdo mi infancia y me descubro mirando hacia arriba, siempre hacia arriba, a un ser descomunal, un ser que compite con las montañas, un titán corpulento capaz de arrancar los árboles con la mano.

Mi padre es un coloso excepcional que retumba en lontananza. Así lo veo, no sólo desde mi infancia sino también en mi madurez.

Ante las abrumadoras dimensiones del universo conocido, hemos hecho de las alturas la metáfora recurrente de toda virtud moral; de las alturas y del vuelo, vale decir, porque es allá arriba, entre nubes, pájaros y cimas montañosas, donde fijamos la mirada de nuestras más caras ambiciones.

Y si los historiadores antiguos argumentan a favor de la existencia de los gigantes al señalar las construcciones monumentales de los romanos, yo comparto esa misma convicción al señalar la vida y la obra de mi padre. Por eso, para recordar su grandeza, reúno en este libro algunos textos que hablan de su vida militar y de su obra literaria, pero también pasajes de su propia narrativa y fragmentos de su vasto pensamiento.

Escribo estas líneas introductorias mientras escucho...

Oigo la voz de mi padre en la voz de sus hijos, en las conversaciones de sus nietos y en la risa de sus más pequeños descendientes. Lo escucho en mi propia voz.

Y al mirarme en el espejo, me sorprendo contemplando a mi padre.

Oigo la voz de ese gigante. Es la voz del hombre que nombra el mundo en sus historias y en su paso por esta vida. Es la voz del militar, del escritor y del filósofo. Es la voz del poeta, el hombre que contempla el universo, se asombra, se regocija en él y lo traduce a un lenguaje común con la fuerza de su pluma, que no sólo es una pluma sino un oído agudo que sabe captar los timbres, las inflexiones y los acentos de un pueblo determinado en un tiempo específico.

Como todo lo que he hecho en memoria de mi padre, este libro es un nuevo intento —pero nunca el último— de alcanzar la cima de su grandeza. Espero que tú, lector, me ayudes a ascender y conquistar esta montaña de vida plena y espíritu extenso llamada Francisco Luis Urquizo Benavides.



# SEMBLANZA

Arturo Olguín Hernández

**H**ijo de Francisco Urquizo y Teresa Benavides, Francisco Luis nació en San Pedro de las Colonias, Coahuila, el sábado 21 de junio de 1891. Estuvo casado con Ana María Pérez de Tejada, con quien procreó cuatro hijos: Lourdes, Margarita, Juan Manuel y Francisco José. Realizó sus primeros estudios en su tierra natal, aunque los finalizó en la ciudad de Torreón. Más tarde, entre 1905 y 1907, cursó estudios de comercio en el Liceo Fournier de México, luego regresó a San Pedro para dedicarse a las labores del campo en una hacienda algodonera, propiedad de su padre.

## CARGOS, ASCENSOS MILITARES, ACCIONES Y OPERACIONES DE COMBATE

El 7 de febrero de 1911, el joven Francisco se incorporó como soldado raso al Primer Regimiento de Caballería, a las órdenes del coronel Sixto Ugalde, comandante de la Segunda División del Norte del Ejército Libertador. En noviembre de ese mismo año ascendió por riguroso escalafón al grado de subteniente.

Al triunfo de Madero, Francisco se incorporó al Vigésimo Segundo Cuerpo de Caballería Rural, bajo el mando del coronel Orestes Pereyra, y para el 21 de diciembre del mismo año ya formaba parte del Escuadrón de Guardias Presidenciales.

Durante los acontecimientos de la Decena Trágica, Urquizo participó en la defensa de la Ciudadela y fue hecho prisionero. Logró escapar y regresar a sus obligaciones militares, hasta que se consumó el asesinato del presidente Francisco I. Madero, hecho que lo obligó a solicitar su baja del Ejército y a retirarse con sus familiares a San Pedro.

En abril de 1913, fue a Piedras Negras, Coahuila, para incorporarse al Ejército Constitucionalista. Ahí, como capitán primero de caballería, Carranza lo incorporó al Estado Mayor de la Primera Jefatura, y en diciembre de 1913 ingresó a la columna expedicionaria de Antonio I. Villarreal, para luego regresar a su puesto en el Estado Mayor del Primer Jefe Constitucionalista, hasta julio de 1914, en que es designado jefe del Estado Mayor de la Brigada Calixto Contreras.

#### VOCACIÓN DE SERVICIO

En el tiempo en que formaba parte del Estado Mayor del Primer Jefe Constitucionalista, Urquizo realizó la edición de un epítome de *La Ordenanza General del Ejército* y editó un folleto titulado *La caballería constitucionalista*, que después sirvió de base para la organización de los regimientos de esta arma. Asimismo, y con aprobación de Venustiano Carranza, organizó en la región carbonífera de Coahuila el Primer Batallón de Zapadores, del que fue comandante, con el que atacó y derrotó a la guarnición federal de Candela, de las fuerzas de usurpación de Victoriano Huerta.

Desde su ingreso al Ejército Constitucionalista (1913), Urquizo ascendió a mayor y luego a teniente coronel. En 1914, ya era coronel de caballería, y en 1915 asumió la función de general brigadier.

A fines de 1914 y principios de 1915, llevó a cabo la organización de la División Supremos Poderes del Ejército Constitucionalista, a la vez que fundó la revista militar *Marte*.

En abril de 1916, fue designado comandante militar de la plaza de México, mismo año en que ascendió a general de brigada y nombrado jefe del Departamento de Estado Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina, puesto en el que permaneció hasta junio de 1917 y tiempo en el que se le asignó la responsabilidad de reorganizar al Ejército Constitucionalista para convertirlo en Ejército nacional.

En 1916, sometió a estudio la institución y la organización de la primera academia de Estado Mayor, a la vez que impulsó la reorganización y la dirección de la *Revista Cultural del Ejército y la Marina*. En ese año y durante el siguiente, también impulsó las iniciativas para establecer el Estado Mayor General del Ejército, la Junta Superior de Guerra, las colonias militares y la edición de un folleto que sirviera de guía a los mandos militares.

En 1918, sometió a estudio el establecimiento de los Cuerpos de la Legión de Honor, los cuales sirvieron de base para instruir al personal de jefes y oficiales que, en ese entonces, resultaba excedente. Ese mismo año editó los primeros reglamentos y manuales para los oficiales subalternos de infantería y caballería emanados de la Revolución. Mientras creaba una escuela para bandas de música, organizó un batallón de comunicaciones, precursor del actual servicio de transmisiones de nuestro ejército y de nuestra fuerza área.

En 1919, Urquiza fue nombrado jefe de Operaciones Militares y comandante de la División Supremos Poderes en el estado de Veracruz, y en octubre de ese mismo año, subsecretario de la Secretaría de Guerra y Marina.

En ese año inició la edición de un almanaque con conocimientos prácticos, a la vez que realizó las primeras acciones para el restablecimiento del Colegio Militar en las instalaciones de Popotla, Distrito Federal. Gracias a su iniciativa, dichas

instalaciones fueron inauguradas por Venustiano Carranza el 5 de febrero de 1920, año en que Urquizo asumió la titularidad de la Secretaría de Guerra y Marina, que dejó en mayo para acompañar a Carranza de México a Veracruz.

En defensa de la vida del presidente, participó en los combates de Apizaco, Rinconada, Aljibes y Tlaxcalantongo. De manera semejante a lo ocurrido tras la Decena Trágica, Urquizo fue hecho prisionero, por lo que al recuperar su libertad, en octubre de 1920, se dio de baja del Ejército y se exilió en Europa.

Regresó al país en 1925 para ocupar diversos cargos públicos: empleado en la Junta Inspector de Impuestos sobre bebidas embriagantes; jefe de la Oficina Federal de Hacienda, en Hidalgo del Parral (Chihuahua), San Luis Potosí, Pachuca (Hidalgo) y Ciudad de México. En 1935, reingresó al Ejército por Acuerdo Presidencial. Durante cuatro años, Urquizo gozó de licencia ilimitada hasta principios de 1939 cuando se vislumbran los albores de la Segunda Guerra Mundial y asume el mando de la Guarnición de la Plaza de Ciudad Juárez, Chihuahua.

De julio de 1939 a noviembre de 1940, ocupó el cargo de jefe del Estado Mayor de la Secretaría de la Defensa Nacional. En noviembre de 1940 fue reconocido como general de división; en 1941, fue nombrado comandante de la Octava Zona Militar, en Tampico, Tamaulipas, y en 1942, de la Séptima Zona Militar, en Monterrey, Nuevo León. En septiembre de ese año, fue designado subsecretario de la Defensa Nacional y tres años después, secretario de la misma dependencia.

Más tarde, desempeñó diversos servicios y comisiones en la Secretaría de la Defensa Nacional. En 1951 fue nombrado comandante general de la Legión de Honor Mexicana. En 1953, se desempeñó como jefe del Departamento de Industria Militar. En 1960, se le nombró presidente del Consejo de Asesores de la Secretaría, cargo que ocupó hasta el 6 de abril de 1969, día en que murió, a los 77 años de edad.



General de División, Francisco L. Urquiza.

Francisco L. Urquiza destacó en varios hechos de armas, en los que combatió con valor y lealtad conforme a los ideales de la Revolución. Profesionalmente, buscó el beneficio y el progreso del nuevo Ejército nacional, que quedó jurídicamente establecido en la fracción XIV del artículo 73 de la Constitución de 1917.

Como subsecretario de la Defensa Nacional, Urquiza impulsó la modernización del Ejército mexicano e instituyó el Servicio Militar Nacional, a la vez que formó la Brigada Motomecanizada, la Escuela de Clases y el Cuerpo Veterano de lo que ahora es la Brigada de Fusileros Paracaidistas. Concibió, además, la creación del Escuadrón 201 de la Fuerza Aérea Expedicionaria Mexicana, a la que abanderó el 23 de febrero de



1945, por combatir con los aliados en el frente del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial.

Al lado del presidente Manuel Ávila Camacho, Francisco L. Urquiza fue uno de los principales garantes del respeto y la lealtad institucional del Ejército mexicano a la actividad política y a la llegada de un ciudadano civil a la Presidencia Constitucional de la República.

Teniendo gran afición por la literatura narrativa, Urquiza escribió, con estilo claro y ameno, sobre temas de carácter militar: novelas de ficción y documentos de historia. La mayor parte de su obra es definitivamente espejo de su vida militar.

*Reconocimientos y condecoraciones internacionales*

- Legión de Mérito en grado de comandante (Estados Unidos)
- Caballero de la Orden de Polonia Restituida (Polonia)
- Orden de Mérito en grado de gran oficial (Chile)
- Orden de Mérito Militar de Primera Clase, Distintivo Blanco (Cuba)
- Cruz de Bocaya, Gran Oficial (Colombia)
- Cruz del Mérito Militar de Perseverancia de Primera Clase (Guatemala)

*Reconocimientos y condecoraciones del gobierno mexicano*

- Perseverancia de Primera, Segunda, Tercera, Cuarta y Quinta Clase
- Mérito Revolucionario
- Mérito Facultativo de Primera Clase
- Mérito Técnico Militar
- Mérito Aeronáutico de Primera Clase
- Unificación de Veteranos de la Revolución
- Orden de Damián Carmona
- Cruz de Guerra de Primera Clase

En 1967, el Senado de la República otorgó a Urquizo la medalla Belisario Domínguez —creada 14 años antes para premiar a quienes se distinguieron por su ciencia o su virtud en grado eminente— por sus virtudes ciudadanas.

En 1994, el Ejecutivo federal emitió el decreto por el cual se dispuso la inhumación de los restos de Francisco L. Urquizo Benavides, en la Rotonda de las Personas Ilustres del Panteón Civil de Dolores.



Con el apoyo y la ayuda del general Cuenca Díaz, se creó la Asociación Cívica y Fundación General de División Francisco L. Urquizo.

El 26 de febrero de 1997, ante la propuesta de la Asociación Cívica General de División Francisco L. Urquizo, el Ejecutivo federal emitió el decreto para realizar la remodelación del pedestal que se localiza donde reposan los restos mortuorios de tan ilustre coahuilense, “para que en él figure un busto que permita a las actuales y a las futuras generaciones conocer a quien con lealtad dedicó su vida y su esfuerzo al servicio de la patria, con la satisfacción del deber cumplido”.



Medalla de honor Belisario Domínguez al General de División Francisco L. Urquiza.

# MI PADRE

Juan Manuel Urquizo

**F**ue en 1958 cuando inicié la lectura de la obra literaria de mi padre, Francisco L. Urquizo. Fue en aquella época cuando descubrí qué era eso tan importante que le había robado horas a mi infancia, cuando yo regresaba del colegio y encontraba a mi padre encerrado en la biblioteca, escribiendo lo que hoy muchos pueden leer.

Fue también entonces cuando la relación filial se convirtió en el encuentro con un amigo y cuando vi plasmadas en sus obras las narraciones que tanto me habían entretenido durante nuestras reuniones familiares.

Se ha considerado, y yo concuerdo, que la obra básica de mi padre es *Tropa Vieja*, que se caracteriza por ser la antítesis de lo que es falso, amañado, espurio y falsificado, ya que su lectura nos orienta a través de una expresión brutal hacia una realidad con aspiración a la justicia, a lo exacto en cuanto a lo concreto, y a lo sublime en cuanto a la caridad, la misericordia y la piedad.

Su trama, encajada dentro de un contexto que se establece en el movimiento revolucionario que despega en nuestro país en 1910, no deja de tener una problemática con perfiles generales y universales: oprimidos y opresores, explotados y explotadores, sumisos y dominadores, en fin, la eterna desigualdad entre

los seres humanos, así como la presencia de lo excelso, lo heroico, lo épico y lo trascendental.

Mi padre amalgamó el oficio de escribir con el de las armas. Esta mixtura singular ha impedido clasificar su obra dentro de un membrete común, según dicen los especialistas; pero es indudable que su prosa es auténtica, genuina y especialmente legítima, ya que recrea lo dramático junto a las anécdotas de nuestra gesta revolucionaria, con una profunda revelación de testigo y protagonista.

Al intuir que la tragedia pre revolucionaria no era tanto el escándalo de los malos como el silencio de los justos, su espíritu movilizó su mente para producir un reclamo reivindicador de masas oprimidas, al realizar un testimonio-denuncia, que sin proponérselo cristalizó en una proclama literaria que han ponderado los representantes de este oficio.

Durante su vida de Francisco Luis Urquiza Benavides, podemos abarcar varias facetas: como militar revolucionario, como funcionario público, como escritor y como historiador. Sin embargo, no podríamos, de cualquier manera, enfocarnos en una sola de las anteriores actividades y omitir las demás, ya que los hombres tienen una sola personalidad, un solo carácter, el cual envuelve todos y cada uno de los actos a lo largo de su vida.

Durante su vida e independientemente de su calidad, ya fuera como militar, como funcionario federal o como escritor, Urquiza buscó a través de su acción intentar que los ojos ciegos vieran y los oídos sordos escucharan la realidad de México de los débiles, la que se omite, pero que existe cotidianamente.

Para Urquiza, la vida misma era una continua sucesión repentina e inesperada de sinsabores y satisfacciones, consideraba modesta su participación en la vida de México, y daba el más alto valor al ejemplo, a la experiencia, como los pasos que nos muestran por dónde caminar.

Como militar, como funcionario público y como escritor, Urquiza sólo tenía una meta: el cumplimiento del deber, independientemente del precio que haya que pagarse por ello.

Ejemplo de lo anterior es el hecho de que Francisco I. Madero y Venustiano Carranza fueron hombres junto a los que compartió anhelos y a quienes vio morir (el tiempo se encargó de sentenciar que sus convicciones eran las correctas, siendo éstas la defensa del orden y la legalidad, como pilares de una patria democrática).

Urquizo manifestó con hechos su sed insaciable de justicia, en un universo político y social que no se transformaba para el bienestar cotidiano de todos, ya que para algunos la angustia, el sufrimiento, el dolor y las incomprensiones pasaban a ser, no lo deseable, pero sí lo único que se podía esperar.

Pero aun siendo militar por convicción, Urquizo consideraba que las acciones bélicas únicamente engendran muerte y destrucción, al despertar en el ser humano su lado más oscuro, lo cual lo contraponía con la “autoridad” que la vida misma le había dado.

Innegablemente, Urquizo siempre se preocupó por aquellos a quienes nadie escucha. Más adelante, con la pluma, hizo retumbar su voz, tanto que aún hoy llama nuestra atención.

Mejorar la situación de los que menos tienen fue el ideal que impulsó a Urquizo toda su vida. Como militar y político, lo hizo a través de la acción; como escritor, por medio de la palabra, de la denuncia atemporal.

Para Urquizo era obvio que, como hombre de letras, la educación no le fuera ajena, y esto lo demostró al fundar la Academia de Estado Mayor, semilla de lo que posteriormente se restablecería con todo su honor y gloria como el Heroico Colegio Militar, y con ello impulsar y modernizar al Ejército mexicano.

Por otro lado y como historiador, Urquizo sabía que ninguna nación puede aislarse y permanecer en el pasado, por el contrario, hay que construir el futuro con base en las acciones presentes.

En suelo mexicano, Urquizo hizo lo que le correspondía como militar. En Europa, continuó su batalla desde otra

trinchera: abandonó la espada por otra arma, quizás más temida: la pluma. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que la vocación militar corría por sus venas, y cuando ésta no pudo volcarse en el frente de batalla, siguió corriendo en la tinta con la cual escribió su obra literaria.

Mi padre trabajaba para los mexicanos, puesta la mirada siempre en el futuro, convencido de que este último lo construimos con nuestras acciones presentes, y esa experiencia militar y humana la contó Francisco L. Urquizo, como un legado a las generaciones futuras, con lo cual su paso por la historia de México es innegable.

Si bien el trazo de la pluma es un arma por todos temida, por seria y crítica, fue el instrumento perfecto para que Urquizo continuara participando activamente en la construcción de la nación.

La historia se entiende mejor cuando la traemos al presente, cuando podemos pisar, respirar y ver a través de la lectura el lugar en donde los hechos se desarrollaron, y Urquizo así lo ha hecho, legándonos todo lo anterior por medio de sus textos.

Así entonces, con la pluma, Francisco L. Urquizo continuó realizando los movimientos de estocada, parada y tocado que efectuó en el campo de batalla.

Pocas son las personas que durante su vida son testigos de acontecimientos que cambiaron el curso de la historia. Mi padre no sólo fue espectador, sino protagonista de los mismos, por lo que utilizó la pluma para alzar la voz con valor y responsabilidad social.

Conocer la historia nos permite comprender el porqué de nuestras acciones presentes, ya sean individuales o colectivas, de ahí la importancia de leer la obra literaria de Urquizo.

El poderoso no tiene derecho de aprovecharse del débil. Lo anterior lo dejó claro Urquizo en su obra literaria, que sabía sobreviviría a su existencia física.

Reza una cita. “Nada vale un sí en las palabras, si le acompaña un ‘no’ en las obras”. Estaremos de acuerdo en que las

palabras y las obras de Urquizo estaban en continua comunión, y éste es su gran legado, al no ser tal actitud común entre los hombres.

Los reconocimientos pasados, presentes y futuros a la memoria de mi padre serán sólo un pequeño homenaje a un hombre que hizo de sus convicciones un ejemplo de vida.

¿Podemos decir algo que no se haya mencionado con anterioridad sobre Francisco L. Urquizo? Dejamos esta reflexión sin respuesta. Pero podemos asegurar que en vida hizo lo necesario para que lo recordemos. Los que lo conocimos y quienes lo hemos leído, lo haremos con admiración y respeto, y sus familiares y amigos lo hemos extrañado y seguiremos extrañando con el cariño profundo que el tiempo no altera.

Después de 80 años, mi padre fue el primer militar en ingresar a la Rotonda de las Personas Ilustres del Panteón Civil de Dolores, pero no quiero que con lo anterior se piense en mi padre como una estatua. Ante todo era un hombre cabal, dedicado y respetuoso.

De buena cepa norteña, Francisco era franco y directo, su carácter fue siempre de una sola pieza, leal y amante de su país. Pero ese carácter abierto y confiable casaba con su bonhomía y su entusiasmo por la vida. En Pachuca, por ejemplo, fundó y conformó un grupo que semana a semana se reunía para charlar de literatura y arte, alrededor de una mesa en la que se comía y bebía sin otro objetivo que el de la certeza de que la vida del ser humano es vida en sociedad y de que compartir la comida forma parte importante de nuestro diario quehacer. Lo que aprendí de él, lo que mis hermanos y yo somos, mucho lo aprendí en la mesa familiar. Estoy seguro de que todos ustedes coincidirán conmigo en lo siguiente: las comidas familiares son el lugar donde más se aprende y el momento en que más se enseña.

Platicar con mi padre era recuperar nombres, fechas, lugares y acciones que para otros estaban en los libros. Él conoció y luchó junto a Madero, acompañó como secretario de Guerra



y Marina a Carranza en todo momento y hasta en Tlaxcalantongo, hasta su muerte. Trabajó con el presidente Lázaro Cárdenas como jefe de Estado Mayor; colaboró con Manuel Ávila Camacho como secretario de la Defensa Nacional, fundó el Escuadrón 201 y la Brigada de Paracaidistas, y estableció el Servicio Militar Nacional obligatorio. También formó una familia y supo protegerla. Así, Francisco L. Urquizo ayudó y trabajó por este país en muchos frentes, y en todos ellos rindió buenas cuentas.

Más allá de los homenajes y los bustos, más allá de las fechas oficiales y los nombres de calles y las menciones en los libros de historia, estoy convencido que a mi padre le complacería más la certeza de que su legado de trabajo, dedicación y compromiso sigue vivo, no solamente en sus descendientes, sino en todos aquellos que lo conocieron y a quienes, de una u otra manera, ayudó y entusiasmó con su ejemplo.

Cuando rememoro sus palabras y camino por lugares que junto a él recorrí, me queda la seguridad de que su trabajo diario y su obra tenían el propósito de formar y de forjar. Los seres humanos somos, al igual que el material inerte, forjables. Es decir, debemos templarnos en el trabajo diario y los objetivos permanentes. Por ello, estoy seguro de que mi padre fue forjando, día a día, la figura pública y humana con la que es reconocido. Los obstáculos son siempre menores cuando se enfrentan, como lo hizo Francisco Urquizo, con tenacidad, inteligencia y trabajo. Porque las libertades y los derechos en nuestro país se han constituido con la sangre y la entrega de muchos hombres como Francisco L. Urquizo y todos aquellos que han entregado su vida, su tiempo, su sangre, su inteligencia, su fuerza y su trabajo en aras de ver a este país y a sus habitantes cada día más libre y más unido. Mi padre, junto a muchos otros hombres y mujeres, peleó desde diversos frentes para conseguirlo: lo mismo en la trinchera y con el fusil que con la pluma y sentado al lado de una lámpara. En el escritorio y en el caballo, la lucha es la misma, porque el objetivo es y se-

guirá siendo el mismo: el país que todos soñamos y por el que mi padre batalló y entregó toda su vida.

Francisco Luis Urquizo Benavides, en cada una de sus acciones, construía su futuro. Bien se sentencia que ningún hombre escapa a su destino, y el suyo era la inmortalidad.





# FRANCISCO L. URQUIZO, MODERNIZADOR DEL EJÉRCITO MEXICANO

Rubén Darío Somuano López

**L**a verdadera modernización, y reorganización del Ejército, la realizó Francisco L. Urquizo, al asumir la Subsecretaría de la Defensa Nacional en agosto de 1942, teniendo en realidad la función de titular del ramo, toda vez que el ex presidente Lázaro Cárdenas había aceptado su designación como tal, por su prestigio internacional y por el estado de guerra que prevalecía en el mundo; pero delegando todas sus facultades en Urquizo.

Lograr la integración del Ejército mexicano a las circunstancias mundiales requería de una verdadera visión de Estado, de largo plazo; de un acendrado patriotismo y vocación de servicio; cualidades que concurrirían en la persona de Francisco L. Urquizo, quien además, durante su gestión como subsecretario y luego como secretario de la Defensa Nacional, demostraría una gran capacidad organizativa.

Por primera vez, se fundaron unidades permanentes y se dieron de baja unidades prácticamente inútiles, reagrupándose en algunas de nueva creación o en otras existentes; para lo cual, entre otras medidas adoptadas, se instituyó el Servicio Militar Nacional y se construyó toda la infraestructura requerida, incluyendo los actuales campos militares de la Ciudad

de México, Cuernavaca, Puebla, Irapuato, Morelia, Veracruz y Oaxaca.

Con el fin de lograr la revisión y unificación de la doctrina y los criterios operativos, se crearon el Centro de Entrenamiento de Infantería y el Centro de Entrenamiento de Caballería, en Querétaro y Teotihuacan, respectivamente, precursores del actual Centro Nacional de Adiestramiento en Santa Gertrudis, Chihuahua, y se dieron cursos de actualización a los mandos de mayor jerarquía.

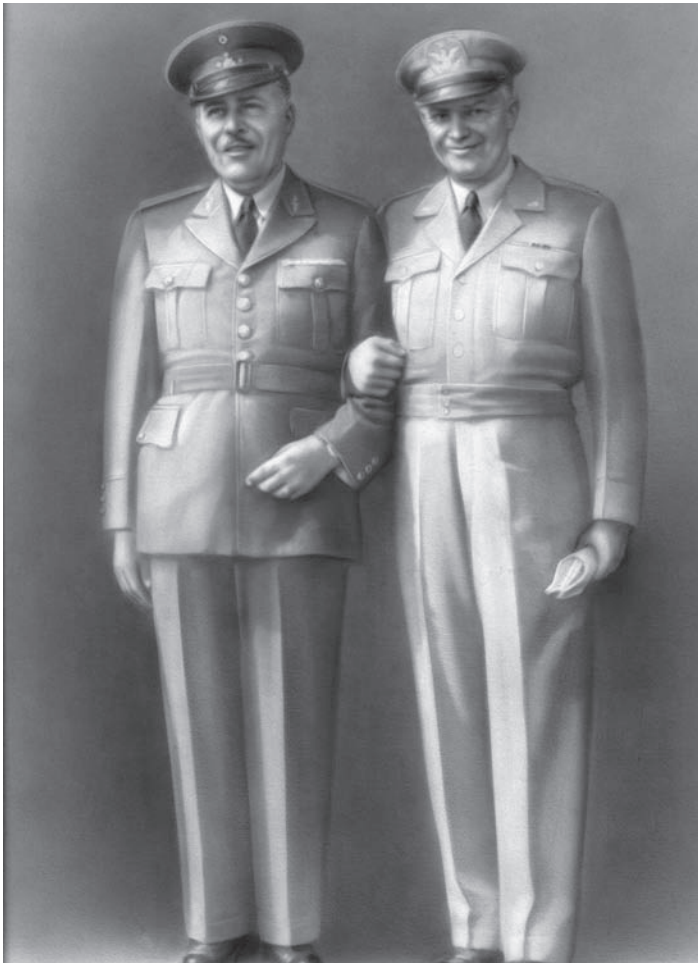
Triviales en apariencia, pero elementales para el buen desempeño de las tropas, fue la creación *de facto* del Servicio de Intendencia, que sólo existía en el papel, así como la modernización y simplificación de los uniformes y las insignias de todos los rangos. Por otra parte, para una adecuada administración, se creó la Dirección General de Personal.

El Ejército mexicano carecía de capacidad de movimiento, ya que era fundamentalmente hipomóvil, por lo que se formó por primera vez una Brigada Motomecanizada, según el modelo más actualizado entonces, es decir, el de las unidades blindadas estadounidenses. Planeó, organizó y ejecutó las primeras maniobras de armas combinadas con fuego real, para la mejor capacitación del Instituto Armado, en Río Hondo, Estado de México, continuando tal práctica en forma periódica. En materia de infraestructura, además de lo ya precisado, dispuso la ampliación de las bases aéreas existentes y la construcción de las de Ixtepec, Cozumel y Chetumal, todas hasta la fecha continúan en operación.

Siempre preocupado por el bienestar del soldado, promovió y obtuvo la promulgación de la Ley del Seguro de Vida Militar, antecedente directo del Instituto de Seguridad Social de las Fuerzas Armadas Mexicanas (ISSFAM).

En cuanto a innovaciones de carácter técnico, logró la adquisición del más moderno material para todas las armas y servicios, como nunca antes había existido en el país; promovió la participación de México en la Segunda Guerra Mundial con

un contingente acorde con las posibilidades del país, a través del Escuadrón 201; formó las primeras fuerzas especiales, conocidas como grupos de asalto y la primera unidad de tropas aerotransportadas. Asimismo, definió las funciones de la Policía Militar, reorganizándola. Inició el envío regular de personal seleccionado a capacitarse al extranjero en las diferentes ramas del servicio, para hacer más eficientes a los mandos medios y superiores, y dio un gran impulso a la industria militar.



Retrato de los generales Francisco L. Urquiza y Dwight D. Eisenhower.

Tal es, a grandes rasgos, la obra modernizadora de Francisco L. Urquizo en el Ejército mexicano durante la Segunda Guerra Mundial, ya que, con anterioridad, durante la breve Presidencia de Venustiano Carranza, también estuvo al frente de la entonces Secretaría de Guerra y Marina. En esa época, en un México distinto y con medios más reducidos, logró la reapertura del Heroico Colegio Militar, completó el Escalafón General del Ejército —inexistente hasta esos días— y formó como unidad de élite la División Supremos Poderes, a la que dotó de todo lo mejor posible, incluyendo oficialidad, armamento, vestuario, haberes, ganado, etcétera.



# 3 DE DIANA<sup>1</sup>

## FRAGMENTOS

Francisco L. Urquizo Benavides

### INTRODUCCIÓN

**E**mpezaré por explicar a mis lectores el título de este libro: *3 de Diana*.

Los militares conocen de sobra el significado de esas palabras de nuestro léxico castrense. A los civiles llamará sin duda la atención ese título, un tanto raro. La explicación es ésta:

Las bandas de guerra de las Corporaciones de nuestro Ejército tocan todos los días, al rayar el alba, el alegre y conocido toque de *Diana*, que dura aproximadamente ocho minutos y que tiene por objeto indicar al personal que comienzan las labores del día, las cuales no han de terminar hasta el toque de *Silencio*.

El toque de Diana se compone de ocho partes numeradas que se ejecutan, una tras de otra, con ligeros intervalos. La Diana completa se toca sólo por las mañanas para que el personal abandone el lecho y forme para las diarias fatigas. Pero, si en un combate se toca solamente el número tres de la Diana, la tropa que lo tocare anunciará que la operación que se le encomendó ha tenido buen éxito. Se usa también después de

<sup>1</sup> México, s.e., 1955, pp. 11-33.



la victoria, siempre que no se hubiere ordenado antes guardar silencio absoluto.

3 de Diana significa, pues, que la labor encomendada al Ejército con motivo de la guerra, mejor dicho, encomendada a la Nación entera en armas, tuvo éxito. Se logró la victoria definitiva y la Patria salió airosa de la contienda internacional en que se vio envuelta.

En este libro encontrará el lector una narración cronológica —según mi personal apreciación—, desde los preliminares de la declaración de guerra hasta la victoria.

Tuve la suerte de ser un actor con responsabilidad, y narro mi actuación sencillamente. Está muy lejos de mí la menor idea de jactancia, pues cuanto se hizo con éxito, bajo mi dirección, en el ramo de la Defensa Nacional, fue por órdenes de mis superiores y con la cooperación entusiasta de mis subalternos. A unos y a otros corresponde, indudablemente, el éxito que se obtuvo.

Quizás el lector encontrará en estas páginas, que sin duda tienen el interés de relatar un fragmento de nuestra historia, algunas cosas triviales, al parecer alejadas del asunto primordial. Esto se debe a que esas pequeñas cosas afectaron en algún modo mi manera de sentir, acostumbrada a notar por igual los grandes hechos y los pequeños sucedidos.

Encontrará también el lector muchas páginas dedicadas a nuestros vecinos del norte, y es natural que así sea: fuimos aliados y camaradas; el Continente Americano presentó un solo frente ante las totalitarias Potencias del Eje; nuestros armamentos nos los proporcionaron los norteamericanos y nuestra Fuerza Aérea Expedicionaria, simbolizando a México, combatió a su lado. Nuestras relaciones internacionales fueron en extremo cordiales, y a ello sin duda contribuyeron, en gran parte, las relaciones amistosas y de camaradería entre los militares de ambos países.

Este libro ha sido escrito después de haber escuchado, lleno de satisfacción, los alegres compases del “3 de Diana”. Una gran parte de las personas que en él figuran, están en el retiro

o fuera de las actividades oficiales; sus páginas constituyen un recuerdo, muy reciente aún, de un lapso pleno de actividad guerrera y de patriotismo.

Alejado ahora de la actividad profesional, frente a mi mesa hogareña de trabajo, ante el rimerero de papeles de mis apuntes diarios, recorro cuanto hicimos y cuanto sucedió. Estas páginas tendrán acaso el solo mérito de no expresar sino cosas absolutamente ciertas.

Doy gracias a Dios por haberme permitido vivir y actuar en época tan interesante de la vida de nuestra Patria, y por haber podido servirla con toda mi fe, mi patriotismo y mi entusiasmo.

FRANCISCO L. URQUIZO

## CAPÍTULO I

Habían pasado las elecciones del mes de julio de 1939, en las que pugnaron como candidatos para la Presidencia de la República los Generales Manuel Ávila Camacho y Juan Andreu Almazán. Bastante trabajo y preocupación tuvimos con ese motivo en la Secretaría de la Defensa Nacional, de la que era titular, en aquel entonces, el General de División Jesús Agustín Castro, desempeñando yo el cargo de Jefe del Estado Mayor. Nuestra labor principal había consistido en mantener al Ejército al margen de la lucha electoral, labor difícil si se tiene en cuenta que, en virtud de una malhadada disposición vigente entonces, dentro de la integración del Partido político oficial existía un llamado Sector Militar representado en el seno de aquel Partido por algunos militares, no de los más destacados del Ejército. Se admitía pues, oficialmente, que el elemento militar participase en la política del país y, lógicamente, los militares externaban sus opiniones y sus

simpatías, no siempre acordes con la candidatura apoyada por el Partido de la Revolución. La propaganda era intensa de parte de los dos candidatos dentro del seno del Ejército; pudo haberse efectuado un movimiento armado con todas las fatales consecuencias de tales sucesos.

Hubo alguna partida de civiles levantados en armas en el Estado de Chihuahua y otra en el Estado de Guerrero; felizmente, por medios persuasivos, pudimos apaciguarlos y volverlos al redil. Temíamos algún movimiento dentro del mismo Ejército, pero por fortuna, y gracias a la habilidad del General Castro, nada ocurrió como no fuera la desertión de algunos oficiales allegados a Almazán, que pasaron la frontera hacia los Estados Unidos en busca de su antiguo Jefe y con la seguridad de que éste pasaría a México en actitud rebelde.

Las elecciones en la ciudad de México habían sido enconadas, con fuerte saldo de sangre y con gran movimiento de tropas en las calles; tropas en las que no teníamos gran confianza, por considerarlas minadas por la propaganda insidiosa hecha con habilidad y persistencia.

Fueron meses duros para nosotros aquellos anteriores a la elección de julio.

El General Manuel Ávila Camacho era ya el Presidente electo de México.

En Europa los alemanes habían desatado la guerra y avanzaban arrolladoramente en la conquista de todo aquel continente.

Más o menos por el mes de agosto de aquel año de 1939, la Secretaría de la Defensa recibió una comunicación suscrita por el General Marshall, Jefe del Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos, invitando a todos los Jefes del Estado Mayor de las naciones la América Latina, para visitar su país, inspeccionando su Ejército y sus instalaciones militares. La invitación era muy atenta y amable. Debería de ir el Jefe

del Estado Mayor o Comandante del Ejército de cada país del continente, acompañado por un ayudante, y los gastos de viaje y alojamiento serían por cuenta del Jefe del Estado Mayor americano, de quien serían sus huéspedes distinguidos durante los veinticinco días que duraría la gira. Para el efecto de dar mayores comodidades, los invitados irían en dos grandes grupos; es decir, la mitad de los invitados iría en un grupo y, una vez terminada la gira, daría comienzo la del segundo grupo, con idéntico recorrido. En el primer grupo irían representados los Ejércitos de Uruguay, Colombia, Perú, Bolivia, Panamá, Costa Rica, Guatemala, Honduras y Santo Domingo y, en el segundo grupo, Argentina, Chile, Brasil, Paraguay, Cuba, Salvador, Nicaragua, Ecuador, Venezuela y Haití.

No creo que, entonces, nuestro Gobierno haya dado mayor importancia a aquella invitación del General Marshall. La guerra estaba muy lejos, y nosotros muy deseosos de conservar nuestra neutralidad, en forma semejante a como se hiciera en el conflicto mundial de los años de 1914 a 1918.

Tuve la fortuna de ser designado, para representar a México en la invitación de referencia, por el General Castro, pues bien pudo haber ido él, mandar al Subsecretario, al Jefe de la Comisión Técnica o a cualquiera otro militar de su mayor simpatía.

Debería acompañarme como ayudante el Mayor Diplomado de Estado Mayor Eduardo Huttich Palmer, que hablaba perfectamente bien el inglés y había estado largo tiempo en los Estados Unidos.

El instructivo que nos diera oportunidad el Agregado Militar de la Embajada de los Estados Unidos en México, nos decía que el viaje sería hecho por avión; especificaba el número de kilogramos que podríamos llevar de equipaje, indicando la conveniencia de no llevar uniformes de gala ni espadas, pues en el programa de la gira no figuraban actos en que hicieran falta tales cosas; deberíamos salir determinado día y hora del mes de octubre, en un avión de pasajeros de la Pan-American

que venía de Centro-América, y en el cual encontraríamos ya a nuestros compañeros de viaje en la primera etapa, que serían las delegaciones de El Salvador y Nicaragua.

El día indicado, al medio día, mi familia, muchos compañeros, gran número de subordinados y la Banda de Música del Estado Mayor, fueron a despedirme al Puerto Aéreo. El Agregado Militar de la Embajada de los Estados Unidos aprovechó la oportunidad para agasajarme con un *cocktail* en el Restaurante del Campo Aéreo, juntamente con mis futuros compañeros de viaje, a quienes conocí en ese momento al descender del avión que los traía de sus países: General Francisco Ponce, Jefe del Estado Mayor del Ejército de El Salvador, y General Rigoberto Reyes, Subsecretario de Guerra del Gobierno de Nicaragua, cada uno de ellos con su respectivo ayudante. Ninguno de los dos Generales hablaba inglés, y sus ayudantes iban a servirles de intérpretes.

No dejaba de sentir yo fuerte emoción interna. Se trataba de veinticinco días de vuelo casi continuo en enorme recorrido por los Estados Unidos y de allí, pasando por sobre el Golfo de México hasta la Zona del Canal de Panamá, y finalmente, por toda la América Central hasta México.

Los fotógrafos de la prensa tomaron diversas fotografías, y uno de ellos me pidió la gracia de tomarme “el último retrato” en el momento de abordar el avión y en actitud de despedida, ya a punto de partir.

—A ver si, a lo mejor, es de veras el “último retrato” y no vuelvo yo a ver a los míos, pensaba yo allí en el fondo de mi ser.

Abrazos, apretones de manos, la lánguida *Golondrina* tocada por la Banda del Estado Mayor, y muchos brazos en alto al despegar el avión.

Fue allí, en el lapso de México a Tampico, primera parada que haría el avión en nuestro viaje ininterrumpido hasta Washington, en donde comencé a conocer a mis compañeros de viaje: el General Francisco Ponce, cuerpo regular, moreno, sin bigote, cincuenta y pico de años, nariz gruesa, algo picado de

viruelas; uniforme estilo americano color kaki y con bordado de oro en la visera de su gorra. Su ayudante, un Mayor de apellido Barón, algo rubio, delgado y agradable, aviador y educado en los Estados Unidos. El General Rigoberto Reyes, bajo de estatura, delgado, moreno, de ojos azules, locuaz y agradable, con marcado acento costeño, uniforme estilo norteamericano y con tres estrellas plateadas en las hombreras del saco. Su ayudante, un Mayor gordito, educado en la Escuela de la Infantería de Marina de los Estados Unidos.

Entramos en conversación. Yo me consideraba obligado, digamos, a hacerles los honores, ya que íbamos volando en territorio mexicano. Ninguno de ellos había estado antes en México y admiraban el paisaje. Volábamos por encima de las fragosas montañas de la Sierra Madre occidental; abajo, las cintas plateadas de los ríos huastecos serpenteaban entre la verdura del campo; frondosos bosques; ganado vacuno, rancherías pintorescas; cielo diáfano y calorcillo agradable.

—Tampico, les decía yo, es uno de los puertos más importantes de nuestro país. Es la sede de la industria petrolera. Un mar de oro negro que se ha convertido en un mar de reluciente dinero. Tampico, tierra de promisión. Podrán ustedes apreciar desde esta altura la importancia de sus factorías, lo grande de su población.

—Sí, sí; ¡qué buenos edificios! ¡Qué grande es la población!, decían admirados, atisbando por las ventanillas del avión ya a punto de aterrizar.

—¡Qué magnífico Puerto Aéreo!, ¡y cuánta gente se ve esperando al avión!

Efectivamente, una gran cantidad de gente esperaba en el Campo Aéreo; la blancura impoluta de las camisas tropicales se destacaba en la verdura del césped. Sentí una gran satisfacción de que mis admirados acompañantes pudieran darse una ligera idea de nuestro país, conociendo, aunque fuera superficialmente, la importancia de una ciudad mexicana que no era la capital de la República. Hacía tiempo que no iba yo a Tampico y, realmente, me llamó la atención que hubiera tantísima gente en el

Puerto Aéreo. A lo mejor algún subordinado mío había avisado al Comandante de la Guarnición de nuestro paso, y estaría él con gente invitada esperándonos para hacer una demostración de simpatía durante nuestra breve estancia de veinte minutos allí. Tuve una satisfacción anticipada, y me apresuré a decir a mis compañeros:

—Demora aquí el avión veinte minutos; podemos descender y pasear un poco, mientras ponen gasolina y toman pasaje.

—Con mucho gusto; conoceremos aunque sea un poco de México.

Paró el avión. El gentío apretujado en los límites del campo parecía esperarnos. Yo me convertí en guía de mis compañeros:

—Por aquí, por aquí. Vamos hasta el edificio.

De pronto, a medida que nos acercábamos, todo cambió. Me sentí desilusionado, corrido, sin saber qué decir. No sólo no había ningún militar nuestro, pero ni siquiera un mal gendarme, y aquella gente, aquel gentío, no era de mexicanos: eran chinos. Ni un solo mexicano; todos eran chinos; varios cientos de chinos muy limpiecitos, vestidos de blanco. Apenas, si acaso, cuatro o cinco mexicanos empleados de la Compañía de Aviación.

¡Qué raro!, ¿a qué se debía aquella aglomeración de asiáticos?

Allí mismo me informaron: Era toda la Colonia China de Tampico, que iba a despedir a un magnate de su país que había venido a visitarlos.

Nuevamente en el aire. Algo más de una hora de vuelo y a nuestros pies apareció el Río Bravo; atrás quedaba México y llegábamos al magnífico campo aéreo de Brownsville, Texas. Allí descendimos para tomar el nuevo avión que nos llevaría hasta Washington. La Aduana Americana nos eximió de la revisión de equipajes en vista de que éramos huéspedes del Jefe del Estado Mayor.

Una taza de café caliente nos confortó admirablemente. Fuimos atendidos por el Jefe del Puerto Aéreo, quien trató de hacernos pasar el tiempo de la mejor manera posible, mientras llegaba el avión que habíamos de abordar.

Ya cerraba la noche cuando partimos. Ahora íbamos en un vehículo mucho mejor que el anterior; más amplio y con camas acondicionadas para pasar la noche. La tripulación, toda norteamericana, nos llenaba de atenciones; nos hicieron visitar la cabina de los pilotos, mostrándonos el uso de cada uno de los tantos aparatos del complicado tablero. Nos dieron una buena cena y nos señalaron nuestras camas, angostas y confortables, y provistas de bandas de fuerte lona para aprisionar nuestros cuerpos durante el sueño y evitar de esa manera algún mal golpe al encontrar mal tiempo o pasar por una bolsa de aire.

Había anochecido. Una luna clara proyectaba la sombra de nuestra nave sobre la desierta campiña norteamericana. A veces los fanales de un automóvil nos demostraban la existencia de una carretera; las luminarias potentes nos indicaban un campo petrolero y, el hacinamiento de focos eléctricos, la presencia de un poblado. Todo parecía en absoluta calma allá abajo, y nuestra conversación, al igual que las luces del interior del avión, se había apagado; sólo nuestro pensamiento inquieto examinaba el pasado inmediato y especulaba sobre el porvenir.

Abandonamos la tierra y volábamos sobre el mar; en la negrura del fondo percibíase el fragor de las olas. No sé por qué impone más volar sobre el mar que sobre la tierra; de cualquier modo, una caída sería mortal en ambos casos.

Larguísima minutos de negro mar y claro cielo. Por fin, luces de faros; embarcaciones en un río; largas filas de arbotantes; una gran población; New Orleans.

Magnífico Puerto Aéreo; el mejor que he conocido: soberbio edificio, sobrio, elegante, monumental. Breve estancia y nuevamente volando hacia Atlanta.



La luna se va ocultando entre las nubes. Todo es negro afuera y adentro. El sueño llega.

La cama es angosta y relativamente cómoda; la postura del cuerpo yacente es forzada; pero el sueño lo vence todo y dormimos hasta que se nos despierta un cuarto de hora antes de las siete de la mañana, en que aterrizamos en la capital de Norteamérica.

Nos esperaban oficiales americanos y personas civiles de las Embajadas de los que llegamos. Allí estaba también, entre los de la Embajada de México, nuestro Agregado Militar, Coronel Armando Pareyón.

Un oficial americano se presenta con nosotros; es el Teniente Coronel de Artillería de Costa Enrique Benítez, y será, según nos informa, el que nos acompañará y atenderá en toda la gira. Habla perfectamente bien el castellano, como que ha nacido en Puerto Rico.

Nos conduce en automóviles a nuestro alojamiento en Washington: el Shorehan Hotel.

Sin duda escogieron para alojarnos el mejor hotel, o uno de los mejores. Amplio y altísimo edificio; espaciosos *halls* magníficamente amueblados; elegantes comedores; cabaret, tiendas, piscina para nadar; amplio terreno frondoso para andar a caballo y, sobre todo, un servicio pronto y esmerado.

Nuestros camaradas de las demás naciones invitadas ya estaban allí, y nosotros éramos los últimos en llegar.

En el *lobby* principal del hotel, un amplio escaparate de exhibición de uniformes diversos; muchos de ellos muy llamativos. Se oía hablar portugués, inglés, francés y español tan variado que parecía que hablábamos otros tantos idiomas los argentinos, los cubanos, los venezolanos y nosotros los mexicanos.

A la hora del desayuno nos fue dado a conocer el programa detallado de nuestra permanencia en Washington, así como un itinerario de todo el viaje. Ese mismo día, primero de nuestra actividad oficial, deberíamos visitar al Jefe del Estado Mayor, al Secretario de la Guerra y al Presidente Roosevelt. Al medio

día, un almuerzo en la Unión Pan-Americana; una parada militar en el Fuerte Myers, y una recepción en la casa del General Marshall. En los siguientes días abundaban las visitas, banquetes y recepciones. El programa era preciso y se desarrollaría minuto a minuto.

Después del desayuno comenzó la función. Fuimos acomodados por lista todos los miembros de las delegaciones en un amplio y cómodo autobús. Nuestros acompañantes, cada uno los teníamos de nuestras Embajadas, fueron excluidos. El encargado de conducirnos e instruirnos era el Teniente Coronel Benítez, a quien acompañaba un Capitán apellidado Crystal, que también hablaba correctamente el castellano. Un General norteamericano de apellido Greely parecía ser el Jefe de la comisión, aun cuando, por no hablar nuestro idioma, delegaba su autoridad en sus dos subalternos. En realidad, era Benítez el que hablaba en su nombre.

Deberíamos formarnos por países en orden alfabético, y en ese mismo orden correspondería a los Jefes de delegación contestar los discursos o los brindis que fueran siendo necesarios.

Allí, en el interior del autobús, nos fuimos presentando unos a otros, y conocí entonces a los que seríamos compañeros de viaje durante veinticinco días y buenos camaradas y amigos para después.

Por el orden alfabético de su país, y también por su presancia y su edad, correspondía el primer lugar entre nosotros al General de División, Inspector General del Ejército de la Argentina Guillermo José Mohr. Anciano respetable, afeitado, alto, erguido, uniformado de color café con gorra de cincho rojo y profusamente bordado de oro en su visera; en sus hombros, presillas rojas con tres soles brillantes.

Seguíanle en orden el Jefe del Estado Mayor del Ejército de Brasil, General de División Pedro Aurelio de Goes Monteiro: alto, obeso, uniformado de gris con franjas negras, hombreras afelpadas y laureles de oro en las solapas de su saco. Usaba lentes y tenía un gesto perenne de amabilidad. El General Goes

Monteiro era conocido mío desde el año anterior, en que había visitado Fort Bliss en El Paso, Texas, siendo yo entonces Comandante de la Guarnición de Ciudad Juárez. Nos entendimos bien, cada uno en nuestro propio idioma.

El representante de Chile era el comandante de su Ejército, General de División Óscar Escudero Otárola. Sumamente preparado profesionalmente. Tipo de militar alemán en su aspecto y en su porte. Uniforme gris-azul, con doble franja roja en el pantalón, un tanto ajustado a la pierna; gorra alemana con visera roja profusamente bordada de oro; guerrera cerrada hasta el cuello y presillas rojas con tres estrellas doradas relucientes.

Cuba, la simpática Cuba, estaba allí representada por el Coronel José Pedraza, Comandante del Ejército Cubano. Muy joven, delgado, morenillo y vivaracho. Su uniforme era sumamente parecido al norteamericano, con la diferencia de llevar gorra de descomunales proporciones, guerrera en vez de saco inglés y botones e insignias de metal opaco. Apenas había entrado al autobús, había exclamado, fingiendo sorpresa: —“¡Caballeros!, qué buena está la gua-gua ésta”.

En Cuba les dicen gua-guas a los camiones de pasajeros. Pedraza había sido sargento y compañero del General Batista, Presidente de la República, entonces.

Seguíale Ecuador, cuyo Jefe de Delegación era el Coronel Francisco Urrutia Suárez, gordo, más bien bajo que alto, uniformado de color gris, con dobles franjas rojas en el pantalón de montar excesivamente amplio; usaba gorra de proporciones exageradas en el frente. Se había educado en Italia y el corte de su indumentaria indicaba claramente la exageración de los militares italianos.

A Haití lo representaba el Coronel Frank Lavaud, negro, alto y fornido; de buena presencia y educación, su uniforme era al estilo norteamericano y su insignia tres estrellas.

Nicaragua seguía en el orden de letras. El General Rigo-berto Reyes, mi compañero de viaje en la primera etapa, la representaba.

Seguía México.

Al Paraguay, recién salido de la guerra con Bolivia, lo representaba uno de sus héroes, el Comandante de su Ejército, General de División Nicolás Delgado. Alto, fuerte, varonil, campechano. Físicamente, una especie de nuestro Rodolfo Gaona, vestido de gris, con gorra de cincho rojo y visera profusamente bordada de oro. Presillas de tres estrellas con fondo rojo y pantalones con dobles franjas, también de color rojo. Su uniforme era muy parecido al de los chilenos.

Se adivinaba la influencia europea, especialmente germana, en los ejércitos de Sudamérica.

Delgado se había educado en Francia, diplomándose de Estado Mayor, y durante la guerra del Chaco había tenido el mando de un Cuerpo de Ejército.

La República de El Salvador la representaba el General Ponce, mi compañero de viaje ya conocido.

Finalmente, Venezuela iba representada por dos Coroneles, Juan de Dios Celis Paredes y Manuel Morán; el primero era el Subsecretario de Guerra y su compañero Comandante de una Zona Militar. Morán se caracterizaba entre todos nosotros por su bajísima estatura. El uniforme de ellos era más bien modesto, algo parecido al norteamericano.

Primero nos hicieron dar un recorrido por las calles y paseos de la ciudad, para que nos diéramos una idea de ella.

Se nos iba explicando brevemente en cada caso, los detalles o antecedentes de cada monumento, paseo o edificio que iba estando a nuestra vista.

El paseo terminó a la hora en punto que el programa indicaba.

El General Marshall nos recibió en su despacho, estrechó la mano de cada uno de nosotros, y en breves palabras nos dio la bienvenida deseándonos una feliz estancia en su país y un estrechamiento más en la amistad continental.

Contestó el General de la Argentina con su agradable acento, tan peculiar y atrayente.

En seguida pasamos a ver al Secretario de la Guerra, antiguo Coronel retirado del Ejército y amigo personal del Presidente de la República. Anciano afable y reposado, que en su discurso de bienvenida nos hizo ver las ventajas de unirnos y conocernos mejor ante un evento desgraciado para la América en general. Ya se esbozaba allí, en sus palabras, el objeto de aquella invitación que nos habían hecho. Los Estados Unidos podrían entrar en el gran conflicto europeo y, al efecto, ya comenzaban a prepararse para ese no lejano evento. Movilizarían su Ejército e implantarían el servicio obligatorio, movilizándolo asimismo su potente industria civil.

Contestó el General Goes Monteiro, de Brasil, en términos adecuados, sin comprometer al grupo que en aquellos momentos representaba. En realidad, no había habido un cambio previo de impresiones entre nosotros, y sin duda alguna ningún Gobierno allí representado por sus delegaciones militares, había dado instrucciones a sus representantes para dar su opinión en tan delicado asunto.

En seguida fuimos introducidos ante el Presidente Roosevelt. Su amplio despacho, lleno de luz, parcamente amueblado y teniendo por todo adorno una gran bandera y un escudo de los Estados Unidos, fue suficientemente grande para dar cabida a todos nosotros.

El Presidente inválido, sin poderse levantar del asiento de su escritorio, nos fue saludando uno a uno y después nos dijo su discurso: Bienvenida a los Estados Unidos, ¡mejor comprensión y conocimiento entre los militares del Continente! La lucha en Europa, que bien pudiera afectar a la América toda. Van ustedes, nos dijo, a conocer nuestras instalaciones y sistemas

militares; lo que ustedes van a ver, con amplitud, pocos ciudadanos de este país lo han visto y apreciado. Les deseo una feliz estancia, y hago votos por la prosperidad de sus países y por el bienestar de los señores Presidentes de los países de donde ustedes son ciudadanos y cumplidos soldados.

Al General Escudero, de Chile, le correspondió contestar, y lo hizo galanamente, agradeciendo la cortesía. Estuvo verdaderamente discreto en su corto y significativo discurso.

Un breve rato de charla general con cada uno de nosotros, y una nube de fotógrafos invadió la estancia, para tomar fotos de aquel significativo acto.

Fuimos después a la Unión Panamericana, para asistir al almuerzo del programa. Era Presidente de dicha Unión el Doctor Rowe, anciano amable, y estaba allí como su segundo nuestro compatriota, el escritor Dr. Pedro de Alba.

Yo pensaba que dicho almuerzo sería un banquete en forma, con mesa servida y los acostumbrados brindis y discursos. Nada de eso. Dentro del amplio edificio, y en uno de los rincones de un salón espacioso, estaba un cocinero negro vestido de blanco, y ante él, un gran recipiente con carne de carnero cocida y arroz; también había pan; a un lado, una pila de platos y tenedores y cuchillos.

Cada uno de nosotros fue tomando plato y cubiertos, y al estilo militar en campaña, en fila india nos acercamos al negro para que nos sirviera nuestro rancho. Como en el salón no había mesas, si acaso algunas sillas y muebles de ornato, nuestra comida la teníamos que tomar de pie, sosteniendo cada uno, en sus manos, plato, cubiertos y pan. Un verdadero problema, tener en una mano el plato de la comida y sin poder partir la carne con el cuchillo empuñando en la otra.

Entonces me pareció aquello sinceramente difícil. Ahora, con el tiempo transcurrido y la larga experiencia en ágapes semejantes, ya soy ducho en esos frecuentes achaques.

Quedamos un poco mal comidos. Aquel platillo, único e incómodo, no satisfizo mucho a nuestros estómagos latinos acostumbrados a yantar fuerte al medio día. Incluso hasta llegamos a pensar, allá en el fondo, que aquella demostración culinaria no era el mejor sistema de acercamiento panamericano.

El Doctor Rowe nos despidió en la escalinata del magnífico edificio, residencia de su Asociación, con las mismas demostraciones de amabilidad con que nos había recibido.

Otro recorrido breve por la ciudad en gira turística, para llegar a la hora precisa al Fuerte Myers, a la parada militar.

Ya nos esperaba en las tribunas del campo el General Marshall acompañado de varios generales americanos.

Nos colocaron en la tribuna principal en el orden alfabético que nos habían señalado; orden que abríamos de conservar en el transcurso de toda la gira de veinticinco días por los Estados Unidos.

Las tropas estaban formadas frente a nosotros, en el fondo del amplísimo campo.

Una salva de diez y nueve cañonazos y unos compases de música, en tanto que las tropas presentaban armas, fueron los honores que se nos hacían.

Comenzó el desfile.

Delante, la banda de música, que una vez rebasado el lugar de honor que ocupábamos, se aisló de la columna y fue a situarse frente a nosotros, tocando mientras desfilaban las tropas; éstas se componían de infantería, artillería y caballería, uniformadas de paño de campaña, y tocadas con sombrero y no con casco de acero; serían unos mil quinientos hombres; un batallón de infantería, uno de artillería y un escuadrón

montado. Armamento, espadas y pistolas los oficiales; el conocido fusil Springfield la tropa, y la artillería con cañones tirados por caballos. El ganado, gordo, demasiado gordo; abundaban los caballos tordillos. El personal fuerte, no muy joven; corporaciones enteras de personal negro. Un desfile mediano, que en nada sorprendió a ninguno de nosotros ni por su marcialidad, un tanto desaliñada, ni por su armamento, un tanto anticuado. Aquello no podía ser una demostración de eficiencia del Ejército que íbamos a inspeccionar.

Dándose cuenta los militares norteamericanos de la impresión que quizás tendríamos los visitantes, se apresuraron, por conducto del Teniente Coronel Benítez, a hacernos una aclaración.

—Señores, nos dijo, esto que ustedes han visto, no constituye propiamente parte de nuestras unidades combatientes. Estas son tropas veteranas, que forman parte de la Guarnición de Washington, y con las cuales se hacen honores a los visitantes extranjeros. Nuestras tropas verdaderamente de pelea las verán ustedes en sus visitas a Fort Benning, Fort Sam Houston, Fort Sill y Fort Knox.

Realmente, aquellas tropas no podían ser parte demostrativa del naciente poderío militar del gran país de norte.

Allí mismo, dentro del recinto de Fuerte Myers, estaba la residencia del General Marshall, donde sería la recepción social. El General Marshall, lo mismo que los altos Jefes del Estado Mayor y la oficialidad del Fuerte, tenían allí sus alojamientos. Casas amplias y cómodas, más o menos grandes, según las familias numerosas o reducidas que albergaban, y según también la categoría del general, jefe, oficial o sargento a quien correspondieran. La casa del General Marshall, desde luego, era la mejor de ellas.



Ya había allí una gran cantidad de militares y civiles, acompañados de sus esposas. El General Marshall y su señora nos recibieron, y nos presentaron a toda aquella gente. Enseguida, gran cantidad de *high-balls*, de whisky escocés, canapés surtidos, y nueces y cacahuates salados. Desorden de gente elegante revolviéndose entre sí constantemente, como si no encontrara cada uno un sitio apropiado en donde permanecer o una compañía adecuada para conversar. Palabras inglesas, francesas, españolas y portuguesas en el ambiente; calor, whisky, bocadillos, nueces, humo de cigarrillos, pisotones, *Excuse me...*, *I am Miss...*, *Beautiful uniform...*, *I am Colonel X...*, Mucho gusto..., *Merci bien...*, *With much pleasure...*, *Thank you...*, *Thank you...*

Más *high-balls*, más cigarrillos, más calor, más humo...

—Una recepción diplomática, me decía un amigo, es esa reunión de gentes a quienes generalmente no se conoce; se bebe, se fuma, se come, se habla, y no sabe usted ni qué está comiendo ni qué está bebiendo ni que está fumando ni qué está hablando. A veces se le acerca una señora, le pregunta una cosa y cuando va usted a contestarle, ya la señora desapareció, y está en otro grupo de personas preguntando quizás lo mismo que antes le preguntó a usted.

Se necesita un amplio y concienzudo entrenamiento para no salir loco de una reunión de esas.

Y ya que estamos hablando de recepciones diplomáticas, al día siguiente fuimos a una que nos ofreció el Mayor General Jefe de la Sección Segunda del Estado Mayor, el que por su cargo del Servicio de Inteligencia, estaba obligado a tener que ver con nosotros en nuestra visita. Fue en el amplísimo salón del Club de Oficiales del Ejército. Aquello fue un poco diferente para nosotros, pues fue más formal; tan formal que nosotros los visitantes no tomamos ni un *high-ball*, ni probamos un bocado.

El General y su esposa, cerca de la entrada principal recibían a las gentes; nosotros, a su lado, formábamos, en orden

alfabético, una larga fila. Éramos el lugar de honor, la *receiving line* o línea de recepción.

Comenzó el desfile interminable de matrimonios; el caballero por delante, su señora detrás de él; altos Jefes militares, seguramente los más destacados del Estado Mayor del Departamento de Guerra, de la Guarnición de la Plaza; todos los *attachés* militares extranjeros acreditados en Washington.

A esto hay que agregar que en Washington tienen representación diplomática todos los países del mundo, y que sus agrados militares y navales no son sólo una persona, sino generalmente varias.

Todos los Embajadores de nuestros países de toda la América Latina y una porción de gente más.

La recepción era de siete a nueve. A las siete y un minuto comenzamos a estrechar manos y a oír nombres de personas, a la vez que decíamos nosotros nuestro grado, apellido y la nación que representábamos. Duró aquel desfile las dos horas justas de la recepción, pues a las nueve en punto se fue todo el mundo, inclusive nosotros, sin haber tomado un trago o un bocado.

Me contaron que, en la recepción anterior, del todo semejante a la nuestra, que le habían ofrecido al primer grupo de militares latinoamericanos (Bolivia, Uruguay, Costa Rica, Guatemala, Santo Domingo, Colombia, Panamá, Honduras, Perú), el Delegado de Colombia, cumplido y ceremonioso militar, que tenía por norma en la vida social besar la mano de las damas a quienes saludaba, se puso a besar manos de señoras en aquel desfile interminable y acabó a las dos horas de tanto besar manos de damas y estrechar las de hombres, con un humor de toditos los demonios.

Si es cierto que no saboreamos nada en aquella recepción, en cambio conocimos, aunque fuera de nombre, a infinidad de gente, y vimos los uniformes de todos los Ejércitos del mundo, porque hasta los alemanes, los italianos y los japoneses estaban

allí. Los Estados Unidos no entraban todavía en la guerra, aun cuando ya eso se veía venir a pasos acelerados.

El primer día en Washington fue duro; los siguientes no le fueron en zaga.

Banquetes oficiales con sendos discursos, recepciones, visitas a lugares históricos y a monumentos célebres. Tres días de trajín intenso y un tanto monótono.



# EL NARRADOR ANTE LA MUERTE<sup>1</sup>

Adolfo Castañón

**S**ecretario de la Defensa Nacional en el gabinete de Manuel Ávila Camacho (1945-1946), Francisco L. Urquiza (1891-1969) es un testigo privilegiado del proceso llamado Revolución mexicana. Nacido en San Pedro de las Colonias, Coahuila, con la última década del siglo XIX, en 1967 recibe la Medalla Belisario Domínguez y sus restos reposan en la Rotonda de las Personas Ilustres de la Ciudad de México.

Desde muy joven se afilia al movimiento maderista y le toca ser testigo del asesinato criminal de Francisco I. Madero y de sus colaboradores durante los sangrientos episodios de la Decena Trágica: su descripción, escrita muchos años después (1954) de la muerte y martirio de Francisco I. Madero es, junto con *Febrero de 1913* de Martín Luis Guzmán, una de las reconstrucciones más vivas y plásticas de aquel episodio en el cual queda brillando con turbio destello el cinismo ilimitado de Victoriano Huerta:

<sup>1</sup> Este texto fue publicado en la *Revista de la Universidad de México*, núm. 82, México, UNAM, 2010, disponible en [http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/ojs\\_rum/index.php/rum/article/view/1974/2977](http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/ojs_rum/index.php/rum/article/view/1974/2977) [consultado el 30 de agosto de 2017].

—Muchas gracias, mi general —contesta jubiloso el recién premiado—. ¿Viene usted para acá luego?

—No tardo mucho —informa Huerta, y luego agrega, con trágica ironía—. Nada más me despido de mi “huésped”. Mándeme bien escoltado a Bassó.

Huerta dejó el auricular del teléfono parsimoniosamente y sin poder evitarlo, una sonrisa de chacal asoma a sus facciones mientras vuelve al salón en el que ha estado comiendo con don Gustavo Madero, a quien, al llegar, de regreso, dice:

—Don Gustavo, quiero regalarle una nueva pistola que es, seguramente, mucho mejor que la que usted usa.

—Muchas gracias, general; pero le advierto que la mía no es nada mala —responde don Gustavo Madero.

—A ver —habla Huerta mientras extiende la mano demandando la pistola de don Gustavo.

Éste desenfunda su pistola y se la entrega, comedidamente, al general Huerta, diciéndole:

—Mire usted.

El general Huerta hace como que examina la pistola, la vuelve de un lado y del otro y luego, amartillándola, la empuña con la diestra mano y la apunta al pecho de don Gustavo, a quien dice, violentamente:

—¡Es usted mi prisionero!

Al mismo tiempo, por distintos lados han aparecido unos soldados que apuntan fijamente con sus rifles a don Gustavo Madero y al general Delgado, a quien también, uno de los acompañantes de Huerta ha desarmado.

Don Gustavo exclama, en el colmo de la sorpresa:

—Pero, ¿qué es esto?

—Lo que oye —dice Huerta ya sin tratar de disfrazar su natural grosero y brutal—. Lo de ustedes se acabó. El que manda ahora aquí soy yo. —Se vuelve a uno de los jefes que están ahí y le dice— Teniente coronel, hágase cargo de este señor y condúzcalo a la Ciudadela, y allí entréguéselo al general Félix Díaz.

Otro momento significativo del cual le toca dejar su testimonio a Urquiza es el que corresponde a la muerte de Venustiano

Carranza en Tlaxcalantongo. Publicado en 1932 por la editorial CVLTVRA, el libro *México Tlaxcalantongo. Mayo de 1920* refiere con ágil objetividad los últimos días de su jefe, el general Venustiano Carranza, para no hablar de otros episodios que también recogen sus memorias. Testigo privilegiado, Francisco L. Urquizo estuvo ahí y supo mirar y escuchar, y luego recordar y pasar al estado escrito estos recuerdos que aún nos estremecen.

Quizás una de las claves del éxito de Francisco L. Urquizo sea haber rescatado de las visiones ignominiosas la imagen del Ejército mexicano ampliamente desprestigiado en el ocaso del Porfiriato. Urquizo tuvo el valor emotivo de resucitar las emociones ante esa institución y en sus cuentos y narraciones aparece una declarada emotividad hacia el Ejército, una devoción por la vida militar nacida en la infancia:

Creo no equivocarme al afirmar que todos los hombres, de pequeños, hemos tenido un gran amor por el Ejército. Probablemente los chicos de hoy verán a los soldados como yo veía a aquella pequeña guarnición de mi pueblo, con admiración y respeto, y a la vez con un cariño inmenso para esos hombres que se me antojaban diferentes de todos los demás; los veía más grandes, luciendo un uniforme y unas armas que sólo ellos podían usar; los veía marchar a compás y hacer sus movimientos todos ellos como si fuesen uno solo, y pensaba con deleite que cuando fuera grande sería yo soldado como aquellos que llevaban cintas doradas en las bocamangas y en el quepí, y que empuñaban reluciente espada.

Es de ese hondo respeto, de esa admiración ante los humildes *juanes* del Ejército, de donde surgen las páginas de *Tropa Vieja*.

La literatura del general Urquizo —como lo ha dicho atinadamente Alejandro Katz— parece inspirada por la palabra desnuda de aquellos cronistas de la Conquista de América que supieron dejar sembradas sus relaciones para memoria y comentario de las generaciones venideras. Pero quizás habría que subrayar que la voz de Urquizo es, como la de pocos cronistas e historiadores, una voz *ubicada*, una voz que cualquiera que

sea la materia de su narrativa sabe dónde está literariamente hablando, una voz que conoce con puntualidad los límites y dimensiones en que puede desarrollarse. Una voz que sabe transitar entre las dos orillas de la realidad, el mundo y el tras-mundo, y que está guiada por un peculiar sentido del humor.

Nutrida básicamente de las letras hispánicas clásicas y en la literatura europea del siglo XIX, la palabra de Urquizo sabe administrar y construir su narrativa con un sentido estricto del ritmo y dando a cada tramo de la narración su lugar, su respiración. Si bien obras como *¡Viva Madero!*, *Páginas de la Revolución* o *Memorias de campaña* tienen como foco de atención aquellos episodios revolucionarios —el sacrificio de Madero, la Decena Trágica, la muerte de Venustiano Carranza— que, toda proporción guardada, son para nosotros, los mexicanos, lo que la muerte de Julio César y el juicio a Catilina fueron para los romanos, habremos de advertir que la lacónica sobriedad de un Tito Livio no es la característica principal de nuestro general.

Urquizo tiene, en cambio, un sentido de la observación más completo y diríase armónico, no deja escapar detalle. Tiene ciertamente algo de novelista ruso y su sentido del humor y de la situación dramática puede asimilarse al de un Ivan Turguenev, y en ciertos tramos sus pícaros pueden evocar el sórdido submundo de un Nikolai Gogol. Pero no se puede reducir a Urquizo a la escritura de la Revolución y a la redacción de relatos revolucionarios. Aunque ésta sea la materia central de su atención narrativa, Urquizo escribió recuerdos de viajes como esos sabrosos años contados en *Madrid de los años veinte*, que nos permiten asomarnos a una Europa distante capaz de suscitar nostalgias de lo que fue aquella ciudad en el antiguo régimen al filo de los años veinte.

Pero sobre todo escribió cuentos y narraciones donde se combina el humor y el drama, donde ahora, para decirlo con él, *H.D.T.U.P. (Hay de todo un poco)*. Hay sobre todo esa combinación, tan mexicana, de sentido contrastado de lo natural y de lo sobrenatural, y que es uno de los rasgos de la identidad

nacional: el desenfadado desprendimiento ante la muerte. Es, ella, la muerte, una de las presencias centrales de la literatura de Urquizo, ella la que va buscando y acosando en el campo y en la ciudad a los hombres y a las mujeres:

El resultado era que el enemigo se nos antojaba formidable, potente e inaccesible; veíamos sus destrozos: oficiales y soldados muertos traidoramente, pueblos indefensos asaltados e incendiados, trenes dinamitados, pacíficos habitantes asesinados y robados; palpábamos su existencia, lo sentíamos estar junto, a nuestro lado, y nos revolvíamos contra él, animosos, pero se nos esfumaba como una sombra sin que encontráramos si había rastro siquiera de él, porque el follaje lo ocultaba y el césped ensordecía sus pasos; el enemigo existía, lo veíamos grande, acechándonos, vigilándonos siempre, con el puñal en la mano pronto a saltar sobre nosotros cuando cayéramos o tropezásemos en el camino; lo veíamos, al pasar junto a un gañán; lo veíamos receloso observarnos disimuladamente con el rabillo del ojo y contarnos, y al perderlo de vista, nos hacía fuego con la oculta carabina, de entre la espesura del cañaveral, y huía, y se perdía entre lo espeso del bosque; la escena se repetía constantemente, trágicamente.

*Tropa Vieja*, la novela más conocida de Urquizo, fue publicada en 1943, cuando el autor ya maduro frisaba los 50 años. Fue calificada por Salvador Novo como uno de los mejores relatos de la novela de la Revolución. No le faltaba razón. Cuenta la historia de Espiridión Sifuentes, un soldado cogido por la leva y un vástago de aquella novela picaresca, cuyo realismo descarnado ha dado sostén a la novela escrita en español. La historia inicia en los últimos días del Porfiriato y concluye en plena Revolución: se trama con minucia naturalista el proceso de formación y aprendizaje del recluta forzoso, pero presenta ante todo un trozo, un tramo de vida. La principal lección de la novela es la conciencia que tiene el narrador de pertenecer a una comunidad, a un continuo social en el que cada detalle es significativo, cada gesto y cada persona se encuentran inscritos en una perspectiva solidaria que los realza y llena de sentido.



Los personajes están envueltos en un ambiente que les habla. Del paisaje, dice a los hombres:

El sol caía a plomo sobre el arenal de la desierta Laguna de Mayrán. Ni un huisachito, ni un mezquite, ni una res, ni una labor, ni un rancho; tierra, polvo y remolinos a lo lejos y de vez en cuando, cada cinco leguas, una estación pelona metida en un carro sin ruedas de ferrocarril y una casa de piedra, como fortaleza para los trabajadores de la vía: Benavides, Minerva, Talía, Ceres... todas enteramente iguales con la sola diferencia de un letrero. El camino derecho, largo, largo y tendido sobre un arenal que allí a lo lejos parecía un espejo de agua clara y cristalina. Ni pájaros, ni bueyes, ni conejos; de seguro nomás allí vivían las víboras envueltas en la tierra de su mismo color. Tierra abandonada de la mano de Dios, sin agua ni verdor; tierra suelta hecha polvo, como para cobijar de un solo soplo de aire a los viandantes hambrientos y cansados que por allí pasaran. Tierra maldita, castrada, infecunda como las mulas que nunca han de parir. Tierra sin consuelo, tierra triste y sedienta como el pobre, como el gañán que vive y que vegeta y que no espera nada porque nada han de darle. Tierra blanca, pardusca y sucia como los calzones de manta de los hombres del campo; tierra que se adelantó a la muerte y que se hizo polvo antes de morir.

A Urquizo no se le escapa que en la *bola* todos los actores tienen, por así decir, la misma estatura, el mismo compromiso ante la vida y la sobrevivencia, la misma necesidad de respetar la vida, aunque no todos la pongan en práctica:

Las últimas palabras de mi compadre Celedonio, al despedirse, fueron:

—No se olvide, compadre, que en el otro lado anda su hermano José, procure no pelear; si puede seguir haciéndose guaje aquí en el hospital, mejor; si no, vea el modo de pelearse cuando le sea fácil. Piense que cada balazo que tire le puede pegar a su hermano.

Esta lección verdadera y descarnada, este horizonte de unánime respeto ante la vida es uno de los legados más perdurables

de este escritor mexicano que conoció la vida del cuartel y los riesgos de la batalla, y que supo extraer de ese conocimiento una lección profunda de solidaridad humana.

Lo natural y lo sobrenatural juegan al ajedrez sobre el tablero dispuesto por la narrativa de Urquizo; a la vida cotidiana de los militares mexicanos de la primera mitad del siglo XX, Urquizo la sabe desdoblar en una serie de sucesidos, a veces simplemente macabros como la historia de la cabeza cercenada de Blanquell, a veces declaradamente inexplicables e insólitos como pueden ser las historias de personas que se desdoblan, los cuentos de adeptos que hacen ronda y corren veloces en la oscuridad hasta que vuelan, los cuentos como el del médium que lleva a Urquizo y a su amigo al borde mismo del precipicio adonde cayó el tesoro de Moctezuma, escondido por Cuauhtémoc, o la historia del loco mordido por un perro rabioso al que tiene que linchar el pueblo. Este contraste entre lo natural y lo sobrenatural, entre mundo y trasmundo presta a los cuentos de Urquizo un sabor y una tensión propios, casi diríamos inconfundibles si no recordáramos que es precisamente la baraja entre lo natural y lo sobrenatural uno de los rasgos que dan fuerza a este género de literatura (recuérdense, por ejemplo, los cuentos de Rafael F. Muñoz).

De Urquizo se puede decir lo que él escribió sobre un oscuro médico militar, el doctor Ricardo Suárez Gamboa, quien murió

en la estación ferrocarrilera del puerto de Tampico, prensado entre dos trenes que maniobraban en el patio. ¿Fue un accidente, fue un suicidio? Jamás se supo ni importaba tampoco. La lucha era dura y uno más o menos en las filas nada significaba. Los que le conocimos y apreciamos le debemos un recuerdo de gratitud a nombre de los heridos revolucionarios que él curó sin interés alguno, sin ambición de grados militares, de dinero, de afán político; sólo por humanidad y llevado por aquella su locura que lo inclinaba al bien como norma final de su actividad siempre manifiesta.



Carlos Salinas de Gortari encabezó la ceremonia para la inhumación de los restos del general Francisco L. Urquiza.

# CONSTRUCTOR DE UNA MEMORIA<sup>1</sup>

Víctor Díaz Arciniega

**D**urante la segunda quincena de agosto de 1994, el Presidente de la República encabezó la ceremonia de inhumación de los restos de Francisco L. Urquizo en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Con este acto, solemne y protocolario, se confería al militar y escritor el más alto honor que el gobierno mexicano tributa a aquellos que considera como sus mejores hombres. El homenaje es el último de una larga serie de reconocimientos rendidos en vida a Urquizo, por parte del instituto armado mexicano, al que perteneció desde 1911 —cuando contaba 19 años— hasta el final de sus días en 1969.

Es sabido que gracias a la instrucción que el capitán Urquizo realizó del Batallón de Zapadores y, sobre todo, con la creación, adiestramiento y transformación del regimiento escolta del Primer Jefe en la brigada y después División Supremos Poderes, se estaba creando el ejemplo del tipo de ejército deseado para el constitucionalismo. Hacia el final de la década, Carranza y el incipiente instituto armado consideraron la

<sup>1</sup> Este texto fue publicado en *Literatura Mexicana*, Revista semestral del Centro de Estudios Literarios, vol. 6, núm. 1, México, UNAM, 1995, disponible en <https://revistas-filologicas.unam.mx/literatura-mexicana/index.php/lm/article/view/175/175> [consultado el 31 de agosto de 2017]

conveniencia de fabricar en México el armamento indispensable para el Ejército, con el fin de evitar la dependencia que en este renglón se tenía de Estados Unidos. También aquí Urquizo ocupó un lugar preponderante.

En forma simultánea a la comandancia de la División Supremos Poderes, Urquizo desempeñó diferentes cargos y realizó varias comisiones y funciones. Entre éstas, hay una veta poco conocida y que Miguel Sánchez Lamego refiere con detalle (1913-1919):

Presenta a la consideración de sus superiores, con buen éxito, las siguientes iniciativas y proyectos: [...] formación de un escalafón del ejército Constitucionalista [...]; edición de un Epítome de la Ordenanza General del ejército y de un folleto titulado *La caballería constitucionalista* que sirvió de base para la organización de los regimientos de esta armada; [...] fundación de la revista militar *Marte* [...] estudio, institución y organización de la Academia del Estado Mayor, primera escuela militar fundada por la Revolución, y reorganización y dirección de la Revista del ejército y la Marina [...] iniciativas para establecer el Estado Mayor General del Ejército, la Junta Superior de Guerra y las Colonias Militares y la edición del folleto *Guía de mando* [...] estudio y establecimiento de los Cuerpos de la Legión de Honor, que sirvieron para instruir y acomodar al personal de jefes y oficiales que resultaba excedente, la edición de manuales para oficiales subalternos de Infantería y Caballería y la creación de un Batallón de Comunicaciones, precursor del actual Servicio de Transmisiones, y la de una escuela para bandas; [...] edición de un Almanaque Militar con conocimientos prácticos y el restablecimiento del Colegio Militar con pie veterano del alumnao de la Academia del Estado Mayor.

Estas actividades organizativas en que participó Francisco L. Urquizo son importantes por un hecho: con la derrota del huertismo y de los movimientos campesinos, el carrancismo se enfrentó al problema de sentar las bases de un nuevo Estado —interpreta Guillermo Boils—. Para ello, los elementos jurí-

dicos explícitos en la Constitución, la creación, organización e integración de instituciones gubernamentales y el respaldo de la fuerza armada fueron fundamentales. Por tanto, el Ejército, como institución del gobierno, quedó al mando del Presidente de la República y, en consecuencia, se buscó frenar el “militarismo depredador de los caudillos militares”. Así, en esencia, se otorgó al instituto armado una función política, que tardaría años en cristalizar (Boils).

No obstante, considero que la inhumación de Urquiza en la Rotonda ni comienza ni acaba en sus variados servicios directamente prestados al instituto armado, donde contribuyó a la creación de las bases para el moderno Ejército mexicano durante la segunda mitad de la década de 1910. Doy por hecho que el homenaje se tributa al hombre de letras cuyos libros han permitido un acercamiento a la historia de la Revolución mexicana. Con sus palabras, Urquiza recuperó segmentos de nuestra memoria y contribuyó a la construcción de nuestro imaginario colectivo; con sus libros integró y asentó algunos de los elementos conceptuales útiles para reconstruir el pasado en provecho del porvenir.

Sin menosprecio ni menoscabo de sus servicios en el Ejército, reconozco que es en sus libros en donde se halla su más definitivo aporte. Los millones de balas revolucionarias no fueron tan certeras como la metralla de palabras en letras de molde tiradas por millares. Su propósito lo indicó con estas palabras: “Todos los que como yo tuvimos la suerte de formar parte en la Revolución —indicó Urquiza en 1967— tenemos el derecho, o creo que hasta la obligación, de contar cuanto supimos de la Revolución para que sirva siquiera como datos para los que escriban la historia”.

Estas líneas que cifran su credo como escritor, Urquiza las anotó dos años antes de su muerte en *Fui soldado de levita*. Su cualidad como testigo y protagonista en el Ejército y el propósito de reunir los “datos para la historia” concurren sobre el rescate, preservación y difusión de la memoria para un porvenir.

Sus libros cuentan la historia de un protagonista de la Revolución que la vivió en el seno del instituto armado y la recuerda con crudeza, pero sin pesimismo, a diferencia de literatos como Azuela, Guzmán, Muñoz, Campobello o Vasconcelos, quienes lo hicieron desde la posición del participante, observador, memorialista que reconstruía su propia infancia o del actor que se evocaba a sí mismo como actor en un escenario turbulento, todos dentro del ámbito de los ejércitos y caudillos populares y con una visión desencantada de la vida revolucionaria.

Este mirar desde adentro se complementa con otra cualidad que distingue a Urquiza como escritor: su voluntad por reunir testimonios para documentar y, así, precisar las versiones de la memoria; la suya es, también, la reconstrucción de una reminiscencia colectiva. Los ejemplos son múltiples, pero destacan los siguientes: su colección de recortes periodísticos en que diversos autores recuerdan hechos (Mercado); sus facilidades que como militar tenía para abundar en información especializada, amén de sus propios registros realizados en la proximidad de los eventos, y su personal voluntad por recoger el testimonio de viva voz de aquellos protagonistas del pasado. A esto se debe sumar su capacidad perceptiva de los rasgos humanos, sociales y políticos de la época.

Armado con estos recursos, a los que debe sumarse su natural talento narrativo, en su intimidad literaria e historiográfica Francisco L. Urquiza establece una estrategia para atacar el único frente que le interesa conquistar: la recuperación y ubicación del Ejército dentro de la memoria de la Revolución. La idea citada en *Fui soldado de levita* es complemento de otra, escrita 40 años antes en la narración “De retirada”:

Debemos confiar al papel nuestros recuerdos y nuestras apreciaciones para que los que vienen detrás de nosotros los estudien, los valoricen y nos den el lugar que desapasionadamente hayamos merecido los que aún viviremos diez o veinte años más, y sobre todo aquellos que cayeron en la lucha [...] que no saborearon el

triunfo [...] que no tuvieron la oportunidad de ser malos ni de cometer acciones indecorosas, [...] que sólo tuvieron tiempo de pensar bien. Nuestros recuerdos debieran concretarse a esos desconocidos muertos que esta generación actual no ha oído mentar siquiera, pero que nosotros sí conocimos y apreciamos bien en los primeros meses de la magna lucha.

De esta manera, libros como *Páginas de la Revolución* (1936), *Recuerdo que...* (1947), *Un pedazo de historia de la Revolución* (1960), *La Ciudadela quedó atrás* (1965) y *Memorias de campaña* (1971) recuperan hechos, itinerarios, nombres de participantes y algunas características particulares que consideraba pertinentes para una mejor precisión y ponderación. Son libros de historia y para la historia, escritos por un hombre de letras que contaba con un sentido narrativo simple y natural. De manera simultánea, en estos libros Urquizo subraya su invariable lealtad hacia Venustiano Carranza y su magnificada admiración hacia Francisco I. Madero.

Al Primer Jefe de la Revolución rinde tributo con varios libros en los que se encuentran palabras de encomio como estas de tono exaltado: “Carranza es emblema de dignificación nacional, baluarte de los derechos conculcados un día; refugio de los dignos; brazo demoledor de una tiranía, cerebro organizador de un pueblo hecho Ejército; corazón firme para su patria y hombre de una pieza en alma y cuerpo”.

Es importante subrayar que en esos libros sobre Carranza destaca la voluntad de precisar el desenlace de Tlaxcalantongo. Éste resulta preponderante porque desde un año antes a aquel mayo de 1920, Urquizo desempeñaba, *de facto*, el cargo de titular de las fuerzas armadas mexicanas. Como tal, fue uno de los principales responsables de la seguridad del Primer Jefe cuando éste, ante la violencia y traición generalizadas, decidió trasladar su gobierno al puerto de Veracruz. Urquizo, al dar su versión, intenta exculparse ante la historia.



A Madero dedica una biografía novelada, *¡Viva Madero!* (1954), en la cual describe la vida del héroe, pondera las características históricas y políticas por las que atraviesa su protagonista y, entreverado en el conjunto, emite algunos juicios sobre Porfirio Díaz, su gobierno y la sociedad de entonces. En este contexto, resulta pertinente destacar que en otros de sus libros, Urquiza es puntual para indicar que él comenzó su vida militar justo con el ejército maderista y dentro de una agrupación próxima al propio presidente, con quien tenía lejanos vínculos familiares debido a que sus familias eran oriundas de San Pedro de las Colonias, Coahuila. También es conveniente indicar que Urquiza, con libros como sus biografías noveladas de Madero y Morelos y los libros sobre Carranza, contribuyó a la cuota de historiógrafos abocados a la construcción de la historia de bronce, como dice Luis González.

En todos los casos referidos, de manera permanente y discreta, pues nunca ceja ni polemiza, Urquiza escribió sus libros de memoria y reconstrucción histórica con el ánimo de contar no sólo su verdad sino, también, la verdad. Entre los hechos descritos destacan los acontecimientos de la Decena Trágica y de Tlaxcalantongo. En ambos fue protagonista y, como ya se indicó, se reconocía obligado ante la historia para dar fe con su testimonio. Urquiza, desde su óptica, ante los hechos de 1913 se muestra sin reparos ni atenuantes eufemísticos, y enérgico reprueba al “pretoriano” Huerta. En cambio, ante los acontecimientos de 1920, es sumamente cauto para siquiera mencionar a los enemigos de Carranza ni las causas que lo obligaron a emprender la retirada hacia el puerto de Veracruz.

Esta cautela se obvia en el prólogo que Urquiza escribió para la reedición de *Ocho mil kilómetros de campaña* de Álvaro Obregón. Ahí reconoce que las luchas de grupos por el poder llevaron a enemistades y pugnas, prolongadas por años. En particular, la de él como carrancista convencido y leal hacia los miembros del grupo de Sonora y viceversa, aunque esto sólo lo insinúa Manuel González Ramírez en la presentación del

libro. Con el prólogo, solicitado por Arón Sáenz —presidente de la Asociación Cívica Álvaro Obregón y vicepresidente del Patronato de la Historia de Sonora—, se hacían las paces entre ambos individuos, a su vez representantes significativos de ambos grupos. No obstante, Urquizo advierte: “Es cosa triste que los que luchamos antes hermanados por idénticos ideales y con desinterés, inclusive de la misma vida, que más tarde, logrando el triunfo primordial, nos revolveríamos unos contra otros, y pasado el tiempo, serenados los ánimos, volviéramos a encontrarnos en ocasiones como aquella [el sepelio de Luis Cabrera] unidos por un común sentimiento de pena”.

Más adelante y sin dar su brazo a torcer, Urquizo acepta que Obregón fue un magnífico militar y sus campañas descritas en el libro así lo demuestran, pero al gobernante le regatea su reconocimiento con una frase incidental eufemística: “Su vida militar, independientemente de su acción revolucionaria al servicio del pueblo, es notabilísima”.

La pugna entre los carrancistas y el grupo de Sonora también aparece nítidamente ilustrada en *Los últimos días del general Murguía*, libro que Urquizo comenzó en los años veinte, que de manera paulatina y a lo largo de décadas fue elaborando con nuevas informaciones y que, al final de su vida, dejó inédito. El final de la vida de Francisco Murguía —general carrancista refugiado en Estados Unidos, que en 1921 se interna en México con el fin de encabezar un levantamiento contra el presidente Obregón— permite a Urquizo mostrar la lealtad de los soldados carrancistas a la figura patriarcal del Primer Jefe sin manchas que empañen una idea de la Revolución —pese a lo indicado sobre *Los últimos días del general Murguía*—. La suya es una visión de la historia acabada y perfecta desde su propio inicio. No obstante, el rigor de su versión inmaculada dejó como al acaso una pequeñísima arruga en el vestido de sus historias, la cual asoma hacia 1931, mientras permanecía distanciado del instituto armado y desempeñaba labores civiles en la Secretaría de Hacienda. Entonces pone en boca del prota-

gonista de su narración “La tristeza del viejo” una descripción de los logreros, arribistas, aduladores y tantos más que a principios de los años treinta se habían encaramado en los puestos gubernamentales sin nunca haber participado en la Revolución o pertenecer a una facción contraria a ella, o ser tan jóvenes que la desconocían o tan ignorantes que la rechazaban. En cambio dice ese “viejo”, los “auténticos” creadores y participantes de la Revolución habían sido injustamente desplazados y marginados en puestos ínfimos del gobierno. “La Revolución —concluye el ‘viejo’— había sido pródiga con todos, con todos menos con quienes la incubaron.”

El estilo literario del escritor de memorias y recuentos históricos es simplemente llano: no se distingue ni por la sintaxis ni por el aliento de una prosa fluida, ni por organización o estructuración conjunta de sus textos; tampoco por las descripciones —de lugares, personas o circunstancias— ni por las analogías metafóricas. No, en él no hay nada de las cualidades prosísticas que, por ejemplo, distinguen a Martín Luis Guzmán o Alfonso Reyes, dos de sus coetáneos. Por el contrario, el de Urquiza es el estilo convencional de un escritor funcional poco interesado en el estudio o exploración de un lenguaje que rebase lo pragmático. Parecería que para él, como escritor de memoria historiográfica, el hecho de que el lenguaje sirva para indicar nombres, fechas, lugares y circunstancias era suficiente. Por tanto, su estilo es llanamente correcto, en el sentido gramatical.

Si la memoria historiográfica de Francisco L. Urquiza ha contribuido en la construcción del imaginario colectivo de la Revolución mexicana, su obra narrativa ha permitido reconstruir la “sensación de vida vivida, la experiencia interior” de lo que significó ser soldado, incluso soldado de leva. Con ambos elementos —memoria y literatura—, el aporte de Urquiza a la idea de la Revolución se vuelve significativo, pues hace concurrir el carácter testimonial y el imaginario dentro de una expresión literaria, cuyas cualidades narrativas ponen de manifiesto, por una parte, un estilo ágil y llano y, por la otra, una sensibilidad

discreta en su apreciación de las pasiones humanas (aunque ésta es la parte más exigua dentro de su obra narrativa).

Desde la década del cuarenta se acuñó una serie de ideas sobre la literatura de Urquiza y sobre *Tropa Vieja*, que han devenido en lugares comunes (ahora interpretaciones canónicas). Un comentario que los resume a todos apareció en la sección cultural de *El Nacional* el 3 de octubre de 1955:

La descripción que hace de las vejaciones y sufrimientos de los peones en los tiempos del paraíso porfirista (para los extranjeros y unos pocos mexicanos) es rigurosamente verídica y constituye un documento histórico para el futuro. Ni qué decir de esta novela realista que narra los cuadros cuarteleros y de la guerra civil con admirable mano maestra, como que el general Urquiza fue testigo de ello, de alta calidad. La narración en boca del soldado es atinada y fluida.

Sólo faltó indicar otro rasgo distintivo que también se ha repetido acriticamente: el carácter “autobiográfico” de *Tropa Vieja*.

En 1991, José Emilio Pacheco escribió un artículo en el que recupera y actualiza las valoraciones establecidas y propone consideraciones nuevas. Ahí indica: “*Tropa Vieja* no es una autobiografía, ni un libro ingenuo ni rudo. Es una novela escrita por un autor lleno de conocimientos literarios aunados a una experiencia directa sobre el lugar y la época de su ficción”. También la describe como novela histórica, cuyo protagonista y estructura narrativa cuentan con rasgos comunes en la picaresca; es novela documental, porque “cuanto narra ocurrió”; es novela de aventuras con trasfondo histórico, y es novela antiheroica, antiépica y antibélica.

En esencia, el conjunto de estos rasgos valorativos se podrían extender a los libros de narraciones y crónicas menos conocidos, como *De la vida militar mexicana* (1930), *El primer crimen* (1933), *Mi Tío Juan* (1934), *Hay de todo un poco* (1935), *Cuentos y leyendas* (1945), *Madrid de los años veinte* (1961) o *El Desván* (1964). En todos ellos se descubre al narrador hábil que,

como dice Pacheco, “sabe representar en el teatro invisible que arma nuestra lectura todo lo que significó ser soldado”. Más aún, lo que significó y trascendió de esa geografía por la que atraviesa, de esos hombres con los que convive fugazmente y de esas circunstancias que debe sortear para seguir adelante.

El desafío de la crítica ante obras de esta naturaleza se vuelve complejo, porque si bien los hechos históricos ocupan un lugar preponderante, también las cualidades de la narración inventiva cuentan con un lugar destacado. Uno de los desafíos está en la identificación del narrador y los motivos que el autor persigue. En el corpus que se integra con la obra de tipo de memoria y recuento historiográficos, es claro que Francisco L. Urquizo es quien escribe los hechos desde su perspectiva —sin que en ello importe si la información proviene de variadas fuentes documentales o testimoniales, que nunca refiere—. También es claro que escribe con propósitos históricos específicos, donde su valor de “verdad” es una de sus guías conductoras sin nunca precisar su concepto de “verdad”, aunque se sobreentiende en su voluntad por “apegarse” a los “hechos” y “mostrarlos o documentarlos” con una supuesta “fidelidad o imparcialidad”.

En cambio, en la narración de ficción las categorías de análisis son distintas e incluso opuestas a las del historiador. Por principio, en la narración, el concepto de verdad no es relevante, sino que incluso llega a estorbar. Lo que importa para un narrador realista como Urquizo es la verosimilitud: que el hecho narrado o el personaje descrito representen la realidad, mas no que la reproduzcan con una supuesta fidelidad objetiva implícitamente, tras la verosimilitud se yergue un criterio de verdad y de veracidad que, ante los lectores, se sustenta en la conocida referencia biográfica del autor: “su testimonio es válido por haber sido protagonista de los hechos narrados, etcétera”, reiterado en forma acrítica. Lo que vale para el novelista es la subjetiva recreación de la vida, aunque sea en la muerte. De aquí que la perspectiva del narrador se desdoble en personajes

de ficción, como Desiderio González en *Fui soldado de levita* o Espiridión Cifuentes en *Tropa Vieja*, por sólo referir a los más conocidos y acabados literariamente.

Cuando Pacheco dice que las novelas de Urquiza poseen los elementos estéticos comunes de las obras de aventuras con trasfondo histórico y su desarrollo muestra las cualidades de la literatura antihéroe, antiépica y antibélica, está sugiriendo un supuesto afán de objetividad o neutralidad en el escritor. Ante tales supuestos, el lector deberá obrar con cautela, más porque la pretendida fidelidad e imparcialidad del protagonista de los hechos que escribe memoria y recuento historiográficos nunca desaparece ni cede su sitio frente al escritor de narraciones de ficción.

La referida cautela deberá aparecer ante libros como *De la vida militar mexicana* o *El primer crimen*, en los que la anécdota se convierte en un elemento secundario tras las descripciones de los gestos humanos de los protagonistas, los escenarios en que ocurren los hechos o los giros del lenguaje. Algo similar se percibe en *Hay de todo un poco*, *Cuentos y leyendas*, *El Desván* y *Los últimos días del general Murguía*, cuya verosimilitud no se cuestiona.

En un escenario geográfico diferente, el libro *Madrid de los años veinte* cierra la caracterización de lo hasta aquí indicado con respecto a las cualidades literarias, pues en esas crónicas aparece un narrador interesado en recrear un ambiente y un espíritu humano. Son crónicas de lo cotidiano realizadas a partir de la percepción e intuición naturales del narrador. De hecho, este conjunto de libros muestra a un escritor que recrea seres, lugares, giros lingüísticos y situaciones; son libros en los que el narrador despliega sus habilidades estilísticas: es directo y conciso en sus descripciones, suspicaz y humano en sus apreciaciones.

No obstante su habilidad narrativa, Urquiza subraya los rasgos de verosimilitud, que identifican al escritor de memoria y recuento históricos; su voluntad por apegarse con pretendida

fidelidad a los hechos y así trasladarlos a sus narraciones es permanente. En la introducción de *Recuerdo que...*, en el que presenta sucesos y describe personajes de la vida durante la Revolución, hace una aclaración que podría aplicarse a la mayoría de sus narraciones de ficción y a la totalidad de sus libros de memoria y recuento históricos: “No es ningún relato con pretensiones históricas [...] Lo que voy a relatar son hechos rigurosamente exactos y constatados, bien por haberlos vivido como testigo presencial de la época, o bien por estar respaldados por el dicho de personas que me han merecido entero crédito, y saldrán de mi pluma en la misma forma que llegan a mi imaginación”.

La diferencia entre el narrador de ficciones y el escritor de memoria y recuento historiográficos se evidencia en dos de sus mejores novelas: *Tropa Vieja* y *Fui soldado de levita, de esos de caballería*. En ambas —indica Pacheco para la primera, pero, en esencia, se puede señalar lo mismo para la segunda—, “Urquiza se enfrenta muy bien a la doble dificultad del novelista: escribir y narrar. Resuelve el problema de lenguaje que tanto afectó a los novelistas porfirianos: ni corrección académica madrileña ni escribir a como salga y a como se oye”. Seguramente bajo el influjo de los *Episodios nacionales*, de Galdós, y sin perder de vista las novelas de Azuela, Guzmán, Magdaleno y Muñoz y los dos primeros volúmenes de las memorias de Vasconcelos, la de Urquiza “es la historia vista y contada por un protagonista no estelar que convive con las grandes figuras o las ve de lejos, describe la vida privada junto a la pública y refleja un punto de vista crítico y particular sobre los hechos narrados”.

Pacheco prosigue su análisis sobre la contraposición entre verosimilitud y verdad con estas palabras:

La naturalidad no es natural. Es una convención, un logro artístico muy difícil de alcanzar. *Tropa Vieja* no es el monólogo espontáneo de un soldado sino una obra artística culminada mediante el trabajo y el ejercicio de una muy diestra técnica narrativa. Comienza

y termina en una carnicería: la matanza de los animales se anticipa a la matanza de los seres humanos. Emplea magistralmente las dos técnicas del narrador: contar (esto es resumir) y escenificar; ponernos en el sitio de los hechos, presentarnos el medio físico, dejarnos escuchar las voces de los protagonistas.

Y sobre el carácter popular en *Tropa Vieja*, Pacheco analiza:

Cumple con el primer requisito de la narración: ir siempre adelante, no aburrir nunca. Es la novela en el sentido original de noticia, novedad, libro del pueblo que habla de lo que sucede a quienes no son reyes ni príncipes, a aquellos de los que no se ocupan la tragedia ni la épica. Es verdad la novela de *Los de abajo*, no vista por un narrador externo sino interiorizada por un personaje que recrea en su mentalidad y en sus peripecias las fuerzas que al entrechocar crean un época: la tienda de raya, el desempleo, la Acordada, la leva, la tropa como prisión ambulante, la lucha de los pobres contra los pobres y de los jóvenes contra los jóvenes para eterno beneficio de los ricos y de los viejos; la revolución que se frustra y la contrarrevolución que triunfa, si bien en las últimas líneas se dice que surgirá otro Madero.

José Emilio Pacheco concluye su análisis con una nota sobre el significado último de las dos obras: “Muchos años más tarde *Fui soldado de levita* será la novela del carrancismo y la caballería como *Tropa Vieja* lo es del maderismo y la infantería”. Con ello se subraya que ambas novelas del general Urquiza cargan su acento en el criterio histórico por encima del literario. En ellas están los dos ciclos de la Revolución: en *Tropa Vieja* se traza el que abarca del estallido en noviembre de 1910 hasta el golpe de Estado en febrero de 1913, donde Cifuentes narra con minuciosidad su paso por un itinerario geográfico, militar y humano perfectamente delineado; en *Fui soldado de levita* se dibuja un segundo periodo desde el triunfo del carrancismo sobre los usurpadores en mayo de 1914, hasta el inicio de la lucha fratricida en noviembre del mismo año, después de la



Convención de Aguascalientes y de las negociaciones carrancistas para expulsar a buques estadounidenses anclados en el puerto de Veracruz, todo narrado por González, quien procura señalar el itinerario geográfico de los desplazamientos del ejército carrancista al que pertenece, sus fricciones con villistas y sus diferencias con zapatistas.

En ambas novelas y a través de la perspectiva de sus narradores, Urquizo presenta al soldado de leva y al de caballería, pero sobre todo, la visión de la Revolución que éstos tienen en su condición de actores modestísimos. El drama del soldado que padece la disciplina castrense y donde la guerra ocupa un lugar considerable dentro de *Tropa Vieja*; mientras que en *Fui soldado de levita* ese drama queda relegado, aunque hay algunas pocas escenas anecdóticas representativas dignas de atender.

En cambio, en *Fui soldado de levita*, los aspectos militares son mostrados con cierto detalle: las cualidades de los contingentes, desplazamientos, dinámica humana y, punto importante, en algunas batallas donde aparecen los rasgos logísticos de la lucha, cualidades menos atendidas en *Tropa Vieja*, donde destaca sobremanera la toma de Torreón, dibujada con la violencia entre la tropa y sin la estrategia entre los oficiales.

En estos puntos hay algunas características que no se deben pasar por alto: el soldado de leva —según Urquizo en *Tropa Vieja*— carece de motivos, principios, metas; son máquinas disciplinadas sólo para obedecer, matar y ser muertos. En sentido contrario, los ejércitos revolucionarios son improvisados, carecen de disciplina institucional y aparecen como una entidad amorfa, pero luchan convencidos por metas redentoras; son sanguinarios, pero no se ensañan con los de su misma raza, sino con los “gachupines hacendados” o los chinos acaparadores” de Torreón. En *Fui soldado de levita* no hay batallas propiamente, pero sí una caballería disciplinada y leal, cuyas funciones son obedecer en forma incuestionable y convencida los principios

del carrancismo y proteger a la figura del Primer Jefe. En ambas novelas, a diferencia de *Los de abajo*, *Se llevaron el cañón para Bachimba*, *Cartucho*, *La tormenta* y algunas más donde los signos de barbarie son superlativos, Urquizo muestra una violencia atenuada y, sobre todo, justificada por las circunstancias.

Por lo tanto, Francisco L. Urquizo empleó su libertad literaria para urdir narraciones en las que los rasgos humanos y sociales de la Revolución ocuparan un lugar destacado. No obstante, su recio y arraigado principio de considerar a la milicia como “una especie de religión, cuyo culto final es servir bien a la patria”, lo llevó a anteponerlo a su libertad narrativa. Resulta notable que en sus novelas y narraciones propiamente literarias Urquizo evitó los escollos de la política, así fuera como simples y vagas referencias. Esta sola cualidad marca una diferencia significativa frente a la que podemos distinguir en novelistas, narradores y memorialistas como Muñoz, Magdaleno, Campobello, Guzmán, Vasconcelos, Frías o Azuela —y no se diga frente a los escritores calificados como reaccionarios: Gram, Quevedo y Zubieta o Maqueo Castellanos—, cuya preocupación política y social ocupa un lugar central en sus obras.

En sentido inverso, a falta de valoraciones o descripciones literarias que muestren asuntos políticos o sociales, Urquizo, como escritor de memorias y recuentos históricos, procuró asentar la información que consideraba útil para la historia. Esta distinción resulta más notoria cuando él aborda los temas de la violencia y muerte, y de la valoración política, ausentes en los libros que escribió pensando en y para la historia. En las novelas, en cambio —no obstante los matices referidos—, sí hay signos de barbarie. El ejemplo más destacado es cuando el novelista, a través de Cifuentes, puede mostrar la destrucción que hace el Batallón de Zapadores de las vías férreas para cortar el paso a los ejércitos revolucionarios o, a través de González, exhibir las destrucciones de puentes ferroviarios que hacen los ejércitos revolucionarios para impedir el avance de los

federales. Esta libertad narrativa del novelista no la tiene el escritor de memorias.

Consecuentemente, el vínculo entre historia y literatura que se establece en la obra conjunta de Francisco L. Urquiza conduce hacia la reconstrucción de los segmentos de la memoria revolucionaria que él pondera como propositiva y, con ello, desea contribuir a la construcción del imaginario colectivo; su tarea, como escritor y militar, así la asumió y, valga la reiteración, es una: “servir bien a la patria”.

Si bien es cierto que la información disponible permite indicar que durante la primera década del siglo, Urquiza no participó de las actividades e inquietudes culturales de los ateneístas ni de los grupos próximos a ellos, también lo es que durante la segunda década, al igual que aquéllos, participó activamente en los hechos de la Revolución, incluso, junto a Carranza desempeñó tareas protagónicas. Asimismo, como los ateneístas, Urquiza también otorgó a la palabra escrita un lugar preponderante en su vida. Así como Reyes, Guzmán o Vasconcelos, los afanes civilizatorios del general Urquiza depositaban en los libros una importancia capital: serán la base para el porvenir; sin libros, el mejor testimonio de la historia, México carecería de memoria.

Por su propia personalidad y por el medio que elige para realizarse profesionalmente, Urquiza coincide en su juventud con los miembros de la generación de 1915, se forma solo, aislado del mundo exterior, sin maestros ni libros y, sobre todo, ante la sensación de caos, incertidumbre y provisionalidad de los años de la Revolución; contraponen una visión de porvenir ordenado, disciplinado y estable en la que deposita su vitalidad. Es decir, Urquiza, como el común de la generación de 1915, vierte su mirada hacia el interior de México y busca para su porvenir una estructura rectora y aglutinadora. En la de *Páginas de la Revolución*, realizada por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana y, por la otra, la edición popular y masiva de *Tropa Vieja* en libro de bolsillo con tiraje

de 100 mil ejemplares, hay rasgos de un doble reconocimiento. Las memorias aparecen bajo el amparo de la Secretaría de Gobernación y la novela con el sello de las ediciones La Prensa. La primera tuvo una circulación orientada hacia los especialistas y funcionarios públicos; la segunda, pronto llegó al grueso de la población. Ambas, con el tiempo, pasaron a formar parte de las bibliografías escolares y su uso, hasta la fecha, es relativamente extendido. En forma natural, los libros del general Urquizo han proporcionado una información útil para el conocimiento de la historia de la Revolución y, sobre todo, han aportado una versión de la historia que se ha incorporado en el imaginario colectivo de nuestro pasado. En lenguaje llano: parte de la denominada “versión oficial” de la historia de la Revolución encuentra su asiento en la obra de Francisco L. Urquizo.

Junto con un grupo de hombres con los que comparte principios y metas, el general Urquizo en el seno del Ejército busca cristalizar las normas y servicios indispensables para su desempeño como cuerpo armado y garante de la sociedad y el Estado mexicanos. Docencia, legislación, ideología, historia y difusión concurren en su voluntad institucional. Aquí, la suya no es una labor individual. Las normas de la milicia son precisas y las acata disciplinado. No obstante, la relativa limitación hace uso de los márgenes para ensanchar horizontes y estimular actividades.

En lo individual, en su obra literaria e histórica discurren principios y metas equivalentes: educar por el ejemplo, normar por la disciplina, adoctrinar por el mensaje, historiar por la reconstrucción informativa y difundir por la lectura. Urquizo, como sus coetáneos —con los que mantuvo respetuosa distancia intelectual, pues en ningún círculo literario se le recuerda como miembro activo, aunque en todos se reconoce su calidad—, participó del espíritu del autoconocimiento, y lo hizo por la vía de la memoria histórica. También participó con la voluntad de orden, depuración y rechazo a improvisación.

Finalmente es necesario destacar que los miembros de las generaciones del Ateneo de la Juventud o de 1900 y la de los Siete Sabios o de 1915 se han convertido en el sustento del imaginario social y cultural de nuestro siglo. Ellos están en la base de instituciones hospitalarias, educativas, editoriales y muchas más de carácter privado, público y gubernamental; son el cimiento conceptual sobre el que se han levantado las ideas científicas, las obras plásticas y literarias, y el basamento de la infraestructura nacional.



# EL POLVO DEL CAMINO<sup>1</sup> (1946)

## FRAGMENTOS

Francisco L. Urquizo Benavides

**P**resiento que la muerte llega; que he de partir más tarde o más temprano, y que marcharé sin haber dejado huella de mi paso por el mundo: ni un árbol plantado, ni una casa hecha, ni un libro escrito... Nada queda que me perdure; nada en lo material. Nada.

A punto de partir para ese viaje incierto a lo desconocido, pareceme un egoísmo llevarme conmigo el acervo de experiencia que adquirí por mí mismo. La humanidad debe aprovechar las experiencias de los que se van quedando en el camino; que el bagaje de los que caen delante sirva a los que marchan detrás; que la enseñanza adquirida por uno aproveche a todos. “Dad de beber al sediento”, dijo el Señor, y al decirlo se refería no solamente al líquido común que en todas partes se encuentra, sino al caudal de la fuente pura de nuestra sabiduría.

Al terminar mi jornada y retirarme a descansar, como fino rocío vuelco mi fuente bienhechora sobre mis hermanos que han de seguirme un día, pero que por ahora aún han de caminar por la cuesta de la vida. La fina lluvia de mi experiencia aprovechará a alguna rosa en la cruz de la vida y la hará

<sup>1</sup> México, s.e., 1946, pp. 5-8, 81-84. Esta obra se registra en bibliografías con el subtítulo *Testamento literario*.

colorearse agradecida, o se evaporizará en el espacio elevándose hacia lo ignoto. El caudal todo de mi torrente será bien aprovechado con sólo una gota que caiga en la flor de una vida.

Siempre fui dado a indagar y nunca me conformé con saber sólo lo que otros supieron o con leer los libros fruto de la sabiduría de los demás. Al nacer fui dotado de una inteligencia, y esta misma me hizo siempre indagar, buscar, inquirir el porqué de todo. Quizás hubiera sido feliz con una inteligencia y un cerebro obtusos, pues nada me hubiera importado el porqué de todas las cosas, y mi vida hubiera sido sólo un vegetal paciente sin objeto alguno; pero ya que la Naturaleza me hizo como soy y poseo un cerebro que piensa y que discierne, puedo analizar y puedo inquirir sin la ayuda de nadie. No hay mejor aprendizaje que el que se obtiene por sí mismo, y cosas hay que son hechos positivos que sin embargo no satisfacen a espíritus inquietos —como el mío— hasta no haberlos comprobado personalmente.

Los estudios de la escuela, los de los libros, me hicieron entrever dos grandes misterios: el misterio de la vida humana y el misterio de la creación de todo el Universo; una perfección infinita nuestro cuerpo con vida, enclavado en otra perfección infinitamente mayor: El Universo. Dos perfecciones gravitando una dentro de la otra y formando ambas un todo cuyo origen, el descubrimiento de su porqué, sería la solución de cuanta duda hubiera en el mundo.

Mi imaginación me llevó hasta el principio de todas las cosas: el del Universo, y encontró lógico que él hubiera sido un movimiento; una gigantesca, una infinitamente grande vibración de cuyo resultado se engendró una forma, y que esta forma, en virtud de esa misma vibración que la engendró, tuvo vida. De la combinación de la vibración primordial y la de la forma creada, nació otra vibración más atenuada y, como con-

secuencia, otra forma menos densa; y así, de esta continuación de vibraciones atenuadas cada vez más y más, nacieron los astros y los planetas y la vida en general, desde la más leve manifestación hasta la perfección de nuestro cuerpo humano.

La filosofía nos define los movimientos, diciendo que son los cambios que se operan en la materia, y nulifica esta definición diciendo más tarde que materia es aquello en lo que se operan los cambios llamados movimientos. La filosofía no me satisfizo y tuvo mi mente que ir hasta el origen de todo y encontró que una vibración, un movimiento capaz de conmover todo y crear formas gigantescas, tuvo que tener asimismo su origen y ese origen no pudo haber venido de la nada porque la nada no existe, y no existiendo nada tampoco puede producir, no siendo ni siquiera concebible para nuestra mente lo que puede ser la carencia de todo, o sea la Nada.

Algo existió, pues, que dio origen a la primera vibración. Llegué al convencimiento de la existencia de Dios.

Las vibraciones del Universo hacen vivir a los astros, a los planetas, a los insectos, seres humanos, plantas, animales o polvo cósmico y nos hacen vivir a todos acordes y respondiendo a un fin perfectamente definido y lógico. Danzamos —como dijo Einstein— al son misterioso que toca a lo lejos un invisible artista.

La vibración universal es una armonía dentro de la cual gravita todo; no puede haber ni habrá nunca un solo desacorde en la armonía universal; todo obedece a un principio y responde a un fin. Nada hay sin objeto y aun lo más nimio tiene su razón de ser, aun cuando muchas veces no lo sepamos o no alcancemos a entreverlo los indagadores.

[...]

Y el infinito, ¿qué es?

[...]

La grandiosidad del mar me ha dado una idea de lo que gráficamente pudiera ser el Universo. Oleaje continuo, incesante, del océano. Olas que nacen inesperadamente y que



incesantemente van muriendo; algunas, pequeñas que son, llegan a ser grandes, amenazadoras, pero al cabo mueren en el mismo mar en que nacieron, o cuando mucho llegan a lamer la tierra más cercana del continente. Éstas pudieran semejarse a la vida de ciertos hombres dominadores de pueblos, pero al fin y al cabo hombres, sólo sujetos a las leyes fisiológicas irremisibles. Hay olas que mueren casi al nacer, sin hacer ruido, como los niños o como los hombres débiles.

Y el oleaje de vida es continuo, incesante. Por cada ola que termina hay por lo menos una que empieza su misión.

Así, en el Universo, las oleadas de vida se suceden unas a otras, y cada ola es una racha vivificante que puebla y rejuvenece a todos los mundos. Es una vibración uniforme, sistemática, infinita, y esta vibración es espíritu, materia, luz, calor, todo.

Cada oleada de la vida universal que nace, empuja a las que antes le precedieron, y las hace avanzar, seguir el camino inexorable hacia adelante, hacia la misión final.

Todo es una vibración constante. La vibración que nos impele a vivir, que nos dio vida, está acorde con el Universo, con los planetas y astros que más cerca estuvieron de la Tierra en el momento de nuestra gestación.

De igual manera que nosotros, vibra todo: tiempo, sonido, luz, calor, y se relaciona todo entre sí armoniosamente, pudiéndose encontrar perfecta concordancia entre una nota musical y un color, la construcción de un edificio, una pasión, un órgano del cuerpo humano, un metal y una hora determinada propicia para tal o cual objeto.

Si pudiéramos conocer la clave de la vibración de cada cosa y acelerarla o disminuirla a nuestro albedrío, podríamos transformar las cosas, pues seríamos dueños y señores de los electrones, que son en último término los componentes de todo.

Encuentro que un final lógico para un hombre de acción es el monasterio. Allí, en un claustro, alejado del ruido del mundo, meditar, meditar, meditar. Hacer un balance de lo actuado y prepararse para afrontar digna y resignadamente lo desconocido.

Siento llegar al fin.

Una enfermedad me aqueja. Empezó levemente por un malestar pequeño, algo apenas perceptible. Después fue un cansancio, cansancio físico, cansancio mental, aburrimiento de la vida. Más tarde, debilidad corporal, caída en el lecho, lucidez de mi mente.

Una larga enfermedad, poco a poco, día a día, va minando mi cuerpo. Mi subconsciencia me dice que no he de levantarme más, que es preciso que me prevenga para el gran viaje.

Pienso en mi vida desde que tuve uso de razón hasta el momento en que yazco tendido en el lecho del dolor. Me veo y analizo: niño, joven, hombre, viejo, y pareceme que por un capricho inconcebible de la naturaleza, por un soplo divino, vuelvo, ya para morir, a ser niño de nuevo.

Fugaces pasan por mi mente las escenas todas de mi vida entera, y me convierto en juez inexorable de mi propia persona, por un desdoblamiento sorprendente. He sido uno de tantos, uno que vivió y nada más. No maté, no robé, hice el bien cuando pude e hice el mal cuando fue necesario. No he sido ni más ni menos que la gran mayoría de mis semejantes, ¿qué objeto ha tenido mi vida? ¿Pagué a mis padres lo que hicieron por mí? ¿Me deben algo mis hijos o debo arrepentirme de haberlos traído a un mundo en el que quizás van a sufrir hondamente?

¿Vale la pena vivir? Al final de cuentas, ¿para qué es todo?

A veces, en mi lucidez de enfermo, creo ver una gran luz que se acerca y llena mi entendimiento y puede darme clave de

todo lo existente. Adormecido, encuentro la explicación exacta de todo y la justificación de todas mis dudas profundamente arraigadas en mí. Es una explicación simbólica que me convence absolutamente. Son una serie de esferas de colores interpuestas entre sí de tal manera que forman una figura geométrica desconocida y perfecta en su más absoluta perfección. Cada esfera es concéntrica de las demás, centro de las mismas y al mismo tiempo periferia de todas ellas. Hay armonía en sus colores y música hermanada íntimamente con el colorido. Es aquello la explicación exacta y convincente del Universo, el porqué de todo. Es la luz refulgente que llena mi pobre entendimiento.

Después viene el retorno a lo físico que se acaba, que se consume lentamente, que va entrando en silencio poco a poco.

Mis labios enmudecen, mis ojos se cierran para la luz del día, mis oídos dejan de percibir el ruido del Mundo. Llega el silencio de la noche eterna...

Mis pasiones se acallan, mis ideas se apagan, voy a dejar de pensar.

Llega el silencio absoluto. La paz.

Silencio... Silencio... Silencio.



# ENTRE LA LETRA Y LA ESPADA<sup>1</sup>

Francisco Emilio de los Ríos

La fecha de nacimiento asentada en el Registro Civil coincide con la partida de bautismo y con la tarjeta de participación del mismo que la familia hizo circular en aquel año (20 de diciembre de 1891), mas no así la hoja de filiación de la Contraloría de la Federación del 20 de abril de 1931. En este documento se establece como fecha de nacimiento el 21 de junio de 1891. Sobre el dato, en el prólogo de la novela *Fui soldado de levita de esos de caballería* (1984), Fred Wimberley, quien presentó en 1964 una tesis sobre la obra literaria de Urquiza en la Universidad de las Américas, afirma haber entrevistado al general, quien le dio el 21 de junio como fecha de nacimiento.

No viene al caso discutir prolija e innecesariamente estas discrepancias cronológicas. Se hace referencia a las mismas, no tanto por un afán puntilloso, sino para aludir a la falta de un criterio uniforme con respecto a ciertos datos biográficos de Urquiza, que en forma personal rectificó la fecha de su llegada al mundo. Con sus nombres también surgen algunos cuestionamientos: José Francisco, en la partida de bautismo;

<sup>1</sup> Este texto es prólogo de *Tropa Nueva*, Saltillo, Universidad Autónoma de Coahuila, 2003.

Francisco, solamente en el Registro Civil; Francisco L., en los artículos humorísticos que publicaba en el antiguo semanario *El Gladiador*; Francisco L., en definitiva como militar y escritor de indiscutible talento dentro de la narrativa de la Revolución y de su obra miscelánea. “L” de Luis, en memoria de su abuelo materno.

Francisco Luis Urquizo Benavides inició sus estudios de primaria en San Pedro de las Colonias y los continuó en Torreón, en la escuela mixta, dirigida por don Delfino Ríos. En el Colegio Torreón, fundado por don José Gálvez, completó su instrucción primaria “y unos años de preparatoria”, escribe él mismo en la bien salpimentada obra *Charlas de sobremesa* (1957). Desde niño sintió fascinación por la carrera de las armas y por las letras. En el libro mencionado relata que a los siete años publicó, en “el periodiquito” de su escuela, su primera composición con el título de “Mis deseos”, que eran los de llegar a ser general y “mandar a muchos soldados de infantería, artillería y caballería”. Cuando el joven Francisco manifestó a su señor padre el deseo de ingresar al Colegio Militar, para reforzar su desacuerdo apeló don Francisco al parecer de un capitán que con 50 soldados guarnecía la plaza de San Pedro de las Colonias. En breves palabras hizo el mílite recuento de su vida: “mírame a mí de capitán y ganando tres pesos y medio diarios con treinta años de servicios y con cincuenta de edad”.

No fue al Colegio Militar, sino a un prestigiado colegio de aquellos años culminantes del Porfiriato. Ingresó al Liceo Fournier para estudiar la carrera comercial. De los 300 alumnos 100 eran internos. Entre éstos se encontraba el joven Francisco L. Urquizo, quien en una especie de autocompensación, por no estar en el Colegio Militar, solía, en los días de asueto, contemplar a los guardias presidenciales en las afueras del Palacio Nacional. Aquella, su inclinación a lo militar, era una llamita inextinguible en espera de que algún viento favorable viniera para hacerla crecer y alumbrar el camino de la verdadera vocación. No sospechaba el futuro general que era poco

el tiempo que faltaba para que el remolino de la revolución maderista lo levantara, allá, en su lejano San Pedro, donde don Francisco I. Madero estaba incubando, tanto por su pensamiento como por su obra de agitación, el principio de una convulsión revolucionaria que empezaría con el derrocamiento de un tirano y proseguiría hasta convertirse en el acontecimiento de mayor significación en la historia mexicana del siglo XX. Intentar la semblanza de Francisco L. Urquizo marcando una tajante separación entre el militar y el escritor es una tarea difícil, porque “el novelista del soldado” —como se le llama con acierto— abrazó la carrera de las armas cuando aún no cumplía los 20 años, y fue su participación en las revoluciones —maderista y constitucionalista—, precisamente la coyuntura para ejercitar la pluma y dejar a la posteridad un legado en el que el predominio de los hechos revolucionarios sobrepasa a la temática de ficción que aparece en algunas de sus obras.

Hace más de 40 años que Emmanuel Carballo entrevistó a Salvador Novo y al referirse éste a la novela de la Revolución manifestó que *Tropa Vieja* (1943) es la más auténtica de todas las obras que tratan sobre el movimiento armado y que Urquizo escribió siempre la misma novela, remarcando con ello el hecho de que el tema o los temas de la Revolución están presentes tanto en sus escritos históricos como en las obras de creación literaria, con excepción de las de pura ficción, como *Lo incognoscible* (s.f.), *Mi tío Juan* (1934) y algunos cuentos.

En íntima coexistencia el soldado revolucionario y el escritor, la biografía de Urquizo no es concebible excluyendo de la misma su carrera militar. Aunque se comparta, con algunos de los estudios de su obra, el criterio de que su sobrevivencia se debe a la prevalencia del ejercicio de las letras sobre el de las armas.

Francisco L. Urquizo ingresó a la Revolución el 7 de febrero de 1911 como soldado de la Segunda División del Norte del Ejército Libertador, cuyo mando recaía en el general e ingeniero Emilio Madero, hermano de don Francisco. Quedó incorporado

al Primer Regimiento de Caballería bajo el mando del coronel Sixto Ugalde. De manera rápida fue alcanzando diversos rangos militares, debido a sus grandes facultades en materia de organización y disciplina. Tan sólo unos meses después, en mayo, lo nombraron capitán primero. Al sobrevenir el triunfo de don Francisco I. Madero, las unidades en que Urquizo militaba se convirtieron en corporaciones rurales. Con su escuadrón pasó al 22 Cuerpo de Caballería de la Federación, que estaba al mando del coronel Orestes Pereyra, antiguo hojalatero de El Oro, Durango, que con los Dorados de Villa participaría tiempo después en los históricos combates librados contra el huertismo en Torreón, San Pedro, Paredón y Zacatecas.

En diciembre de 1911, con grado inferior, el de subteniente, ingresó al escuadrón de guardias presidenciales. Fue el único maderista entre los elementos del antiguo ejército porfiriano. En las obras de memoria histórica *Recuerdo que...* (1934), *Páginas de la Revolución* (1956) y *La Ciudadela que quedó atrás* (1965), Urquizo relata una plática que sostuvo con el presidente Madero. En el diálogo sugiere que le autorice viajar a Torreón para seleccionar unos 30 hombres de los que militaron a las órdenes de don Emilio Madero, con el fin de incorporarlos a la guardia presidencial. Con excesiva confianza, don Francisco argumenta que el ejército era leal al gobierno. No pasa por su noble pensamiento la sospecha del golpe pretoriano que, a poco, acabaría con la vida de don Gustavo A. Madero, con la suya y con la del vicepresidente José María Pino Suárez.

Los cuentos “El Cuache”, “Julieta”, “Somnolencia” y algunos más datan de la época en que Urquizo estuvo en el Escuadrón de Guardias de la Presidencia. Es, por ende, uno de los primeros cuentistas de la Revolución. Conjuntó y publicó esos y otros relatos en el libro *De la vida militar mexicana* (1930), en el cual aparece “Tlaxcalantongo”, primer testimonio escrito sobre la muerte trágica de don Venustiano Carranza, que los magnicidas trataron de aparentar como suicidio.

En los días previos al asesinato de Madero, Urquiza fue aprehendido por Félix Díaz cuando con otros elementos leales defendía su cuartel, ubicado en el costado poniente de la Ciudadela. Se las ingenió para fugarse y ya libre se puso a las órdenes del capitán de navío Hilario Rodríguez Malpica, jefe del Estado Mayor Presidencial. En el vértigo de aquellos días funestos fue nombrado oficial de órdenes de las tropas leales, pero llegó la noche del 22 de febrero de 1913 y con ella las ráfagas de plomo que segaron las vidas de Madero y de Pino Suárez.

Con grandes penurias, Urquiza se trasladó de la Ciudad de México a San Antonio, Texas, y de allí a Piedras Negras para unirse a don Venustiano Carranza y a su nascente Ejército Constitucionalista. Causó alta el 1 de abril de 1913, y con el grado de capitán primero se incorporó al Estado Mayor del Primer Jefe, quien al poco tiempo aprobó que organizara un batallón de zapadores con mineros de Rosita y Cloete. Esta corporación, junto con fuerzas de Pablo González, combatió y derrotó, en Candela, a los huertistas que comandaban Guillermo Rubio Navarrete y José Alessio Robles. En el campo de batalla, Urquiza alcanzó el grado de mayor; luego su batallón de zapadores fue integrado a la Primera Brigada de la División del Norte, bajo el mando de Antonio I. Villarreal. Entre el 22 y el 25 de octubre de 1913, participó en el ataque y la toma de Monterrey, donde se le confirmó el grado de teniente coronel.

A principios de 1914 se trasladó a Sonora, donde fue incorporado al Estado Mayor de Carranza. Al mando de la escolta especial del Primer Jefe, constituida por un regimiento, realizó la travesía hasta Chihuahua, y en junio fue ascendido a coronel. Dos meses más tarde, Urquiza entró a la Ciudad de México al lado de don Venustiano. Su regimiento-escolta recibió el nombre de Brigada Supremos Poderes que, bajo su mando, llegó a ser División. En abril de 1916 fue nombrado comandante de la Plaza de México y con el grado de general de brigada pasó a ser jefe del Departamento de Estado Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina, puesto que conservó hasta junio de 1917,



cuando formó parte de la Comisión Reorganizadora del Ejército nacional. En 1919, siendo ya general de División y jefe de Operaciones en Veracruz, participó en la campaña contra Félix Díaz y en algunos combates contra Aureliano Blanquet, cancerbero que aprehendió a Madero y que —perseguido por las tropas del general Guadalupe Sánchez— murió en una barranca el 15 de abril de 1918, suceso narrado por Urquiza en su obra de relatos, cuentos, memorias y leyendas titulada *H.D.T.U.P.* (1935).



General de División, Francisco L. Urquiza, *ca.* 1919.

Cuando en mayo de 1920 Carranza inició su trágico éxodo hacia Veracruz, Urquizo, que era secretario de Guerra y Marina, combatió en Apizaco, Rinconada y Aljibes, sin el éxito de otros tiempos, pues ahí quedó sellado el destino de la débil columna constitucionalista al mando del siempre leal Francisco Murguía. Después de que en Tlaxcalantongo se consumó el crimen contra Carranza, Urquizo fue arrestado, junto con otros generales, y se les confinó en la prisión de Santiago Tlatelolco. Fueron sometidos a proceso sin que se les probara responsabilidad en lo referente a la muerte de don Venustiano, pero son dados de baja en el Ejército y retirados a la vida privada. En forma solapada, se les continuó persiguiendo, por lo que en 1921 decidieron expatriarse. Urquizo y Francisco de P. Mariel se fueron a Europa; Francisco Murguía, a Estados Unidos, y de allí regresará como rebelde en contra del gobierno de Álvaro Obregón, murió fusilado en Tepehuanes, Durango, el 1 de noviembre de 1922. En la obra *Cuentos y leyendas* (1945), Urquizo incluyó el relato “La última aventura de Murguía”, uno de sus textos de máxima calidad salidos de su pluma.

Después de visitar varios países de Europa, Urquizo fijó su residencia en España, donde publicó sus primeras obras de carácter no militar: *Europa Central en 1922* (s.f.) y *Lo incognoscible* (s.f.). Regresó a México en 1924, pero la vida civil no le resultó sencilla y alternadamente volvió a ser agricultor, ejerció el periodismo, se dedicó al comercio y a la compraventa de automóviles, y finalmente aceptó un empleo en la Administración de Rentas de Pachuca, Hidalgo. En 1926, contrajo matrimonio con la señorita Ana María Pérez de Tejada. De esta unión nacieron cuatro hijos: Lourdes, Margarita, Francisco José y Juan Manuel.

En 1934 fue readmitido en el Ejército y siete años más tarde reasumió el grado de general de División. Durante el gobierno de Manuel Ávila Camacho fue subsecretario de Guerra y Marina y secretario de la Defensa Nacional del 1 de septiembre de 1945 al 30 de noviembre de 1946. Después fue comandante

de la Legión de Honor Mexicana y jefe del Departamento de Industria Militar, así como presidente del Consejo de la Secretaría de la Defensa Nacional. En 1967, dos años antes de su muerte, el Senado de la República le otorgó la Medalla Belisario Domínguez. En su hoja de servicios se lee que “tomó parte en más de sesenta combates y las citas en las órdenes del día son numerosos. En las mismas se advierte que la mayoría son por la serenidad en el combate, disciplina y técnica militar demostradas por él y por los contingentes a su mando”. Entre tratados de índole militar, crónicas, cuentos, memorias, obras históricas y biografías, dejó escritos 39 libros. Murió el 7 de abril de 1969, pero hasta 1994 sus restos fueron depositados en la Rotonda de las Personas Ilustres de la Ciudad de México.



Señora Ana María Pérez de Tejada de Urquizo.

Las obras de Urquizo sobre la Revolución constituyen un legado de indispensable valor para mantener vigente o reconstruir nuestra memoria histórica y nuestra identidad colectiva,

asediada de manera constante por modelos extraños que van de lo aparentemente inocuo y circunstancial, como la moda y ese ruido agresivo llamado música, hasta niveles más profundos de la cultura, la organización social y los valores éticos que ante los mecanismos coactivos de la globalización van sucumbiendo en una especie de anticultura que se revierte contra su propia historia.

Actor y testigo de la Revolución en sus etapas maderista y constitucionalista, Urquizo revive de los viejos cronistas de Indias la tradición memorialista y sus textos, en palabras de Alejandro Katz,<sup>2</sup> “reflejan una paciente observación, una inmensa capacidad para detenerse en el detalle, a la vez que ofrecen una visión personal de lo narrado [...], en toda [su] obra se imbrican de manera indiscernible historiador, intérprete y poeta”.

La mayoría de los críticos e historiadores de la literatura mexicana concuerda en que la narrativa de la Revolución mexicana es, en Hispanoamérica, el acontecimiento más importante después del modernismo. Entre cuentistas, novelistas y aun poetas que escribieron sobre el movimiento armado, pueden contarse cerca de 200, muy dispares en calidad, pero rasados por el mismo interés de tomar la pluma y escribir así fuera un relato sobre algún hecho revolucionario en el que se tomó parte, se fue testigo o se conoció de oídas. Urquizo debe figurar entre los que han sobrevivido; bien ganado sitio tiene junto a Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, Rafael F. Muñoz, Mauricio Magdaleno, Nellie Campobello y otros (pocos) destacados narradores de la Revolución. El bien merecido lugar se lo confirió hace ya muchos años el doctor Antonio Castro Leal, quien incluyó a *Tropa Vieja* en *La novela de la Revolución Mexicana*.<sup>3</sup>

Urquizo es un autor no del todo desconocido; las ediciones varias y amplios tiros —del orden de los 50 mil ejemplares— de

<sup>2</sup> Prologuista de Francisco L. Urquizo, *Obras escogidas*, México, FCE, 1987.

<sup>3</sup> Antonio Castro Leal, *La novela de la Revolución*, 2 t., México, Aguilar, 1960.

*Tropa Vieja, Fui soldado de levita de esos de caballería, Memorias de campaña y Los últimos días del general Murguía*, demuestran que no es exiguo el número de lectores que aprecian su obra. Sin embargo, en la medida en que sus méritos de escritor lo requieren, no es bien conocido, ante todo porque de los libros de texto sobre historias de la literatura sólo el de Carlos González Peña<sup>4</sup> le dedica algunas líneas, muy concisas, pero muy significativas. Es necesidad y utopía, muy sabidas ambas, que el hábito por “la lectura debe ser inculcado desde la primaria, aunque es en secundaria y en preparatoria donde empiezan los jóvenes a conocer la historia literaria del mundo”, la de su continente y país. Si los historiadores dejan al margen a escritores como Francisco L. Urquiza, los maestros de la asignatura son los indicados para llenar los vacíos y, a la vez, evitar el olvido de autores que han destacado en un estado o región de la República. Pero es de considerarse muy a fondo que si la enseñanza de la literatura se reduce sólo a historia, se arriesga a convertirla en un mero inventario de autores. La apreciación de este arte en cualquiera de sus manifestaciones —narrativa, poesía, ensayo— sólo es posible cuando se conoce a los autores por las lecturas que ilustran las obras de mayor realce salidas de su pluma. De ahí la importancia de las antologías destinadas no sólo a escolares, sino a sectores más amplios de población, dicho esto sin demérito del valor que implica la lectura de una o más obras completas.



<sup>4</sup> *Historia de la literatura mexicana: desde los orígenes hasta nuestros días*, México, Porrúa (Sepan Cuantos..., 44), 1958.

## SOBRE “URQUIZO, EL SAMPETRINO UNIVERSAL”

Andrés Mendoza Salas

I ntelectual, narrador, agricultor, funcionario, estratega, guerrero, Urquizo reúne todas estas personalidades en una. Su participación y trayectoria en la Revolución mexicana es un ejemplo de pundonor y lealtad. Su obra literaria rica y plena de vida humana lo consagra como un escritor que supo describir las condiciones de la tropa, sus penas, pensamiento y sentimiento. *Tropa Vieja* (1943), *¡Viva Madero!* (1954), *La Ciudadela quedó atrás* (1965) y *Fui soldado de levita de esos de caballería* (1967) constituyen el reflejo vivaz de lo que realmente fue el escenario de la guerra, “el drama del suicidio que sobrevendría”, como lo concibió Felipe Ángeles. Urquizo supo encontrar en las letras el medio adecuado para hacer los retratos de vida de la Revolución y sus personajes. La novela de la Revolución se enriquece con sus aportaciones de indudable valía. Sus descripciones son universales, hablan del ser humano universal. En cada personaje se refleja la vida que late en cada instante, ayer, hoy y siempre.

“Urquizo, el sampetrino universal”, escrito por Tavares, es un manifiesto de verdad y pasión. Los principios que ha manifestado y defendido a ultranza sobre la verdadera Revolución mexicana nos hablan de su constante lucha por poner al alcan-

ce de todas las personas hechos y personajes que pasaron al olvido, porque eran verdades incómodas o por simple displicencia de los historiadores. Tavares rescata y asume la responsabilidad de lo que narra con profundo conocimiento de la historia. Tal es así, que el número de páginas constituye un obstáculo para seguir el diálogo con sus lectores; tiene mucho que decir y el bagaje histórico y literario que atesora lo entrega por entero a sus interlocutores, sea por la palabra escrita o hablada. En un diálogo permanente con la historia es generoso, pues regala su sabiduría sin cortapisas.

Hoy podemos disfrutar de su trabajo con un personaje que admira: Francisco L. Urquizo, originario de San Pedro, pero que se hizo universal a través de sus acciones guerreras y literarias. Su recuerdo vivirá para siempre, pues se guarda en el recinto de los héroes de la historia, recreada por el trabajo constante y la pasión de historiadores como el maestro Tavares, que vive para reconstruir la historia y con ella al personaje central de su admiración, motivo de este interesante estudio. Disfrutemos pues de “Urquizo, el sampetrino universal”.



# URQUIZO, EL SAMPETRINO UNIVERSAL

Luis Martín Tavares Gutiérrez

## EL NOVELISTA DEL SOLDADO

Pocos lugares en el país pueden presumir la importancia histórica que tiene dentro del periodo de la Revolución mexicana el pueblo de San Pedro de las Colonias, Coahuila, lugar donde don Francisco I. Madero inició su movimiento democratizador y, por lo tanto, lugar donde nace la Revolución mexicana. Aquí, en San Pedro, nació también uno de los más importantes narradores de la novela de la Revolución, Francisco Luis Urquizo Benavides.

A finales de 1908, don Francisco I. Madero terminó de escribir en San Pedro de las Colonias, Coahuila, su libro *La sucesión presidencial en 1910*, en el cual plasmaba las aspiraciones del pueblo mexicano para terminar con la dictadura de Porfirio Díaz, quien por casi 30 años había detentado el poder absoluto.

La redacción y posterior publicación de ese libro en San Pedro fue el resultado de un largo proceso político iniciado por el señor Madero en nuestro pueblo, en donde encontró el ambiente propicio para desarrollar sus ideas y reunir a sus primeros seguidores.



En este pueblo fundado por liberales juaristas, como es sabido, fueron muchos los sampetrinos avocados y nativos que se sintieron atraídos por las propuestas democratizadoras del parrense, quien llegó a nuestra comunidad, para radicar en ella, a los 20 años de edad, en 1893. Uno de esos sampetrinos que se sintió fuertemente atraído por los postulados del futuro Apóstol de la Democracia fue Francisco Luis Urquizo Benavides, quien con el paso de los años desarrollaría una ascendente carrera militar y quien pasaría a la posteridad por haber sido uno de los testigos presenciales y de los más fieles relatores de los principales hechos de la Revolución mexicana, al grado que terminaría siendo llamado “el novelista del soldado”.

Francisco L. Urquizo vio la luz primera el 21 de junio de 1891 en la entonces villa de San Pedro de las Colonias, donde su padre Francisco L. Urquizo Antúnez se había establecido para dedicarse al cultivo del algodón. Su madre, Teresa Benavides Sotelo, era familiar directa de Manuela Farías y Benavides, la segunda esposa de don Evaristo Madero, el patriarca del clan, y por eso tenían una estrecha relación con la familia de don Francisco, quien había llegado a establecerse en San Pedro cuando el pequeño Francisco Urquizo había cumplido ya dos años de edad.

Al futuro revolucionario le tocaría, siendo niño, ser testigo presencial de las actividades políticas y sociales de don Francisco Ignacio Madero González. Urquizo nació en una casa que estaba ubicada en la calle Iglesias (hoy calle Madero), casi esquina con lo que hoy es la avenida Morelos. Sus primeros estudios los realiza en San Pedro, donde crece como parte de una familia muy unida y de condiciones económicas desahogadas, lo que le permite a su familia enviarlo posteriormente a Torreón para que continúe con sus estudios. El adolescente Urquizo vería a los 14 años cómo en San Pedro se fundó el primer club antirreeleccionista y, por las relaciones tan cercanas de su familia con los Madero, trataría a los integrantes del primer círculo de seguidores de don Francisco, entre los que estaban don Francisco Gámez,

don Toribio de los Santos, Francisco Rivas, el futuro constituyente sampetrino Ernesto Meade Fierro y Soledad González, la pequeña que transcribiría a máquina, unos años después, el manuscrito de *La sucesión presidencial*.

El joven Francisco se sintió pronto atraído por la milicia. Recordaba en sus textos aquellos desfiles del 5 de mayo y en especial el día en que se inauguró el reloj de San Pedro. Sin embargo, sus intenciones de ingresar al colegio militar no encontraron eco en su familia y terminó siendo enviado a la Ciudad de México a estudiar la carrera comercial en el Liceo Fournier, una prestigiada escuela en la que estudiaron los hijos de distinguidos porfiristas.

En 1908, cuando Madero escribe *La sucesión presidencial en 1910*, Francisco Luis, a los 17 años, se interesa y coincide con el contenido del texto y se adhiere a las ideas de don Francisco I. Madero, quien en 1909 despliega una gran campaña nacional, partiendo siempre de San Pedro, el pueblo en el que radicaba. Tres veces recorre el país y, al participar en las elecciones presidenciales de 1910, recibe el apoyo de muchos sampetrinos que simpatizaron con sus ideas.

Porfirio Díaz de ninguna manera iba a permitir que Madero participara siquiera en aquella elección: le inventan cargos y lo detienen en Monterrey y luego lo encierran en la cárcel de San Luis Potosí. Entonces, Madero escribe y publica el Plan de San Luis y convoca a los mexicanos a levantarse en armas.

El joven Francisco Luis se entusiasma con la idea; pero su familia, de clase acomodada, no ve con buenos ojos que aquel muchacho de casi 20 años de edad quiera irse a la Revolución. Las consejas familiares son desatendidas por el joven Francisco, quien se enrola en las filas revolucionarias, dándose de alta el 7 de febrero de 1911, participando activamente en sus primeros combates en la Segunda División del Norte, al mando de Emilio Madero y, según consta en los archivos de la Secretaría de la Defensa, es incorporado al primer regimiento de caballería bajo las órdenes del Coronel Sixto Ugalde.

Francisco L. Urquizo participará con las tropas maderistas en algunos de los principales combates de la Revolución. Una vez tomada Ciudad Juárez y firmados los tratados del 25 de mayo, se incorporará a la escolta del señor Madero, para posteriormente proseguir con su carrera militar.

Madero arrasa en las elecciones más democráticas y limpias que se han tenido en toda la historia de nuestro país. La revolución triunfa con su victoria en las urnas. Al tomar protesta como Presidente de la República, Madero otorga a Urquizo el grado de subteniente y le hace formar parte de la Guardia Presidencial en el Castillo de Chapultepec.

Madero controla con dificultad a la reacción y a los inconformes que se enfrentan a su bienintencionada presidencia. Ante tal situación de fragilidad institucional y en el inicio de la conspiración contra el presidente, Urquizo le aconseja en uno de los balcones del Palacio de Chapultepec ir a Coahuila, a La Laguna, por unos 30 o 40 revolucionarios maderistas leales, de los que pelearon junto con él en las filas de Emilio Madero, y con ellos formar una guardia que lo proteja; pero este hombre de buena fe, creyente en las instituciones, le responde que él cree en el honor y la lealtad del Ejército mexicano, y no sigue el consejo del joven subteniente.

Desafortunadamente, las advertencias de Urquizo se cumplen: Félix Díaz y Bernardo Reyes se levantan contra Madero; Mondragón y los demás traidores se acuartelan; los insurrectos toman la Ciudadela; se dan los primeros combates, y el 9 de febrero de 1913, cuando el presidente Madero marcha del Palacio de Chapultepec a Palacio Nacional, Urquizo y los cadetes del Heroico Colegio Militar van a su lado en la histórica Marcha de la lealtad.

Vienen días muy negros, llega la llamada Decena Trágica, que culmina con el cobarde asesinato de Madero y Pino Suárez, quienes fueron vilmente ejecutados por el coronel Cárdenas y otros sicarios de los golpistas. Una vez enterado del magnicidio, Francisco L. Urquizo pide su baja del ejército

usurpador. Es apresado por Félix Díaz, pero logra huir y se une a las fuerzas revolucionarias. Él mismo relataría después cómo tuvo que salir de la capital huyendo con muchas penurias al norte para unirse a los revolucionarios de Coahuila, que habían desconocido desde el mismo 23 de febrero a Victoriano Huerta.



Los primeros personajes que desconocieron al gobierno de Huerta.

Después de la firma del Plan de Guadalupe en el estado de Coahuila, la lucha empieza de nuevo. Urquiza participa en esta etapa de la Revolución en muchos hechos de guerra y se integra a la escolta personal de don Venustiano Carranza, a quien sigue a Sonora y a Chihuahua. Su papel como organizador de las tropas constitucionalistas es reconocido por el Jefe Máximo, quien, una vez logrado el triunfo contra Victoriano Huerta, lo nombra jefe de su escolta personal.

Cuando se produce el rompimiento entre los caudillos de la Revolución, Urquiza no duda y permanece leal a Carranza, ya que simpatizaba con la causa del Barón de Cuatro Ciénegas, quien buscaba mantener el orden en el país por la vía

institucional. Después de que Obregón doblega a Villa y que es derrotado Zapata, Urquizo se incorpora a tareas cada vez de mayor responsabilidad. Después de la promulgación de la Constitución de 1917 en Querétaro, Urquizo es nombrado de nuevo jefe de la escolta del ya Presidente Constitucional de la República, Venustiano Carranza. Por cierto, entre los constituyentes se encontraba el sampetrino Ernesto Meade Fierro. Posteriormente vendrían días muy difíciles.

Al llegar el momento de la sucesión presidencial, Venustiano Carranza apoya la nominación de Ignacio Bonilla, un oscuro diplomático mexicano con el cual Carranza pretende terminar la etapa de los generales en la Presidencia de la República. Se busca volver al carácter civil de los presidentes, pero los otros dos caudillos triunfantes de la Revolución, Obregón y, su segundo, Plutarco Elías Calles, piensan diferente y se inicia un nuevo periodo sangriento para nuestro país.

El 23 de abril de 1920, Adolfo de la Huerta, Plutarco Elías Calles y otros generales lanzan el Plan de Agua Prieta, en el que se desconoce a Venustiano Carranza como Presidente de la República y se le acusa de traicionar los postulados de la Revolución, al pretender imponer a un incondicional suyo en la Presidencia para de esta manera prolongar su influencia en el poder.

Estos argumentos son negados por los carrancistas, pero la mecha de la nueva asonada está ya encendida y la traición de quienes se decían leales a Carranza empieza a manifestarse de nuevo. Carranza permanece en la capital de la República, pero pronto las fuerzas enemigas lo cercan. Se dan sangrientos combates y desertiones importantes. El gobierno constitucionalista pelagra. El constituyente tiene que salir de la capital el 7 de mayo, con la intención de trasladar los poderes a Veracruz, donde piensa restablecer su gobierno.

De la capital, sale un convoy integrado por varios trenes con tropas suficientes y un grupo de seguidores de Carranza. La marcha es dura, los firmantes del Plan de Agua Prieta ace-

chan por doquier, destruyen las vías y obligan a que el convoy se disperse y al final el Jefe Máximo tiene que descender del tren para seguir a caballo. Carranza es seguido sólo por un puñado de valientes y leales militares, entre los que destaca la presencia de Francisco L. Urquizo, quien ya ocupa en ese momento la Secretaría de Guerra y Marina del gobierno legítimamente constituido.

El pequeño grupo de leales es obligado a marchar penosamente por la sierra de Puebla, en medio de un torrencial aguacero. Llegan la tarde del 20 de mayo de 1920 al pueblo de Tlaxcalantongo. Escogen un lugar donde alojar al presidente Carranza. Encuentran una choza más o menos cómoda, en ésta, el presidente pasará la última noche de su vida.

Se cuenta que, al verse empapado, Carranza solicitó una muda de ropa; pero en la huida sus maletas se perdieron. Urquizo traía en su equipaje una muda limpia y seca y se la ofrece al presidente Carranza, quien cambia su ropa húmeda por las prendas de Urquizo, con las cuales terminaría siendo asesinado. Urquizo narra detalladamente esos últimos momentos en varias de sus obras. Sus relatos sirvieron en su momento para desmentir la falsa hipótesis de que Carranza se había suicidado al verse acorralado.

Después del asesinato del presidente Carranza, Urquizo es aprehendido y después de un breve periodo en la cárcel sale exiliado a Europa, donde vivirá momentos muy amargos al enterarse de cómo sus compañeros de armas fueron perseguidos por los líderes del Plan de Agua Prieta y cómo éstos se hacen del poder. Es en esos años cuando el general exiliado desarrolla sus inclinaciones literarias y empieza a escribir.

Después de llegar a España, Francisco Luis recorre Europa. De esos viajes surge *Europa Central*, un texto en el que habla de esos países. Escribirá también otros textos, como *Madrid en los años 20*.

Después de varios años, cuando se apagan las pasiones en el país, regresa a México y se incorpora a tareas privadas. Con

el paso de los años, ocupará un cargo en la Secretaría de Hacienda en el Estado de Hidalgo, donde promueve la creación de las oficinas estatales de Hacienda. En 1936, Urquizo escribe varios textos interesantes, en los cuales desmiente lo que él consideró infundios contra Venustiano Carranza.

Por cierto, en muchas de sus obras, los primeros años de su vida en San Pedro de las Colonias son recordados; inclusive, en *¡Viva Madero!* narra cómo se fue gestando en nuestro pueblo coahuilense la revolución maderista.

Muchas cosas no muy claras sobre el maderismo y sobre el carrancismo son precisadas por Urquizo, quien después será reincorporado a las fuerzas armadas y se le reconocerán sus grados y méritos militares por parte del Senado de la República. Esto sucede en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas, quien al distanciarse de los firmantes del Plan de Agua Prieta, decide acercarse a su lado a muchos de los antiguos militares revolucionarios, principalmente a los maderistas que, como Urquizo, fueron siempre leales al Apóstol de la Democracia.

El general ocupará cargos importantes en la Secretaría de Guerra y Marina, y en la segunda parte del periodo presidencial de Ávila Camacho será ascendido a general de división y nombrado por segunda ocasión en su vida, como pocos lo han sido, secretario de Guerra y Marina. Después, con el cambio sexenal, pasará a ocupar la jefatura del Departamento de la Industria Militar.

Urquizo, como se mencionó, desempeñó un papel importante en su paso por las fuerzas armadas. Siendo secretario de Guerra, se abanderó al histórico Escuadrón 201, que participó en la Segunda Guerra Mundial, y se creó en esos años el cuerpo de paracaidistas de México. Como director del Departamento de la Industria Militar, moderniza el armamento del Ejército y la armada e introduce modificaciones importantes en el uniforme de nuestras tropas.

Todos los cargos los desempeñó Urquizo con honestidad y una gran disciplina. Para esos tiempos, ya ha escrito varias

obras con el tema de la Revolución, que lo colocan entre los mejores de esta etapa de la literatura mexicana. En 1937, escribirá *Tropa Vieja*, la cual —según críticos como Salvador Novo— es la mejor novela de la Revolución mexicana. Sus obras han sido estudiadas por cientos de especialistas y uno de sus grandes méritos literarios —dijo el maestro Javier Villareal Lozano— es que escribía como hablaba, con un lenguaje nítido y con imágenes literarias muy bien logradas.

En lo personal, Francisco L. Urquizo formó una familia muy unida. En 1926, se casó con Ana María Pérez de Tejada y tuvo cuatro hijos: Francisco José, Margarita, Lourdes y Juan Manuel, quienes le recuerdan como un padre amoroso y comprensivo. Cuentan sus hijos que siempre llevó el recuerdo de su pueblo San Pedro de las Colonias en su memoria. Le gustaba contar anécdotas de su vida en San Pedro y en La Laguna. Muchas de ellas las plasmó en sus textos. A menudo visitaba su pueblo, y cuando algún sampetrino o coahuilense le pedía algún favor, con gusto hacía lo posible por resolver el asunto. En 1967, Urquizo recibió mercedamente la medalla Belisario Domínguez, que otorga el Senado de la República a los mexicanos que se han distinguido por sus servicios a la patria. Urquizo es el único lagunero y uno de los pocos coahuilenses que ha recibido esta distinción.

Dos años después, el 6 de abril de 1969, tras una corta agonía, falleció en la Ciudad de México. Por instrucciones del Presidente de la República, sus restos fueron trasladados posteriormente a la Rotonda de las Personas Ilustres.

Urquizo fue un gran hombre. Al margen de sus méritos literarios y militares, tuvo la virtud de ser un hombre cabal, siempre coherente con sus ideas, fueran cuales fueran éstas; un fiel carrancista y más que nada un soldado leal del presidente Madero, a quien conoció y trató en este su pueblo natal, San Pedro de las Colonias, el mismo pueblo en el cual Madero viviera más de 16 años, reconociéndolo como su pueblo adoptivo.



Urquizo, para los coahuilenses, no sólo fue un narrador de la Revolución, fue parte de la historia misma y fue el ejemplo claro del lagunero heroico que dejó todo por seguir los ideales de libertad y democracia que empezara a plantear en este pueblo don Francisco I. Madero.

## URQUIZO LITERARIO

La obra de Francisco L. Urquizo es de las más destacadas en la llamada novela de la Revolución mexicana. No se queda nuestro autor como narrador de la Revolución, sino que va más allá, pues tiene textos con los cuales navega con fluidez en las aguas de la literatura de su tiempo.

Su obra comprende más de 40 títulos de diversos géneros narrativos, incluyendo guiones radiofónicos en un volumen llamado *Al viento*, además de un gran número de artículos periodísticos publicados en distintos medios impresos de circulación nacional.

Urquizo se va a distinguir como un vigoroso narrador con cualidades literarias muy sólidas. Para entender un poco el estilo literario del sampetrino, es importante conocer su formación, la cual se da en su juventud en el Liceo Fournier, donde está en contacto con las ideas liberales y humanistas de la corriente educativa que se impartía en esa escuela, en la cual estudia la carrera de negocios. El fundador de esos institutos educativos era un gran admirador del gran poeta francés Víctor Hugo, por lo cual la influencia del humanismo está presente en su formación.

Como hemos mencionado, Urquizo comúnmente es ubicado en el mundo de las letras como parte de los narradores de la Revolución mexicana; sobre este movimiento literario algunos expertos, como el maestro Elías Salas Westphal, dicen que este género ha sido muy importante en el desarrollo de la literatura mexicana, el cual inclusive, aún sigue vigente, pues hasta este nuevo milenio la Revolución continúa siendo tema de creaciones literarias.

En esta parte de la obra literaria de Urquizo, las novelas más importantes son *Tropa Vieja* y *La Ciudadela quedó atrás*. También son muy notables los relatos e imágenes de la Revolución que plasma en textos como *Recuerdo que...*, donde Urquizo hace literatura con la historia.

Estas obras tienen un gran valor historiográfico, porque Urquizo, como señala Víctor Díaz Arciniega en su ensayo *Francisco L. Urquizo, constructor de una memoria*, escribe con maestría relatos donde cuenta lo que vivió. En estos escritos, Urquizo no se deja llevar por las emociones personales, es un imparcial narrador de los hechos, lo que deja ver una responsabilidad histórica muy importante, porque Urquizo, a diferencia de otros autores de la novela de la Revolución, no juzga: Urquizo describe. Inclusive, se refiere con mucho respeto y tacto a Porfirio Díaz, a quien le reconoce sus méritos como parte del Ejército Republicano juarista, pero también señala críticamente cómo el héroe se transformó en tirano y describe con dureza los excesos de su dictadura.

Es pues —como se dice en el mencionado ensayo— un constructor de la memoria de esos días y escribe con la responsabilidad de ser eso, un testigo de esos hechos de principio del siglo pasado. Sin las obras de Urquizo, muchas cosas de lo sucedido en ese tiempo no se podrían conocer a detalle, como lo señalan la maestra Josefina Moguel Flores y el licenciado Javier Villarreal Lozano. Sin las obras de Urquizo, por ejemplo, mucho de lo que pasó en la noche de Tlaxcalantongo se ignoraría y del asesinato de Venustiano Carranza sólo sabríamos lo que dicen los partes oficiales.

Como hemos mencionado con anterioridad, de la parte de las obras de la Revolución definitivamente la obra más completa es *Tropa Vieja*. En ésta se encuentran elementos y figuras literarias en cada renglón. Es una novela técnicamente redonda, el narrador —Espiridión Sifuentes— nos cuenta una colosal epopeya donde se narra la vida de los *juanes*, esos soldados de la leva del ejército porfirista. También en este mismo texto se hace un

recuento lingüístico de la forma de expresarse de los peones de La Laguna y del pueblo llano del México de entonces.

Otra de las mejores obras de la Revolución es *La Ciudadela quedó atrás*, sobre la cual el maestro Salas escribiera un excelente prólogo para una reedición reciente, en el que el experto en literatura exalta las cualidades narrativas del escritor sampetrino.

Hay otro grupo de textos de la Revolución que tienen desde el punto de vista literario menor valía, como el mismo *¡Viva Madero!*, novela con más valor histórico que literario, pero que resulta fundamental para quien quiera saber de la revolución maderista. También está una serie de textos sobre Venustiano Carranza, a quien Urquizo le tenía una gran estima y a quien le guardó gran fidelidad hasta el último momento. Escribió igualmente sobre José María Morelos. Estos tres textos son de carácter biográfico y desde el punto de vista literario, definitivamente, no tienen la misma relevancia de la que tienen desde el punto de vista histórico.

Su serie de novelas cortas sobre la Revolución —*Fui soldado de levita*, *Memorias de campaña*, entre otras más— son unas delicias literarias, de lectura muy amena, que aportan muchos datos históricos y anecdóticos, pero que no tienen la calidad literaria de *Tropa Vieja*.

Urquizo escribió otras cosas en la etapa en que fue por segunda ocasión secretario de las Fuerzas Armadas. Escribió un texto muy difundido y poco comprendido por los círculos literarios: *3 de Diana*, donde narra la reorganización y modernización del Ejército, y la entrada de México a la Segunda Guerra Mundial. En ese texto Urquizo describe con gran talento su reincorporación al Ejército, primero como subsecretario y luego como secretario de la Defensa en el gobierno de Manuel Ávila Camacho.

Habla de cómo le tocó aplicar el servicio militar nacional y con emoción describe magistralmente cómo se fue transformando nuestro ejército. Su prosa se desborda en imágenes

descriptivas en las que se exaltan los valores del nacionalismo revolucionario y la solidaridad de los países aliados contra el Eje enemigo: Berlín, Tokio, Roma.

Sobre los textos de Urquizo, claro que no sólo se han hecho comentarios positivos: A Carlos Monsiváis, *3 de Diana* le parece una novela tediosa y más que aburrida. Sin embargo, otros críticos dicen lo contrario, porque en las descripciones que hace Urquizo de los personajes y paisajes de nuestro país y de toda América se despliegan figuras literarias muy bien logradas.

Sobre la novela de la Revolución en la obra de Urquizo, José Emilio Pacheco escribió que la obra del coahuilense, aparte de recuperar la memoria histórica, contiene también grandes elementos literarios. Pacheco escribió, a principios del presente siglo, una serie de artículos sobre la obra de Urquizo, en la revista *Proceso*. En ellos recomienda la revaloración del sampetrino, pues su obra es de lo mejor de la llamada novela de la Revolución mexicana. Salvador Novo, por su parte, llegó a decir que *Tropa Vieja*, desde su punto de vista, era la mejor novela de la Revolución mexicana.

La técnica literaria de Urquizo es pulcra, narra por lo regular en pasado. Los personajes son perfectamente definidos y estructurados. Ningún renglón está de más, es directo y conciso: dice con el número de palabras precisas lo que quiere decir. Los personajes son ubicados en su contexto de manera precisa, nunca un peón de hacienda utilizará el lenguaje del militar de alto rango o del intelectual refinado. Sus tramas son redondas, utiliza recursos como el *flashback* para explicarlas y siempre las termina sin dejar dudas sobre los destinos de sus personajes, y cuando la ocasión lo amerita, describe igualmente el destino incierto de alguno de ellos.

Otro detalle importante del estilo literario de Urquizo es el uso del lenguaje coloquial de los mexicanos de los que habla. Su obra rescata usos y modos lingüísticos de nuestro pueblo, en particular en *Tropa Vieja*, donde describe espléndidamente

el modo de hablar de los laguneros de Coahuila. La utilización de estos recursos literarios hace de las obras de Urquizo, textos muy fáciles de leer y entender. Por eso, es un escritor tan ameno que prende al lector desde los primeros renglones, y con su ritmo narrativo progresista lo lleva entretenido hasta el final de cada historia.

Según algunos estudiosos, la parte más importante de la obra de Urquizo, hablando estrictamente de literatura, no es precisamente la que habla de la Revolución y los textos testimoniales, sino que la parte más literaria de lo escrito por Urquizo está, según el maestro Elías Salas Westphal, en otros textos. Uno de ellos es una novela que escribe a principios de los años treinta: *Mi tío Juan*, en la que Salas abunda sobre la que afirma que es la primera novela de ficción científica de América Latina. *Mi tío Juan* habla de un fantástico personaje que crea diversos inventos que proveen al hombre del alimento que va a requerir durante toda su vida. Y el personaje inventa también una pócima para que el hombre tenga repulsión al alcohol. Más tarde, soluciona el problema de alimentación del mundo y esto lo mete en problemas con los gobiernos del mundo, y el tío Juan inventa una fórmula para convertirse en un gigante que combate por la humanidad en contra de los ejércitos enemigos de la misma y el primer ejército que enfrenta y derrota es el de Estados Unidos. Esa obra fue considerada por académicos de la Universidad de Chile como la primera gran novela de ficción científica de nuestro continente.

La obra de Urquizo es tan rica que seguramente seguirá siendo revalorada y revisada por varias generaciones más. Sus valores literarios e históricos son muchos, su visión del mundo es muy interesante. En sus obras, los personajes buscan siempre un mundo mejor. En todas ellas destaca su profundo amor por la patria, los valores humanos y su espíritu revolucionario.

El legado literario de Urquizo es de gran importancia y sus tramas y técnicas son una veta inacabable para los estudiosos de la historia y la literatura, como lo recalca el maestro Elías Salas,

quien menciona que la obra de Urquiza ha trascendido a la literatura universal, a tal grado que su obra está ya en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes Saavedra, disponible para todo el mundo.





# MUJERES DE LA REVOLUCIÓN EN LA OBRA DE FRANCISCO L. URQUIZO<sup>1</sup>

Olga Cárdenas Trueba

Desde hace algunos años me he ocupado de revisar la historiografía relativa a la participación de las mujeres en la Revolución mexicana. Pronto asumí la conclusión a la que desde 1961 llegó Ángeles Mendieta Alatorre, en el sentido de que los historiadores mexicanos habían dejado prácticamente de lado el tema de las mujeres en la Revolución.

Sin embargo, esta primera apreciación la he matizado al constatar que diversos escritores o historiadores que vivieron la etapa revolucionaria efectivamente se refirieron a algunas mujeres en artículos periodísticos o en algunas de sus obras. Tal fue el caso, entre otros, de Ricardo y Enrique Flores Magón, Teodoro Hernández y Manuel W. González, así como del brillante escritor y general de la Revolución Francisco Luis Urquizo Benavides.

<sup>1</sup> Este texto fue publicado en *Antropología. Revista interdisciplinaria del INAH*, núm. 65, México, INAH, 2002, disponible en <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/antropologia/article/view/5000/5026> [consultado el 1 de septiembre de 2017].



## LA OBRA DEL GENERAL FRANCISCO L. URQUIZO

Vasta y variada, la obra de Urquizo puede dividirse en diversas categorías: folletos y manuales de carácter militar, novelas de ficción, novelas históricas, crónicas de viajes, textos históricos y crónicas documentales, cuentos, narraciones cortas y una obra de teatro para radio. Sin embargo, algunos de sus libros se caracterizan por contener tanto cuentos cortos, anécdotas y narraciones históricas, como es el caso de *H.D.T.U.P. (Hay de todo un poco)*, obra editada en 1935.

De 1913 a 1920, Urquizo realizó sus primeros escritos, consistentes en folletos y manuales técnicos, prácticos, organizativos e instructivos de carácter militar. Su carrera de escritor comenzó durante su exilio en España, con su obra *Europa central en 1922*, que contiene impresiones de sus viajes por el viejo continente, publicada un año después.

Fue autor de dos novelas fantásticas: *Lo incognoscible* (1923) y *Mi tío Juan* (1934), así como de dos novelas históricas: *Tropa Vieja* (1943) y *Fui soldado de levita de esos de caballería* (1967).

Entre sus textos históricos y crónicas documentales se encuentran: *México-Tlaxcalantongo* (1932), publicada también con el título de *Asesinato de Carranza* (1959), *Recuerdo que...* (1934), que contiene innumerables anécdotas sobre la Revolución, *Don Venustiano Carranza, el hombre, el político, el caudillo* (1935), *Morelos, genio militar de la Independencia* (1945), *¡Viva Madero!*, biografía novelada (1954), *Páginas de la Revolución* (1956), *Un pedazo de historia de la Revolución (El general Federico Montes)* (1960), *La Ciudadela quedó atrás* (1965) y *Memorias de campaña* (1971).

Única en su género es "*Al viento*", *teatro de radio que fue realidad* (1953), obra conformada por diversas piezas dramáticas, elaboradas con el propósito de que fueran transmitidas a través de la radio, y que incluye varios relatos basados en hechos reales.

Entre sus obras de cuentos y narraciones cortas podemos citar *Charlas de sobremesa* (1937), que apareció en 1949 con el título de *Ahora charlemos*.

También publicó: *De la vida militar mexicana* (1930), *El primer crimen* (1933), *Cuentos y leyendas* (1945), *El polvo del camino* (1946), *3 de Diana* (1947), *El capitán Arnaud* (1954), *Charlas cuarteleras* (1955), *Madrid de los años veinte* (1961), *Breviario humorístico* (1963), *El desván* (1964), *Símbolos y números* (1965), *Aquellos años veintes* (1965) y *A un joven militar mexicano* (1967), además del prólogo y estudios preliminares a *Ocho mil kilómetros de campaña*, de Álvaro Obregón (1959), y dos conferencias: *Siete años con Carranza* (1959) y *Origen del Ejército Constitucionalista* (1964).

#### LAS MUJERES DE LA REVOLUCIÓN EN LA OBRA DE URQUIZO

En varios de sus libros históricos, el general Urquizo da cuenta de mujeres que tuvieron alguna actividad revolucionaria, hecho que, sin embargo, no ha sido destacado en la historiografía sobre las mujeres en la Revolución. Si bien Ángeles Mendieta presenta algunos datos acerca de María González, que le proporcionó el propio Urquizo como información testimonial, no hace alusión a la obra del general, en la que no sólo se da cuenta de María González, sino de otras mujeres.

Es particularmente en *Recuerdo que...* (1934) —conformado por los artículos que Urquizo publicó en *El Universal Ilustrado*—, *La Ciudadela quedó atrás* (1965) y *Memorias de campaña* (1971) en donde aparecen valiosas referencias acerca de diversas mujeres que desde sus diferentes trincheras tuvieron alguna actuación en las revoluciones maderista y constitucionalista en el norte del país e incluso en Estados Unidos.

El general describe de manera vívida, amena y, en ocasiones, pormenorizada a connotadas revolucionarias, información que en este ensayo trato de sistematizar, con varios objetivos:

1) mostrar que ciertos autores que vivieron el periodo revolucionario sí hicieron alusión sobre el tema de las mujeres de la Revolución en algunas de sus obras; 2) plantear la conveniencia de rescatar de los textos históricos cualquier referencia relativa a la participación femenina en el periodo revolucionario, y 3) señalar la necesidad de proseguir con la investigación hemerográfica, de archivo y de historia oral que posibilite la elaboración de biografías más precisas sobre mujeres cuya actividad en la Revolución está poco documentada, así como rescatar del olvido a muchas más. La información ofrecida por el general Urquiza la he dividido según la actividad desarrollada por diversas mujeres. Comenzaré por las que han sido consideradas como las más olvidadas y las más sufridas.

#### LAS SOLDADERAS

A diferencia de sus obras históricas, en las que las soldaderas aparecen relativamente poco, Urquiza escribió de manera pormenorizada acerca de estas mujeres en *Tropa Vieja* (1931), novela que retrata la vida del cuartel desde los últimos años de la dictadura del general Porfirio Díaz hasta el golpe de Estado contra el gobierno del presidente Francisco I. Madero, en 1913. Considerada como una novela realista, histórica y picaresca, *Tropa Vieja* es reflejo de la propia experiencia del general en la Revolución o de lo que escuchó de viva voz de otros revolucionarios.

Las soldaderas de las filas federales surgen muy pronto en la novela. Las hay de todo tipo: desde aquellas que decidieron seguir a sus *juanes* adonde quiera que fueran y cumplían con la tarea de cuidar de ellos y de sus niños, hasta las que *rolaban* entre toda la tropa. En la obra se hace alusión a las soldaderas que: pasaban la noche en el cuartel, en compañía de sus hombres, junto con la tropa; daban a luz con la ayuda de otra soldadera; conseguían víveres y hasta bebida para los suyos, sirviéndose en ocasiones de sus criaturas para esconder en sus pañales las tripas de aguardiente o de mezcal o incluso

manojos de marihuana; se informaban cotidianamente acerca de lo que sucedía fuera del cuartel y sobre la vida de jefes y oficiales; seguían a sus compañeros donde se les enviara, llevando algunas de ellas a sus niños; eran las primeras en llegar a ciertas poblaciones para surtirse de alimentos; daban recomendaciones a sus hombres cuando se alistaban para el ataque; corrían, regadas, después de una batalla, buscando a sus *juanes*; cuidaban a sus heridos, a quienes acompañaban cuando eran trasladados a algún hospital, caminando, como era la costumbre, junto con la tropa; proporcionaban marihuana a los que sufrían, gravemente heridos, para amortiguar su dolor; rezaban un rosario a los muertos; enterraban a sus hombres y a sus hijos; abandonaban a su *juan* para unirse con otro hombre; cambiaban de bando cuando se perdía en la guerra.

La vida cotidiana en el cuartel es mostrada en algunos pasajes, en los que Urquiza precisa no sólo la cantidad de veces durante el día en que las soldaderas podían entrar y salir del mismo, sino los momentos en que debían hacerlo, dependiendo del toque de corneta: al amanecer se daba “toque de diana”, que llamaba a que todos se levantaran y sacudieran sus cobijas. Posteriormente, se tocaba “lista”, misma que pasaba el sargento a todos los soldados, y no era sino hasta el toque de “media vuelta” cuando las soldaderas que habían pasado la noche con sus hombres debían salir hacia la calle. Al mediodía, hora en que el corneta tocaba “rancho” y “atención”, las soldaderas volvían al cuartel, llevando consigo sus canastas, que les eran bien revisadas, en las que transportaban la comida que completaría los escasos alimentos proporcionados por el batallón a los soldados; poco después salían, con el toque de “media vuelta”. Finalmente, por la noche, entraban de nuevo, después del toque de “atención”; algunas salían de la cuadra cuando la corneta tocaba “media vuelta”, pero la mayoría permanecía para pernoctar en compañía de sus hombres, y al toque de “silencio”, se iban a descansar con ellos; entonces soldados y soldaderas, como “bultos plomos, se revolcaban por el suelo”. Los domingos las

soldaderas hacían compañía a la tropa vieja que salía franca, sin armas. Los soldados iban contentos, paseando por las calles, agarrados de las manos de sus *viejas* y curioseando todo.

*Tropa Vieja* muestra también otros aspectos de la vida en el cuartel: la minuciosa revisión a la que eran sometidas las soldaderas por sargentos y cabos, quienes con el pretexto de evitar que introdujeran bebidas alcohólicas o marihuana, aprovechaban la oportunidad para “manosearlas”; las mañas que se daban algunas de ellas para introducir bebida (en tripas como chorizos, entre sus corpiños o en las enaguas; como caldo en una olla o como café pintado de negro), y la yerba (entre las tortillas o el pan). Eran las *viejas* de los soldados de leva quienes en general pasaban mayores dificultades, puesto que sus *juanes* no podían salir del cuartel y, por lo tanto, solas debían de arreglárselas en el momento de dar a luz, cuando llevaban a sus niños a bautizar, etcétera.

Sin embargo, las que sufrían más eran las que acompañaban a sus hombres cuando eran asignados para viajar en campaña, como lo describe Urquiza con respecto a soldaderas de las fuerzas federales a raíz de la revolución maderista, en 1911. Las soldaderas debían alistarse para ponerse en camino, previniéndose con bastimento; viajaban, junto con sus hombres, en carros de segunda del ferrocarril, que semejaban una lata de sardinas por lo apretados que iban sus ocupantes, pero una lata en descomposición por lo mal que olía; algunas incluso se aventuraban a cargar con sus hijos; al llegar a alguna población, eran siempre las primeras en recorrer las casas para conseguir provisiones compradas y aun robadas, como gallinas o huevos.

En *Fui soldado de levita de esos de caballería* (1967), su segunda novela histórica sobre la Revolución, las referencias acerca de las soldaderas son escasas, lo que resulta natural puesto que las tropas constitucionalistas no viajaban en campaña con estas mujeres, seguramente por disposición superior. Al inicio de la obra, cuando se relata la entrada triunfal de Venustiano Carranza a la Ciudad de México, como consecuencia de la caída

del gobierno huertista, el 20 de agosto de 1914, la tropa llega al cuartel. Es precisamente la vida de cuartel la que permitía la relación con las soldaderas: “viejas de procedencia federal ya acostumbradas a andar con la tropa”. Al narrar la evacuación de los carrancistas de la Ciudad de México, en octubre de 1914, aparecen algunas que no sólo logran informarse sobre el destino de los soldados, sino les dan alcance en Apizaco, Tlaxcala, dispuestas a seguirlos aunque fuese amontonadas en un furgón de carga o en el techo del ferrocarril, para proseguir en otro tren de carga hasta Córdoba, punto de destino.

Son precisamente en los trenes de la segunda etapa de la Revolución en los que viajaba un buen número de soldaderas, objeto de una aguda descripción por parte de Urquiza, en *Recuerdo que...* (1947). El general se refiere específicamente a los que salían de la Ciudad de México, en octubre de 1914, durante la evacuación a la que hemos hecho referencia:

Ya no eran aquellos trenes militares del principio de la revolución, ocupados exclusivamente por combatientes, no; ahora viajaban en igual cantidad que los hombres las soldaderas y las queridas de los oficiales. Eran verdaderos pueblos instalados en los trenes: jaulas con pericos o guacamayas, pájaros, perros; tendedores de ropa lavada, cocinas humeantes y puestos con frutas.

Vale la pena comparar a los protagonistas de *Tropa Vieja* y *Fui soldado de levita...*, respecto de su relación con las soldaderas y a la forma en que se expresan de ellas. Mientras en *Tropa Vieja* Celedonio Sifuentes valora a Juana, su segunda compañera, a quien compara con gran ventaja con respecto a la Chata Micaela; en *Fui soldado de levita...*, Desidero González subraya la conveniencia de no llevar a estas mujeres en campaña: “Otra ventaja que teníamos era que no cargábamos con viejas. Agarrábamos por ay’ las que se podían, pero nada de andar cargando con ellas”. Celedonio Sifuentes dependía de su *vieja* no sólo en materia de alimentación, sino de cuidados, al

resultar herido en dos ocasiones, mientras Desidero González se desempeñaba bien como “ranchero” —tarea que le gustaba realizar, ya que además de guisar bien le salían sabrosas las gordas de harina—, librándose de realizar otras actividades como el servicio y la atención de los caballos, que implicaba darles agua, forraje y otras tareas que se describen en *Tropa Vieja*: “limpiar al animal y a la montura; darle en todo el primer lugar al caballo... primero eran los animales, lo último las gentes”.

En *Recuerdo que...* (1947) existen diversas referencias sobre las soldaderas. Sólo una de ellas es reproducida en *Páginas de la revolución* (1956). Se trata de un pasaje acerca de un grupo de soldaderas que acompañaba a sus heridos federales huertistas, después del combate de julio de 1913, en Candela, Coahuila, entre fuerzas constitucionalistas, de las que formaba parte el Batallón de Zapadores, organizado por el propio Urquizo, y federales comandados por José Alessio Robles.

A continuación transcribo el pasaje aludido, en el que se evidencia la entrega de estas mujeres hacia sus hombres hasta el momento en que morían:

En una inmundada cuadra del cuartel federal yacían, tirados en el suelo, quince o veinte hombres heridos recientemente en el combate; algunas soldaderas los acompañaban. En la misma habitación, a un lado de la tropa, en camas de lona de campaña, dos oficiales, heridos también, esperaban tranquilos lo que les deparara el destino. Nuestra gente llegó hasta la puerta. Alguien gritó: —¡Háganse a un lado las viejas! Como un rebaño de ovejas temerosas, las soldaderas se separaron de sus hombres heridos. Se hizo un tiroteo y los heridos federales fueron muertos.

Pocas veces se encuentra alguna imagen tan desgarradora, en la que figuran estas mujeres, como la transcripción que ofrece Urquizo de un escrito que le envió Ricardo Calderón. Se trata del relato de la explosión de un tren en las proximidades del Cañón de la Herradura, San Luis Potosí, realizado por fuerzas al mando del general Alberto Carrera Torres, en

el que se dirigían a Tampico algunas tropas huertistas con el fin de reforzar a la guarnición, durante el conflicto con tropas estadounidenses, en abril de 1914:

Avanzó el primer tren. Cuando habíamos perdido de vista el último furgón, oímos una terrible explosión dentro del cañón...

Aún no salíamos del asombro, cuando escuchamos una segunda explosión, más débil, pero esta vez a retaguardía de nosotros...

El General mandó desembarcar a toda la tropa de infantería de nuestro tren. Ordenó que se ocuparan las alturas del desfiladero a fin de poder auxiliar al tren volado... Cuando llegué al fondo del enorme barranco, un espectáculo horrible se presentó a mis ojos:

La locomotora y los cinco o seis primeros furgones del tren estaban convertidos en un espantoso hacinamiento de escombros. Había numerosos cuerpos de hombres y mujeres mutilados, por doquier. Algunas soldaderas y soldados de los que iban en los techos habían sido proyectados hasta las peñas de los acantilados y estaban ahí, destrozados, sangrantes, materialmente estampados contra las piedras. Muchos caballos también muertos y despanzurrados.

Pero no todos eran muertos. Se oían gritos de heridos pidiendo algo que no alcanzaba a entender: se oían lastimeros ayes que partían el corazón. Vi niños, muertos también: vi niños aún en el seno de la madre, muy enredados en el rebozo. Se oían llantos de criaturas, llantos de mujeres, quejidos de hombres, quejidos de caballos. [...]

Creí volverme loco y arranqué a correr. Al pasar por delante de los demás furgones del mismo tren, vi en sus interiores a las mujeres de los soldados que habían ido al combate y que aún estaban allá arriba, acurrucadas, llorando, algunas con llanto que más parecía hipo; otras, a grito pelado. Algunas tenían entre sus piernas la cabeza de su hombre herido; otras lloraban solas, habían quedado viudas. Vi niños y niñas correr solos de un lado a otro, llorando sin cesar, llamando ¡papá!, ¡mamá! Habían quedado huérfanos en pleno combate...

En *Asesinato de Carranza (México-Tlaxcalantongo)*, Urquiza relata el choque de otro tren, esta vez provocado por una máquina loca, en la Villa de Guadalupe, cuando aún no concluía



la evacuación de diversos trenes de la Ciudad de México, en los que viajaban militares y servidores del gobierno fieles a Carranza, el 7 de mayo de 1920, mismo que no sólo provocó la muerte de muchos soldados y soldaderas, sino también impidió la salida de otros convoyes que llevaban elementos de guerra indispensables para hacer frente al enemigo:

En San Juan Teotihuacán se detuvieron los trenes largo tiempo. Era media tarde. Allí estaba el general Murguía con la columna de Heliodoro Pérez, ya embarcada en sus trenes y dispuesta a incorporarse a los convoyes como vanguardia. Allí nos dimos cuenta perfecta del desastre ocurrido a nuestra espalda.

El tren en que viajaba el 2º Regimiento de Infantería Supremos Poderes, mandado por el general Agapito Barranco, había salido de los patios de Buenavista detrás del que ocupaba el Colegio Militar. Al llegar a la Villa había sido alcanzado por una máquina loca lanzada desde México, quizás por los ferrocarrileros desleales. La locomotora chocó con el convoy de soldados, ocasionando una verdadera hecatombe. Más de doscientas personas, entre soldados y mujeres, habían perecido en el choque.

Las soldaderas fueron en no pocas ocasiones objeto de pleitos por parte de elementos del Ejército durante la Revolución. En *Recuerdo que...*, Urquiza da cuenta del enfrentamiento que en octubre de 1913 se dio entre el capitán Arciniega y su asistente, Pioquinto, en un amplio bodegón de un rancho abandonado, rumbo a Nuevo León, donde la única mujer que iba en la columna era la del segundo de ellos. Aprovechando su condición de jefe, el capitán envió a su subordinado a cumplir con algunas tareas, mientras trataba de granjearse a la mujer, pero pronto aquél regresó y tras intentar matar a su superior, fue desarmado y hecho prisionero.

Amante de las anécdotas, vale la pena referirse a la que registra el general, ocurrida en Veracruz probablemente en 1915, con respecto a una soldadera que reacciona con enojo al

escuchar una conversación en la que se califica a las soldaderas como mujeres sufridas y abnegadas:

Uno de los civiles revolucionarios, elemento integrante del Gobierno provisional, hombre pensador y filósofo, se puso a comentar frente al Cuartel Morelos el manido tópico de las soldaderas:

—Estas pobres mujeres, —decía a un amigo, al verlas salir siguiendo a sus “juanes” llevando sobre sus espaldas sus chamacos y sus “chivas”— son dignas de la glorificación; sufridas hembras fuertes que van hacia el peligro y sufren y callan. Abnegadas soldaderas, infelices heroínas desconocidas.

Una de ellas, indignada, le gritó a voz en cuello:

—Pero no te estamos pidiendo nada, roto hijo de la tiznada.

MARÍA GONZÁLEZ,  
MADERISTA Y CONSTITUCIONALISTA  
RADICADA EN SAN ANTONIO

Sobre María González, Urquizo rindió cuenta en *Recuerdo que...* (1947) y en *La Ciudadela quedó atrás* (1965). Originaria de Monterrey, Nuevo León, donde nació en 1881, emigró durante su juventud a San Antonio, Texas, lugar en el que adquirió un hotel que alojó a muchos revolucionarios, incluyendo al propio Madero. Apoyó al movimiento maderista, proporcionando ayuda pecuniaria a simpatizantes que deseaban viajar en tren a México para alistarse en la lucha. Al triunfo de la revolución maderista volvió a Monterrey. Después de la Decena Trágica y del asesinato del presidente Madero, tuvo que salir de nuevo del país. Radicó primero en San Francisco y luego volvió a San Antonio, donde adquirió una casa en la que recibió a los antihuertistas, incluyendo prominentes políticos.

Urquizo dedicó varias páginas a esta mujer, en las que se evidencia su aprecio, respeto y admiración profundos hacia ella. La primera vez que Urquizo se alojó en su casa ocurrió

después del golpe de Estado del general Victoriano Huerta, cuando viajó a San Antonio para entrevistarse con don Emilio Madero con el propósito de tomar parte en la nueva lucha revolucionaria. Fue precisamente don Emilio quien le recomendó buscar alojamiento en casa de doña María, y contactar allí mismo al coronel Luis G. Garfías, quien realizaba alguna comisión que le había encomendado Venustiano Carranza.

El general narra de manera pormenorizada su encuentro con María González, a la que describe con cierto detalle:

Allá en San Antonio, Texas, en la calle Houston, una cuadra más adelante del Hospital de Santa Rosa, tenía su domicilio doña María González, furibunda maderista de pelo en pecho, capaz de hacer cualquier sacrificio que se le pidiera a favor del movimiento reivindicador naciente. [...] Rentaba cuartos amueblados y, si era preciso, proporcionaba también los alimentos a los huéspedes.

Doña María se ayudaba con la renta de los tres o cuatro cuartos [...] para sus gastos personales por demás modestos. Se decía que guardaba dinero que había adquirido explotando un hotel en la Plaza de Santa Rosa, cerca de la “Marqueta”.

Hembra brava, de pelo en pecho, robusta y decidida, era doña María González, sin duda alguna, de las mujeres más destacadas de la revolución; todo su anhelo, su interés, sus ahorros, su energía, estaban consagrados a la causa libertaria.

Sus huéspedes, ¡claro es!, eran solamente personas afiliadas a la revolución. ¡Qué esperanza que algún enemigo en ideas pudiera alojarse ahí! Tan sólo maderistas vivían en su casa y los visitantes a la misma debían de ser también gente del mismo modo de pensar. A quien no podía pagarle, le cobraba un bajo precio y al que no podía hacerlo, le daba albergue y los alimentos gratuitamente, le prestaba dinero y le proporcionaba finalmente los cinco dólares que costaba el pasaje del ferrocarril de San Antonio a Eagle Pass, para que el candidato a revolucionario de acción se incorporara a las filas de don Venustiano.

La animadversión que experimentaba María González hacia los simpatizantes de Huerta —relatada por Urquizo con cierto

detalle— se centraba en particular en el cónsul de México en San Antonio, sus esbirros, policías y algunos méxicotexanos, entre los que figuraba el coronel y ex *sheriff* Chapa, dueño de una botica en Comercio Street. Era precisamente a ese sitio adonde en ocasiones acudía doña María con el exclusivo fin de provocar e incluso propinar algún golpe al huertista elegido, habiendo tomado la precaución de ahorrar el dinero necesario para pagar la multa correspondiente.

María González no sólo albergaba y atendía a los revolucionarios que llegaban a su casa, también estaba al tanto de sus proyectos, como lo evidencia el consejo que le dio al propio Urquizo de no esperar más al coronel Garfías y continuar sólo hacia Coahuila, mismo que Urquizo tomó en consideración al abandonar San Antonio el 1 de abril de 1913 para sumarse al movimiento liderado por Venustiano Carranza.

Después de la toma de Monterrey por fuerzas constitucionales, en octubre de ese año, Urquizo viajó nuevamente a San Antonio, con el fin de proseguir su camino hacia Nogales, Sonora, donde debía incorporarse al Estado Mayor de Carranza, al que ya pertenecía. Doña María lo recibió con enorme placer. Las puertas de su casa seguían abiertas exclusivamente a los revolucionarios, sin que hubiera concesión alguna:

Como a las dos horas de haber llegado, me dice doña María, con gesto agrio:

—Ahí te busca un...

—¿A mí? ¿Quién será?

—Paparelli.

—¡El Mayor Paparelli! Déjelo que pase, anduvo con nosotros antes.

—Sí, pero le gusta más aquí andar de parranda que allí en la campaña. Se vino cuando puede que hiciera más falta por allá. Casi es seguro que te viene a convidar para una paseada; no le hagas caso, le ha dado por juntarse con unas muchachas huertistas.

—¿Guapas?

—¡Pss!, pero son huertistas.

—Y eso ¿qué tiene que ver?

—Hombre, mucho, ¡pues no faltaba más!

—¡Pero, doña María, por Dios!

—No, no, a mí no me entra quien no sea de los nuestros completamente...

### MARÍA MARTÍNEZ, LA MEJOR ESPÍA EN EL NORDESTE

María Martínez, “la niña de los velos”, la mejor espía en el nordeste, es uno de los personajes que no ha sido registrado por la historiografía de las mujeres en la Revolución. Sobre ella ignoramos sus orígenes y su incorporación a las actividades revolucionarias. Urquizo la describe como sigue:

María Martínez, “la niña de los velos”, como le decíamos a causa de la numerosa colección de velos de colores que tenía para cubrir su cabeza, era la mejor espía con que contaban nuestras fuerzas en el nordeste. Con una rapidez asombrosa, se trasladaba de Sabinas a Piedras Negras —lugares dominados por nosotros—, a Monclova, Saltillo o Monterrey, bases de operaciones de los federales. Su información siempre era precisa y eficaz; su adhesión a la causa era patente, demostrada por sus hechos y respaldada por aquella doña María González de San Antonio, Texas.

Una vez nos saludó en Sabinas a un grupo de Oficiales, cuando charlábamos con el Teniente Coronel Lauro M. Guerra, recientemente incorporado a nuestras filas, procedente del Ejército federal. María le reconoció en seguida.

—A usted le he visto yo entre las fuerzas de Maas.

—Allí he estado hasta hace poco, sí, señorita.

—¿Y cómo es que aquí no le han fusilado todavía?

Todos réimos, incluso el propio Guerra; pero ella hablaba en serio.

—No, si digo eso porque este señor no es revolucionario, ni ha pensado nunca en serlo. Ya el tiempo nos lo dirá más adelante.

Aquel Teniente Coronel Guerra, ya como General, acabó en manos de Villa; creo que él mismo lo mandó fusilar.

María Martínez también acabó mal; acabó casándose con un inspector de alcoholes.

### BELÉN ROBLES, LA CAMARADA

Originaria de Ciudad Camargo, Chihuahua, Belén Robles ha sido poco consignada en los textos sobre las mujeres en la Revolución. En 1912 se sumó a la rebelión de Pascual Orozco, tomando parte en los combates de Rellano (24 de marzo) y Bachimba (3 y 4 de julio) contra fuerzas de la División del Norte, al mando del general Victoriano Huerta. Durante su militancia en el orozquismo alcanzó el grado de coronela. Ángeles Mendieta sólo hace la siguiente referencia a propósito de ella: “El general [Manuel] González dice, bajo la fotografía de una mujer, estas breves pero significativas palabras: ‘Belén, la heroína del ataque a Monterrey en octubre de 1913’”.

En dos de sus libros, Urquiza ofrece información muy rica y vívida sobre este personaje, a quien sólo nombra como Belem. En *Recuerdo que...*, la describe así:

Era popularísima Belem entre las fuerzas del Noreste y su apellido no hace al caso. Pocos lo supieron y esto no tenía la menor importancia. Siempre estaba montada en buen caballo y su indumentaria era mitad hombruna y mitad femenil: sombrero tejano, camisola, falda y polainas de cuero; en la cintura, buena pistola y bajo el arción, flamante 30-30.

En los combates andaba siempre tan adelante, como los más valientes. No conocía el miedo y su sola presencia avergonzaba a los mediocres o timoratos.

Era una morenucha vulgar y había tenido líos con cuatro o cinco.

Nuevamente, Urquiza consigna a Belén durante el ataque a Monterrey efectuado por los constitucionalistas en octubre de 1913, durante el cual se le había juntado una mujer llamada

Julietta, que moriría al finalizar el ataque. Pistola en mano, Belén montaba un caballo que había avanzado.

En *Memorias de campaña* (1971), Belén es la protagonista de uno de los 17 relatos que conforman el libro, “La camarada Belem”, que evidencia el respeto de Urquiza hacia ella, como compañera de armas, como militar.

El relato da cuenta del encuentro fortuito de ambos en el único cine que había en Torreón, después de la caída definitiva de esa plaza a manos de las fuerzas de Francisco Villa (abril de 1914). Belén, a quien rememora como la compañera de las batallas en Monclova, Candela y Monterrey, continuaba bajo las órdenes del general Francisco Murguía. Recién llegada de Monclova, tenía como propósito salir a Chihuahua, con el fin de saber qué le había quedado de familia allá. Urquiza la describe con detalle:

No era Belem locuaz, sino más bien parca en las palabras, pero tanto había andado en la bola, que tenía mucho que contar, si se le picaba y estaba de humor, como en aquella noche, vestida de “paisana”.

Andaba de revolucionaria activa desde el orozquismo, y no había parado. Participó en decenas de combates. Montaba muy bien al estilo femenino, pues nunca usó indumentaria masculina a excepción del sombrero tejano, unas polainas y la pistola y las cartucheras en la cintura y en el pecho. Tenía una serenidad y un valor a toda prueba y más historia y vergüenza que muchos hombres. Nunca tuvo grado militar ni disfrutó de ningún sueldo. Se bastaba a sí misma; nunca fue carga para nadie. Ensillaba su caballo, le daba de comer, de beber. Se acomodaba donde podía y se procuraba su alimento. Dura era para la fatiga; su cuerpo, delgado pero fuerte, resistía las duras jornadas, las hambres, las lluvias, los calores del verano lo mismo que las duras nevadas del invierno.

No era alegre, no cantaba y poco reía, pero tampoco era de temperamento triste. Era normal, norteha pura; absolutamente normal y equilibrada. A su cuerpo le daba lo que le pedía, sin abusar de nada. Había tenido que ver con varios y cortaba sus relaciones cuando así lo creía prudente...

[...] Con los federales nunca anduvo. No era una soldadera; era una militante desinteresada. Absolutamente desinteresada. Ni grado militar, ni haberes, ni diplomas o medallas pidió nunca. Fue única.

Durante su conversación, que Urquizo reproduce en forma de diálogo, Belén se refiere a su actuación posterior a los combates de Monterrey de octubre de 1913, en los que ambos habían coincidido. Junto con las tropas de Murguía, había proseguido hacia el norte de Chihuahua, donde sufrieron varios reveses (en Monclova, Cuatro Ciénegas y Ocampo), hasta que la suerte les cambió en Allende (25-26 de abril de 1914). Después entraron triunfantes a Piedras Negras, sin disparar un solo tiro, y posteriormente a Monclova, plaza que ya había sido evacuada.

Al referirse a su vida íntima, Belén muestra su afán por mantenerse como una mujer libre, sin ataduras:

—Soy la misma que tú has conocido. No he cambiado ni tengo por qué hacerlo. Me gusta la libertad. No tengo ni admito compromisos. No soy una mujer fácil ni liviana. Cuando el cuerpo me pide hombre, lo busco, me satisfago, y a otra cosa. Los enamoramientos me parecen ridículos. Casi soy como un hombre.

Haciendo comentarios de ella, un oficial decía a otro:

—Anoche tuve mi aventurilla.

—¿Sí?

—Figúrate que me tropecé con Belem. Cenamos juntos en el hotel de los chinos. Tenía ganas de darle vuelo a la hilacha.

—Siempre tiene.

—Yo creía que anoche más. Me hizo pasar a su cuarto y nos acostamos; de allí vengo ahora.

—¿Y...?

—Yo no sé si será por el respeto que me infunde su valor o quién sabe por qué, pero el caso es que cuando estaba a su lado me parecía que el hombre era ella y que yo era la mujer.

—¡Chivarrias!



Después de recordar la ocasión en que se conocieron, en Monclova, Belén tomó la iniciativa para invitarlo a pasar la noche con ella. Urquizo le propondría permanecer entre ellos, a lo que ella se negó, argumentando que extrañaría a su gente, que los cambios no le agradaban.

Al final del relato, Urquizo hace referencia a una anécdota que años después contaría Virginia Fábregas a propósito de ella. A solicitud expresa del general Murguía, Fábregas había aceptado que actuara en una comedia moderna, pues Belén tenía enormes deseos de ser artista, actividad que le parecía muy sencilla. A pesar de hacer varios ensayos para actuar en un papel insignificante, Belén no pudo pronunciar las “ces” y las “zetas”, no pudo dejar su estilo fronterizo de hablar, sólo un día trabajó y se convenció de que no había nacido para actriz.

Urquizo concluye señalando que de Belén ya no sabrían más; que el desierto norteño se la había tragado.

#### JULIETA, LA COMPAÑERA DE BELÉN

Al parecer la información que ofrece el general Urquizo sobre Julieta, la güereja delgaducha que participó al lado de Belén Robles en el ataque a Monterrey (octubre de 1913), es la única que existe sobre este personaje: “Una ‘güereja’ delgaducha, ‘alta nueva’, la seguía a todas partes animando a la gente”.

Al salir los combatientes de Monterrey, después de perder la plaza, debido en parte al abuso del alcohol, Urquizo la cita una vez más, cuando les gritaba encarnizadamente, para que volvieran y continuaran luchando:

El tiroteo nutrido de los federales había quedado a retaguardia nuestra. Eran otra vez dueños de la plaza que a punto estuvimos de tomar. La marcha era lenta, tranquila...

Una voz atiplada, colérica y desagradable, se oyó en la obscuridad a un lado del camino.

—No huyan, hijos de la tal; vuelvan para atrás a pelear. No son ustedes hombres. Deténganse, tales.

—La silueta accionaba levantando los brazos y trataba de detener con su caballo el paso de toda la gente en franca retirada.

—¿Quién es ese que habla?

—Es aquella flaquilla que anda con Belem.

—Cualquiera se detiene. Que se quede ella, si quiere. La gente siguió su camino y atrás quedó la amazona, vociferando.

Julieta quedaría muerta, colgada:

—¿Sabes quién está ahorita dando flancos, pendiente de una reata en el pescuezo?

—¿Quién?

—Aquella de anoche que a la fuerza quería que nos volviéramos para Monterrey; la que decía que no éramos hombres, que no corriéramos; la flacucha aquella, compañera de Belem.

—¡No me digas!

—Como suena. La acabamos de ver allí, atrás, colgada de un álamo. Se conoce que se quedó o la alcanzaron los rurales de Peña.

—Andaría jalada.

—Como todos.

La propia Belén Robles también recordaría a Julieta, aquella muchacha llena de entusiasmo que al rezagarse del grupo había sido capturada por los federales y colgada en un poste, y cuya actuación revolucionaria sólo duraría los tres días durante los que se había atacado a la plaza de Monterrey.

#### LA GÜERA CARRASCO

Poco se ha escrito sobre Ramona Reyes viuda de Flores, conocida también como La Tigresa, La Coronela y La Güera Carrasco. Al parecer originaria de Piedras Negras, Coahuila, se sumó al movimiento maderista bajo las órdenes del general Ramón F. Iturbe, con el que participó en la toma de la plaza

de Culiacán (mayo de 1911). Durante la revolución constitucionalista participó al mando del general Juan Carrasco.

En *Recuerdo que...*, Urquiza la menciona precisamente al lado del general Carrasco, después de la toma de Culiacán de noviembre de 1913:

Reinaba la alegría en Culiacán, alegría por el triunfo de las armas que se traducía en buen humor o en juerga. [...]

Juan Carrasco, el representativo del pueblo campesino del Sur de Sinaloa, montado en brioso caballo, caracoleando, recorría las calles de Culiacán, seguido de una banda de música de viento compuesta de cuatro o cinco individuos. Su caballo bailaba al son de las espuelas del jinete y, a las notas bullangueras de “La Valentina”, la Güera Carrasco, su compañera de andanzas bélicas y no bélicas, hacía otro tanto, por su lado.

#### GODOLPHIN, EL FANTASMA DE CASA MATA

Personaje extraño y muy controvertido fue Carmina L. viuda de Z., alias Godolphin, quien ha sido poco consignada por la historiografía de las mujeres en la Revolución.

Propagandista del maderismo y ferviente constitucionalista, probablemente Godolphin fue en realidad alguno de sus apellidos, que sin embargo no concuerda con las siglas de su supuesto nombre. Se decía socialista y miembro de la Unión Mundial de Socialistas, había tomado parte en algunas manifestaciones de obreros en Veracruz. Asimismo, se le consigna como enfermera, fundadora en ese estado de la Unión Fraternal de la Cruz, a finales de enero de 1915, para lo cual contó con el apoyo de Venustiano Carranza y de otros jefes constitucionalistas, así como de la Cruz Blanca Suriana en Guerrero, que sólo se ocupó de los heridos en campaña. Practicó la teosofía y el esoterismo. En una carta a Carranza, del 19 de mayo de ese año, el general Cándido Aguilar, comandante militar y

gobernador de Veracruz, inculpaba a la agente Godolphin de inmiscuirse en asuntos exclusivos de su gobierno, al denigrar en sus comunicaciones a varios elementos bajo su mando.

Urquizo, que la denomina siempre como Godolfin, se refiere a ella como escritora y periodista, y la describe como sigue:

A engrosar la falange de intelectuales había llegado, quién sabe de dónde, un nuevo elemento más: la escritora y periodista conocida con el seudónimo de Godolfin. Era la señora Godolfin alta, delgadísima, más bien huesuda; de rostro anguloso y demacrado, con profundas ojeras obscurísimas que hacían como de marco fúnebre a los borrados ojos, agrandados atrozmente por gruesas gafas cóncavas; una capa de polvo blanco en vano trataba de estucar las líneas quebradas de su ajado cutis; cabellera corta y ensortijada cubría su cabeza, y ésta una boina bohemia de terciopelo negro, que nimbaba su cráneo como una aureola. Completaba su personalidad un negro traje de corte especial, raro y extravagante. Godolfin, furibunda partidaria de “la causa”, escribía, discurseaba, espiaba; creía ver enemigos en todas partes y su actividad incansable hacía de su existencia un bregar continuo, apasionado y tenaz. Godolfin era una nota acorde a la actividad inusitada de aquellos días.

La descripción de Godolphin antecede a una anécdota de la que da cuenta el general Urquizo en *Recuerdo que...* y *Al viento...* (1953), y que tuvo lugar en 1915, en el puesto avanzado de Casa Mata, en el puerto de Veracruz, donde una noche de sábado cubrían su servicio algunos soldados novatos. Uno de ellos percibió una bola de lumbre rodando entre los médanos y sobre el agua, y otro más, varias luces en el panteón. Algunos hablaron de brujas que se reunían los sábados, y cayeron en cuenta que ese día precisamente era sábado. De pronto, escucharon un suspiro hondo y quejumbroso y vieron a un espectro, envuelto en un sudario negro, con un rostro macabro. Los soldados y el sargento echaron a correr, presas del terror. Al día siguiente, Godolphin se presentó con Carranza, a quien aseguró que nunca llegaría a triunfar con los militares con los

que contaba, puesto que la noche anterior se había presentado de improviso y los soldados habían huido; le preguntaba qué hubiese sucedido de llegar el enemigo. Más tarde, al comentar el hecho con alguno de sus acompañantes, Carranza aseguraba que de haberse aparecido Godolphin, posiblemente hasta él mismo hubiera huido.

JUANA GUDIÑO, DUEÑA DEL MEJOR  
PROSTÍBULO DE SABINAS  
Y FIRME ANTIHUERTISTA

En Sabinas, Coahuila, existían dos lupanares: el de Juana Gudiño y el de Esteban, firmes opositores de Victoriano Huerta. A Juana Gudiño y a su “zumbido” dedica Urquiza un buen número de páginas:

Administraba su negocio con todo esmero y dedicación y había obtenido ya magníficos frutos de él. Contaba con no menos de veinte mujeres y su casa, especie de mesón, tenía habitaciones suficientes para todas las parejas ocasionales del momento.

Además de este negocio, Gudiño se dedicaba a la compra y engorda de ganado menor, en el que invertía todas sus ganancias, con el fin de mantenerlo como su único negocio durante su vejez.

Firme opositora al régimen de Huerta, en alguna ocasión tuvo serios problemas con los revolucionarios, a raíz del robo de sus cabras por el capitán Santos Dávila:

Tanto Juana Gudiño como Esteban y como el japonés de las cabras, habían dado desde el principio de la bola un firmísimo color revolucionario; odiaban a los de Huerta y estaban dispuestos a hacer cualquier sacrificio por los otros; no obstante, hubo una vez en que Juana Gudiño renegó de la revolución y a punto estuvo de pasarse con el enemigo: Santos Dávila, [...] Capitán con mando de quince hombres montados, operaba por los minerales, cometiendo tropelías con gentes pacíficas, al amparo de la revolución. [...]

El Cuartel General me había ordenado que comisionara a Santos Dávila con su pequeña partida para que recogiera ganado de enemigos de la revolución, de connotados huertistas, para aprovisionar de carne a las tropas y para vender las pieles de los animales sacrificados y comprar armas o municiones.

Desplegó Santos una actividad asombrosa. A los cuantos días de haberle dado la comisión, se presentó en Sabinas conduciendo cerca de dos mil cabezas de ganado menor. [...] comenzaron a llegar las quejas. Ninguna de las cabras recogidas por él eran de enemigos; precisamente pertenecían a simpatizadores bien manifiestos del movimiento. [...]

La primera en quejarse de él fue Juana Gudiño; no sólo reclamaba sus cabras, sino los desperfectos que estaba originando en su casa, rompiendo espejos a balazos, espantando a las mujeres, y, naturalmente, negándose a pagar un solo centavo.

Fue un trabajo largo y concienzudo separar los animales de cada uno de los afectados. Santos Dávila y su gente fueron aprehendidos y desarmados por los zapadores y, por orden del Cuartel General, Dávila, acusado de pillaje, fue sometido a consejo de guerra que lo sentenció a un año de prisión en Piedras Negras.<sup>2</sup>

En agosto de 1913, durante el avance de tropas huertistas hacia el norte, Juana Gudiño se dirigió, junto con sus muchachas y sus cabras, hacia Allende.

## LAS MUJERES VIOLADAS

Urquizo muestra cómo en la Revolución no sólo “murieron quienes tenían culpa y quienes no la tenían, los que por su gusto fueron a buscar el arma libertaria y los que enganchados por la leva fueron a oponer sus pechos ante el fuego justiciero; murieron también inocentes; hubo latrocinios, violaciones, abusos sin cuenta de una y otra partes.

<sup>2</sup> Francisco L. Urquizo, *Recuerdo que...*, México, Ediciones Botas, 1934, pp. 107-110.

El tema de la violación sufrida por algunas mujeres aparece en las remembranzas de Urquizo. En algunos casos, como el que se transcribe a continuación, el violador fue fusilado, a pesar de pertenecer a las mismas fuerzas constitucionalistas:

No sólo se fusilaron federales en aquel sangriento regreso de Candela [Coahuila, julio de 1913]; también uno de los nuestros cayó en el camino, atravesado por balas constitucionalistas. Fue el Capitán Morales, ameritado Oficial de antecedentes honrosos y valor reconocido.

Entre las familias que abandonaron el pueblo de Candela, huyendo de los federales al amparo de nuestras fuerzas, iba una agraciada joven que llamó la atención, de seguro, al Capitán Morales, de las fuerzas de Murguía, quien cometió con ella repugnante atentado. La atribulada madre de la víctima fue a dar con su queja justamente al lugar en que estaba el Primer Jefe Carranza, quien, indignado, y como medida de orden y ejemplo de moralidad indispensable en el naciente ejército, ordenó el inmediato fusilamiento del culpable.

El temor que experimentaron algunos padres de que sus hijas fuesen objeto de ultraje por cualquiera de las facciones revolucionarias, los llevó, en algunas ocasiones, al extremo de enfrentarse a punta de balazos a los soldados. Así sucedió en un caserío cercano a la hacienda de San Patricio, Coahuila, donde las tropas constitucionalistas habían arribado en su camino hacia Nuevo León, en octubre de 1913.

El enemigo, al parecer, se encuentra oculto y fortificado en una de las casas. Su fuego es pausado, pero absolutamente certero. [...]

Cesa el fuego de la casa y un trapo blanco, amarrado a un carrizo, aparece por un ventanuco entreabierto... La recia puerta de la casa se abre y aparece en ella, sostenido por una mujer humilde, un viejo enteco...

—¿Cuántos son ustedes?

—Nomás yo. [...]

—¿Es usted de los “amarillos”?

—Nunca he sido [...] Si usted de veras es jefe y puede imponerse a esta gente y dar garantías a mis hijas ¡déselas!; si no, entonces hagan lo que quieran. No crea que las mujeres de mi casa se van a dejar atropellar; primero me matan.

—Tendrán garantías.

—Bueno, pues ya está. Mándeme matar.

—Hay tiempo. Dígame, primero, por qué peleaba usted solo contra tantos.

—Porque yo estaba resuelto a que no les pasara a mis gentes lo que le pasó a mi compadre Garza, que más valía que los hubieran matado a todos y no los hubieran ultrajado como lo hicieron ustedes con esas mujeres.

—No fuimos nosotros.

—Pues serían otros...

La información vertida hasta aquí muestra la importancia de la obra de Urquiza con respecto al tema de las mujeres de la Revolución. En sus textos existen referencias sobre varias mujeres más: dueñas de prostíbulos y prostitutas, novias, amantes y madres de algunos elementos del Ejército, mujeres del pueblo y algunas actrices y bailarinas del Veracruz de 1915, como Prudencia Grifell, Chole Álvarez y Chole Pérez, información que no se consigna aquí puesto que sale de los marcos de nuestro trabajo.







# ¡VIVA MADERO!<sup>1</sup>

## FRAGMENTO

Francisco L. Urquizo Benavides

### I

**E**l sol de un día estival del año de 1893 caldeaba la atmósfera en la amplia planicie de la región lagunera. Las líneas paralelas de los rieles del ferrocarril, corrían hacia el horizonte lejano como si trataran de, al fin, unirse en lo infinito. Bajo el raudo paso de un tren de pasajeros que con gran estruendo de escapes de vapor y chirriar de hierros, resoplar de máquina y turbonadas de humo denso y acre, avanza sobre la vía, los rieles parece que se estremecen y envidian la movilidad del tren, que ellos no tienen.

El paisaje típicamente norteño, arisco y bravío, fuertemente contrastado por la bendición de labores y tajos de regadío en los que emerge la fecundidad casi artificial a fuerza de ser producto de inauditos esfuerzos del hombre. La gente que en aquellos parajes encorva la espalda sobre el surco, es magra, atezada por el beso diario del sol de fuego y los vientos helados; con el gesto grabado que acusa a quien está hecho a mirar contra la luz que ciega y el aire que escuece.

<sup>1</sup> *Obras escogidas*, México, INEHRM/Gobierno del Estado de Coahuila/Asociación Cívica General de División Francisco L. Urquizo/FCE, 2003, pp. 184-194.

Ululando por sobre los campos rompe el aire el silbato de la locomotora que avisa su arribo.

En un lugar de ese paisaje está enclavado San Pedro de las Colonias. Tierra rojiza, construcciones de adobe, bajas de techo. En una de sus calles está un tendajón abierto que grita al transeúnte ocasional su título: “El Burro de Oro”. Dos mujeres llevando al brazo sus canastas, entran a hacer la compra de su mandado. La calle, semidesierta, silenciosa y quieta a fuerza de soledad y de calor, cobra movimiento y signo de vida con el tedioso andar de unos perros que se olisquean despectivamente. A la puerta del tendajón “El Burro de Oro” está un muchacho de corta edad y cara de travesura, que observa a otro de su misma edad que pasa corriendo frente a él y le dice:

—¿A dónde vas tan a la carrera?

A lo que el que corre contesta, apenas menguando un poco su carrera:

—A la estación; ya es hora del tren.

—Y ¿qué conque?

—Que hoy llega Panchito Madero; vente conmigo.

—Bueno, a’i voy —dice el que estuviera estacionario y echa a correr al parejo del segundo.

Los dos chicos, a carrera tendida, van por mitad de la calle hacia la estación del ferrocarril, sitio que en aquellos lugares tiene una insospechada importancia como centro social y atractivo lugareño.

Mientras levantan nubes de polvo colorado con su carrera, enhebran la charla.

—Y, ¿quién te dijo que ahora llegaba Panchito?

—“Naiden” me lo dijo, pero yo “vide” salir el coche de su casa tirando rumbo para la estación y en el coche iba la familia. “Pos” ¡seguro que va a llegar Panchito!

—¿Pos ya hacía falta, verdad?

Con intervalos misteriosos como todo lo que se ignora, el silbato de la locomotora que hala el tren de pasajeros, mete su estridencia por los campos aledaños y las calles del pueblo.

—¡Ya pitó el tren! —dice un muchacho al otro, de los de la pareja que van a la estación—. ¡Jálale! —y parece que el silbato sirve de acelerador a sus piernas que tamborilean veloces sobre el suelo.

La estación ferroviaria de San Pedro de las Colonias, en los tiempos a que se contrae este relato, presenta la misma escenografía de las estaciones ferroviarias de todo el país, con la sola variante del paisaje que la circunda.

El tren que avanza hacia ella, como todos los trenes de todos los tiempos y de todas las latitudes, parece que viene empujando —por delante suyo— noticias y sobresaltos, novedades y revelaciones. En cada bufarada de humo que arroja por la chimenea, ennegrecida y altanera, parece que vomita un olímpico desprecio por el paisaje campirano al que ensucia y sobresalta con su estruendo y humareda.

En la estación está la gente que es típica de tales lugares: cargadores que llevan sus cordeles en torno a la cintura, su delantal de gamuza de venado y, bien ostensible, la chapa de latón que exhibe el número. Dos o tres policías tocados con el quepís al estilo francés que luce un número metálico, chaquetín de doble botonadura, pantalón de estilo charro, ajustado, pistola al cinto y macana. Algunos rancheros con sombrero ancho, envueltos en cobijas, mujeres con rebozo y, abriendo su ruta por entre aquella gente, los dos chiquillos que llegan corriendo como si jugaran parejas con el tren que, como ellos, también llega jadeante a la estación. Por ahí esperan dos o tres coches tirados por mulas unos y otros por caballos. En el lugar que se sabe más estratégico para dar la bienvenida a los viajeros, los padres y los hermanos de Panchito Madero, acompañados por don Catarino Benavides, esperan a que el tren acabe de llegar y pare.

Mientras va perdiendo velocidad, sin dejar de resoplar, el tren, don Catarino dice al señor Madero:

—Oye, Pancho, ¿y qué van a hacer con Panchito ahora que ya se quede aquí?

—Pues, mira, Catarino —responde don Francisco Madero, padre— yo creo que con la preparación que trae mi hijo le va a dar un gran impulso a nuestros ranchos, ¿no lo crees tú así?

—Seguramente —vuelve don Catarino—. No sólo a los ranchos de ustedes sino a toda la región lagunera. Ya lo verás, Pancho.

—Así lo espero —concluye don Francisco Madero, con profunda convicción, en la que sobresale una gran satisfacción.

De un sitio cercano, entre otras gentes que también esperan el tren, se acerca hacia el grupo formado por la familia Madero, un rancharo que con la franqueza típica del norteño, va hacia don Francisco y le pregunta:

—Oiga, patrón, ¿es cierto que hoy llega Panchito?

—Sí, en ese tren viene mi hijo —contesta con el mismo tono don Francisco, sin quitar la vista del tren que se viene acercando—. Va llegando el tren que lo trae, ya lo verás.

A medida que va acercándose el convoy, los que esperan aguzan su inquietud por lo esperado y se arremolinan casi al borde mismo del precario andén. Los familiares y amigos buscan con avidez tratando de localizar a sus seres queridos. Los que van a la estación tras de otros menesteres, como los vendedores y los cargadores, empiezan a propalar a voz en cuello cada uno su particular especialidad o mercancía y surge al paso una abigarrada mezcolanza de voces entre las que apenas si se distingue quién quiere vender tacos, enchiladas... o quién se propone cargar con los velices rumbo a la población.

—Aquí está su cargador, jefecito...

—¡Tacos, taccoos... Enchiladas!

—Acá está el número 9. Yo siempre cargo lo suyo.

—¡Aquí está el coche listo!

Por fin, entre gritería de cargadores, reclamos de vendedores y abundante chirriar de fierros y escapes de vapor, llega el tren y hace su parada.

Francisco I. Madero, hijo, aparece en la plataforma del carro de primera que, como es costumbre, va el último en el

orden. Saluda con la mano en alto. Viste traje civil moda 1893, cachucha de viajero inglés, amplio saco de dril cubre polvo y una pequeña bolsa de viaje, de piel, suspendida por una correa terciada del hombro a la cintura. Como siempre lo hizo y lo hará, sonrío ampliamente, sanamente, bondadosamente. En este caso su sonrisa es clara y alegre y campea en ella su contento por verse reintegrado entre los suyos.

Desciende del tren y va de abrazo en abrazo estrechándose contra el pecho de los suyos que lo acogen cariñosamente. Los abrazos y los besos rubrican la bienvenida que, más que con la voz, se le da con el latir del corazón de cada uno de sus familiares.

—¿Cómo estás, mamacita? —apenas si se entienden entre otros saludos los del recién llegado—; ¿cómo están, muchachos?

Y así son las preguntas aparentemente simples, pero profundamente sentidas. En cada “¿cómo estás?” o “¿cuánto me alegro de volver a verte!” que dice él o dicen ellos, va toda la ternura amasada por el trato familiar y aumentada por la ausencia, felizmente ya terminada.

Don Francisco grande pregunta, como es natural, por detalles del viaje. Quiere saber si éste fue agradable y sin contratiempos. El recién llegado contesta sin dejar su sonrisa de cariño y alegría, que ha sido un viaje magnífico, sin la menor cosa desagradable ni contratiempo alguno y, ante la lluvia de preguntas acerca de lugares, países y personas de ellos, Panchito contesta:

—Ya les contaré por partes de cómo me fue en Europa y cómo en los Estados Unidos. Ya verán cómo les voy a contar todo lo que he visto y también algo de lo que he aprendido.

Viendo por entre los brazos de sus familiares la figura grata y amiga del viejo amigo de la familia y, además pariente, exclama:

—Tío Catarino —y le abraza estrechamente—. ¡Cuánto gusto me da verlo de nuevo! ¿Cómo ha estado?

—Pues aquí nomás —responde el aludido mientras palmea la espalda de Panchito cariñosamente— viniendo a encontrarte.

Por final de cuentas, encaminándose hacia el lugar en donde ha quedado esperando el coche familiar, sin dejar de cambiar saludos y expresiones cordiales que manifiestan la alegría de volver, en el recién llegado y en los que esperaban, la de volver a tenerlo entre ellos, se alejan de la estación propiamente dicha, seguidos por el cargador que lleva los velices del viajero sin olvidar cobrar “su liebre” que le paga uno de los hermanos de Panchito. En el trayecto de la estación, o mejor dicho, del andén de la estación, hasta el lugar en donde está el coche en que han de montar los Madero, se acercan numerosos amigos a saludar al joven Francisco I. Madero que, invariablemente, responde al saludo dando la mano. Los policías se acercan respetuosamente a saludarlo y cuando pasa cerca de los dos chiquillos que han venido corriendo todo el camino desde el tendajón “El Burro de Oro” hasta la estación, solamente para verlo llegar, Panchito, sonriéndoles afectuosamente, los acaricia en sus cabezas hirsutas.

El trayecto de la estación hasta la casa familiar lo hacen en uno de los carruajes de la familia.

Mientras van trotando los caballos del tiro sobre la calle por la que se entra al pueblo, Francisco Madero, hijo, absorbe materialmente por los ojos todo el paisaje solariego, ese paisaje que le siguió por todos los rumbos de su amplio y prolongado viaje, para resarcirse de todas sus añoranzas y equilibrar en su espíritu una tabla de comparaciones que siempre apuntó en su cerebro cada vez que un detalle, más o menos destacado, visto en un país lejano, se sobrepuso en su mente como una transparencia a cuyo través veía lo cercano y real que aparecía ante sus ojos, pero también en el fondo y con los ojos de la imaginación, veía el terruño lejano, estableciendo comparaciones y contrastes que fueron fincando en su espíritu un nuevo concepto de las cosas y de las gentes.

De lo que al partir le parecía cosa natural y lógica y que se llevó grabado en el corazón y el recuerdo como remembranza de su casa, su pueblo, su ambiente y su medio, brotaron luego, al conjuro de las comparaciones, ideas inquietantes y torturadoras, preguntas imperiosas que reclamaban dentro de su espíritu, al que apremiaban incesantemente, una respuesta que sirviera como molde de actitud para ajustarlo a su propio hogar, a los hombres y mujeres que conocía y que, vistos por entre la madeja de las preguntas y las inquietudes que le planteara su experiencia frente a la visión de otros pueblos y otras gentes, los veía ahora en desventaja, en desamparo. Había una injusticia que era menester corregir. Esa era la sola y clara verdad que se plasmaba en el espíritu del joven Francisco I. Madero.

Ante la vista de sus gentes, sus padres, sus hermanos, sus amigos, las caras que le eran familiares, los lugares por los que había deambulado años y años; vuelto una vez más a estar en contacto con ese ambiente que contrastara en su imaginación con los tan distintos que había visto en tierras lejanas, ahora ese contraste se tornaba cruelmente evidente, imperativamente acusador y tal vez fue ello lo que plasmó en la mente del joven Madero, estudioso y humano, benévolo y complaciente, pero observador y estudioso, el germen de una inspiración que había de llevarlo, andando los años, hasta la vorágine de una transformación social y política en un pueblo largamente adormecido y, más tarde, hasta las horas trágicas del martirio y le dieran el paso, indiscutible e indiscutido, a los más genuinos y gloriosos ámbitos de la historia de su país.

La llegada a la casa solariega, el repetirse las escenas de afectuosa bienvenida, los abrazos de otras gentes que también lo reciben con cariño y jubilosa algarabía, vuelven la idea de Panchito a la actualidad, borrando virtualmente de su mente sus lucubraciones sobre lo que es su pueblo y lo que puede ser.

La acogedora fresca del hogar amable y amado se ilumina con la alegría del arribo del viajero. La fuente, las flores y los pájaros caseros parece que quieren tomar parte en



las manifestaciones de alegría y hacen, ella, más cristalino su murmullo; ellas, más brillantes y puros sus colores, y ellos, más constante y jubiloso su cantar.

Francisco I. Madero, hijo, volvió a su casa en San Pedro de las Colonias, un día estival del año de 1893.

## II

El comedor de la casa solariega de la familia Madero en San Pedro de las Colonias no era básicamente diferente a los de las casas de otras familias de su condición y ambiente. Respiraba hospitalidad, comodidades y sencilla eficiencia. Amplio en su estructura y confortable en la maciza construcción de sus muebles. Mesa de extensión capaz de estirarse hasta resultar suficiente para acomodar a una docena de comensales; sillas fuertes y numerosas, silenciosos testigos de tres generaciones de la familia.

Ese día el comedor de la familia Madero estaba henchido de importancia y contento. En su amplio recinto estaba reunida toda la familia incluyendo al viajero que tanto habían añorado. Están todos reunidos en la primera comida que se servirá después del regreso de Panchito. Naturalmente, el señor don Francisco Madero padre preside la mesa, teniendo inmediatamente a su derecha a su esposa, doña Mercedes; a su izquierda a su hijo Francisco y al resto de la familia acomodados en los demás asientos.

Aun cuando el contento y la alegría andan del brazo por el ánimo de todos, se guarda la compostura conveniente hacia los padres y la conversación está supeditada al ritmo que don Francisco grande quiere imprimirle.

Un mozo y una criada, sencillos, pero aseados, van de un lado para el otro sirviendo la comida típicamente norteña, abasteciendo de esponjadas tortillas de harina a los comensales y atendiendo a cada uno en el momento preciso.

La voz de don Francisco grande suena afectuosa cuando habla con su hijo.

—Me imagino que ya tendrías ganas de comer estas cosas, ¿verdad, Panchito?

—¡No te lo puedes imaginar bien! —contesta Panchito Madero medio sobrecogido por haber sido interpelado precisamente cuando saboreaba un buen bocado—. ¡Estas tortillas de harina...! ¡Esta carne asada...!

Cada quien opinó sobre las excelencias de la cocina norteña calificándola de magnífica, sin dejar de comprender su sencillez. Se habló en broma de las diferencias de una mesa mexicana frente a una europea, hasta que la voz paternal de don Francisco grande, cariñosa, pero clara, cambió el hilo de la charla encaminándola hacia terrenos menos nutritivos, pero seguramente de mayor provecho. En forma cordial requirió a su hijo para que les contara cosas de su viaje, las enseñanzas que le hubiera producido, sus observaciones; en fin, lo que se espera que cuente a su familia un miembro de ella que acaba de realizar un viaje prolongado por no solamente países extraños sino diferente continente.

Francisco I. Madero, hijo, no encontraba la forma de exteriorizar lo que traía en su haber. No era posible hacerlo en una simple conversación familiar. Desde luego que, cediendo al deseo del señor su padre, manifestó que lo haría con mucho gusto, aunque, dijo, sería algo extenso; algo que no era posible agotar en unos cuantos días. Manifestó, cuerdamente, que tendría que dejarse el asunto para irlo devanando poco a poco, cada vez que estuvieran reunidos, a fin de no festinarlo en una simple noticia intrascendente. Contaría, naturalmente, cuanto había visto, sus observaciones, sus experiencias y, lógicamente, sacando las enseñanzas que de todo ello se habían derivado. Hizo hincapié en una cosa: de los resultados que había logrado extraer de su viaje en conocimiento y experiencia se desprendía una buena cantidad de cosas que habría que adaptar al medio ambiente casero y lugareño. Era, decía, importantísimo que se

aprovechara lo bueno que hay en otras partes y que aquí desconocemos.

—Estoy seguro —manifestó— que hemos de conseguir una considerable mejoría en los negocios agrícolas, no solamente los de la casa sino también para los de la región y tampoco en forma exclusiva para nosotros sino que de esos beneficios y mejoras deberían aprovecharse las gentes que nos sirven. ¡Ya lo verán! Traigo muchos proyectos, papá, tú me tienes que ayudar para llevarlos a cabo convirtiéndolos en una realidad.

—¡Seguramente que sí, hijo, lo haré con mucho gusto!

—Estamos atrasadísimos por acá —expresó el joven Madero—. Esto puede y debe transformarse en bien de todos. La tierra, si se la cultiva mejor, tiene que producir más. Los peones deben ganar más; necesitan alimentarse y vivir mejor. Los hijos de esa gente necesitan escuelas. La gente pobre y enferma necesita cuidados médicos, medicinas. ¡Hay tanto que hacer!

—Tú harías mucho, hijo; ya lo creo que lo harás —comentó con evidente convicción el señor Madero, padre, ganado por la fuerza de sugestión que vibraba en las palabras de su hijo—. Tú harás mucho, te lo repito, y nosotros te ayudaremos.

—¿Te has fijado, papá, cómo vive la gente de nuestro pueblo? Eso no puede ser considerado como una vida propia de personas; es algo que cuando se ha visto vivir a otros pueblos en donde la vida, el hombre, la familia en suma, son entidades respetables y respetadas, parece una cosa de leyenda; algo que tal vez en siglos pasados pudiera explicarse, pero no en nuestros tiempos y con los elementos que tenemos al alcance de la mano.

En las palabras del joven don Francisco I. Madero campeaba una absoluta convicción que le daba a sus ideas expresadas oralmente un vigor y una consistencia que las convertía en verdaderos arietes contra toda incomprensión o resistencia. Él se había llevado una visión de su pueblo y la había visto al trasluz de la que otros pueblos, mejor organizados, le habían presentado. Le constaba que sí era posible que la gente humilde viviera menos miserablemente; y cuando hablaba de sus

observaciones y cuando expresaba sus procesos mentales, lucía en sus ojos una luz de seguridad y firmeza que rubricaba sus palabras haciéndolas fáciles de asimilar, alejando de sus oraciones toda sombra de rencor o violencia para hacerlas solamente ricas en tonos de humana comprensión y afán de superación.

Estaba, en la persona de don Francisco I. Madero, esa chispa que solamente los elegidos del destino tienen y un espíritu que los hace ser guías de multitudes o de grupos. Sus ideas eran claras y las expresaba con nítida sencillez. Su forma de hablar era entusiasta y eso, unido a los conceptos que vertía, hacían que los ánimos de sus oyentes quedaran unidos al suyo.

Francisco I. Madero nació líder.



Los hados quisieron volcar sobre las amplias llanuras de la región lagunera, allá en el norte del país, por el estado de Coahuila, los dones de su gracia convertida en capullos de algodón. Como un nuevo milagro semejante a aquel que hacía de las avenidas del verde Nilo, cuyas aguas inundaban campos desérticos y calcinados, matando hombres y ganado, una fuente de riqueza incalculable; así en La Laguna coahuilense el Nazas derramaba en sus crecientes, imponentes y tumultuosas, el oro de su limo que hacía germinar los algodones.

En una de aquellas haciendas, típicamente ejemplares de finales del siglo pasado, propiedad de un gachupín inculto, insolente e inhumano, doblaban los lomos los hombres morenos arrancando a la tierra la riqueza para el amo y el mendrugo para que comieran sus gentes miserables.

Jinete en brioso retinto, el gachupín, tipo español inconfundible, barba cerrada y azuleante, sombrero de jipi de amplias alas, mascada de seda blanca arrollada al cuello; chaqueta corta de dril igualmente blanco, impoluto, pantalón charro de pana acanalada ceñido a la cintura por ancha faja y, sobre ella, cartuchera repleta de cartuchos para la flamante pistola “del caballito”. Soberbia montura charra, abundando en plata

y reluciente sable toledano cubierto por su funda estilo militar español. Seguro de su comodidad, el gachupín va corriendo, al galope, dejando a los ojos, hinchados de satisfacción, que alarguen la mirada por sobre los campos interminables de la hacienda que verdean con las matas de algodón.

Manchas blanquecinas salpican la esmeralda del campo algodnero. Son las espaldas de la peonada precariamente vestida con el mísero algodón de mata y los calzones del propio material, éstos amarrados en torno a los tobillos. Calzan huaraches. Curvados sobre la tierra, sus manos morenas, diligentes, seguras, sarmentosas y encallecidas, cuidan más por instinto que por sabiduría, con destreza solícita, de las plantas que no son suyas.

Cuando alguno de los peones levanta un poco la cara para enjugar con la manga de la camisa el sudor que lustra su frente, muestra en su semblante ese rictus de resignada miseria, de cansancio sin esperanza de reposo, que está estereotipado en los rostros de nuestro pueblo.

El patrón, orgulloso y bien comido, acerca su gallardo corcel y mira a un peón. Sus ojos relucen de odio y desprecio cuando le dice, con esa voz que eructa el palurdo enriquecido:

—Eh, tú; tarugo. ¡Fíjate en lo que haces! Mira, cómo has estropeado esa mata de algodón. ¡Animal! No eres más bruto porque no eres más viejo.

—Dispense su mercé —balbucea el infeliz sin osar a levantar la vista hasta el amo—, voy a tener más cuidado.

—¡Dispense, ...dispense!, ¡como si con eso se arreglasen tus tarugadas, rediez!

Palmeando con la mano el cuello de su cabalgadura, esparce la vista por el campo y la detiene en un mocetón de hercúleo aspecto y aventajada estatura, y le pregunta:

—Tú, ¿cómo te llamas?

El peón hace el oído sordo y como quien oye llover y no se moja, continúa su labor tranquilamente.

Eso es más de lo que el gachupín necesita para que su genio arda como polvorín con flama viva. Enardecido, echando

chispas por los ojos que de claros se vuelven sanguíneos, espoleando cruelmente el caballo, lo lanza encima del peón al mismo tiempo que barbotando injurias.

—¡Te estoy hablando a ti, grandísimo hijo de tal! ¿Cómo te llamas?

El hombretón se yergue sereno, serio, respetuoso, pero digno, y dice con voz sonora y equilibrada:

—Felipe Martínez.

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas aquí?

—Apenas hace una semana.

—Debí adivinarlo por la forma tan estúpida que tienes para trabajar. Acabando esta semana te vas a largar de aquí.

—Pero oiga... yo...

—¡Callarse, moño!

—Pero ¿qué no puedo hablar siquiera?

—El que trabaja, no habla, y cuando me quieras hablar tienes que hacerlo con el sombrero en la mano.

—Pos ¡no más eso me faltaba! —exclama sobresaltado el mocetón—. Después que me está corriendo, ¡que me tenga que quitar el sombrero!

—¡Te voy a quitar lo lebrón! —bramó el gachupín enfurecido echando mano al sable con el que, ciego de rabia, da dos cintarazos al peón que los recibe estoicamente. Alejándose dice al peón que lo ve fijamente a la cara—: Y ¡cuidado! No vayas a dar con tus huesos a la cárcel o, a lo mejor, ¡te consigo tus cinco años de soldado!

El resto de los peones, que habían suspendido momentáneamente sus trabajos para mirar la escena, al escuchar la amenaza que hartos por su mal saben que el gachupín es muy capaz de cumplir, reanudan sus labores mirando fijamente al suelo, con decidido propósito, como si en alejar la mirada de todo lo demás encontrarán un alivio al sino cruel que los unce al surco.

Felipe, erguido, aparentemente sereno; sin quitar la mirada de la cara ensombrecida del patrón, murmura en voz baja, casi sin que salga de sus labios, como mordiendo las letras:

—¡Gachupín, jijo de...!

—Es muy enojón don Julián... —comenta cerca de Felipe, por lo bajo, otro de los peones sin levantar la cara del surco.

—¡Con qué ganas le daba una cuchillada! —dice Felipe mientras vuelve con aparente serenidad a su trabajo.

—Más vale que te aguantes; es capaz, como te dijo, de mandarte preso a San Pedro con los de la Acordada de Marcos Nájera y hasta te puede meter de mocho.

Bajo el signo de los pensamientos que pasan por la mente de un hombre a quien se atropella y amenaza impunemente, vuelve Felipe a arrancar malezas, limpiando las matas de algodón. Cada tirón que da a las yerbas parásitas dibuja en su alma la figura de don Julián, grabándole en la memoria cada vez más vigorosamente, los detalles de aquel hombre, las líneas que encuadran su figura, su boca, su nariz, sus ojos... y cada tirón es como el batir del martillo en la forja de su espíritu, solamente que aquí se trabaja sobre el odio que siembra la explotación y luego riega la injuria.

La peonada, silenciosa, callada, chorreando sudor y mirando al suelo que es del amo, reanuda el trabajo resignadamente.



# LA FIDELIDAD A DON VENUSTIANO CARRANZA

Josefina Moguel Flores

**L**a Espada y la Pluma es como se ha titulado el homenaje centenario dedicado en remembranza del sampetrino Francisco L. Urquizo Benavides, quien nació el 21 de junio de 1891 en San Pedro de las Colonias, Coahuila, y murió en 1969 a la edad de 78 años.

El significado de este título, con el que se identifica su figura y su personalidad, se reviste en que ciertamente ambas, espada y pluma, denotan la firmeza de sus convicciones al formar parte, pertenencia y representación en el movimiento constitucionalista como uno de sus militares más ilustres, poseedor de la honra que con su lealtad ofreció al caudillo, al que consideraba el gran hombre que fue don Venustiano Carranza, un político por excelencia y creador de un proyecto de nación, del estado que ejercía el poder pero apoyado en un unido y revolucionario Ejército nacional, cuyas raíces eran populares, legales, constitucionales, creado para rescatar el orden quebrantado por la usurpación huertista.

Lo anterior fue cabalmente comprendido por Francisco L. Urquizo, que fungiría como uno de los principales colaboradores y receptores del proyecto visionario de Carranza, que consistió en la aquiescencia a las fuerzas armadas, de un papel



relevante en la historia del gobierno en el poder y que Urquizo desempeñó en sus funciones y convicciones. Primero, como se apuntó, lo hizo por lealtad al jefe de la Revolución, personificado por Carranza, después, porque era necesario el esfuerzo colectivo en la realización de la obra de transformación y modernización castrense a la que él mismo pertenecía, y porque el naciente nuevo ejército, que el propio Urquizo ayudaría a construir con su “espada”, estaba destinado a representar un lugar privilegiado en la historia de la Revolución mexicana y de México como nación.

La primera jefatura del hombre con varios títulos, principalmente el de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y encargado del Poder Ejecutivo de la Nación, completaba lo que el mismo Urquizo escribió de don Venustiano Carranza: “cerebro organizador de un pueblo hecho Ejército”. Un patriota que conocía la historia y obraba en función de ello.

Su admiración y respeto por el gobernador de Coahuila se marca en su interés por describirlo lisa y llanamente como hombre, político, caudillo y patriota.<sup>1</sup>

Urquizo se interesó por la búsqueda e investigación de la presencia del personaje protagónico y, en las obras a las que hago referencia anteriormente, diversificó su figura en similares tópicos y significados, cuya esencia era la historia de la Revolución mexicana.

La visión que tuvo Urquizo sobre la propia Revolución mexicana, sus acontecimientos y otras figuras sobre las que escribió, si bien se la proporcionaron los documentos a los que tuvo acceso necesariamente para hacer constar las vicisitudes que contaba, es evidente que también tienen como fuente su propia experiencia, pues sólo con ella pudo describir varios de los sucesos que testimonió en sus obras. Es decir, Urquizo puede relatar ciertos hechos porque los vivió. Así que sus textos oscilan entre el periodismo y la novela histórica.

<sup>1</sup> Cfr. *Carranza*, libro publicado en 1959 que conmemoraba el Año del Presidente Carranza, y *México-Tlaxcalantongo*, publicado en 1932.

Urquiza, junto a Jacinto B. Treviño, se destacó como uno de los principales colaboradores militares de Carranza y fue responsable de las reformas para la organización y reconstrucción del Ejército Constitucionalista a través de la Ley Orgánica. Esta reconstrucción castrense, edificada en parte por Urquiza, pudo llevarse a cabo por la circunstancia de que contaba con la figura política entre civil y militar que se resguardaba en el propio Carranza. No en balde, Urquiza lo describió de gran hombre y como:

una montaña que se yergue y perdura al través del tiempo. Es mar embravecido que lava las manchas de la tierra patria. Es fuego que purifica y, a la vez, luz que guía. Es el hombre símbolo de la Revolución, que redime al paria. Es la justicia que vuelve por sus fueros, la evolución que llega, la dignidad patente. Carranza es un emblema de dignificación nacional, baluarte de los derechos conculcados un día; refugio de los dignos, brazo demoledor de una tiranía, cerebro organizador de un pueblo hecho Ejército; corazón firme todo para su patria y hombre de una pieza en alma y cuerpo.

Por si hubiera duda de lo asentado con anterioridad por Urquiza, llama la atención que para el autor, entre su espada y su pluma como se le honra, es don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, el personaje central de la historia de la revolución constitucionalista, aun cuando no se descartan varias de sus investigaciones y estudios sobre Madero o de otros personajes y de temas que son misceláneos de los revolucionarios como la Decena Trágica, y de los propios federales en *Tropa Vieja*, entre otros. Así entonces, a través de la biografía descrita de Carranza, especialmente a partir del 26 de marzo de 1913, es que nos sumerge y liga íntimamente a la historia de la revolución constitucionalista y la revolución social que Carranza transformó, quien fue

el creador de un formidable ejército formado por masas proletarias; él fue organizador de la campaña toda; él, el estratega; él, modelador

de la victoria. Su nombre fue el grito de guerra que sacudió a la República de Norte a Sur y de Oriente a Occidente. Hablar de la vida de Carranza implica hablar de la colosal obra llevada al cabo por él y que constituye en sí la Revolución Social más grande de América.

Urquiza insistirá también en la obra en que Carranza, militarmente:

fue un genio organizador. Al conjuro de su palabra brotaron los soldados del pueblo y lo siguieron a la lucha con entusiasmo y con fervor. Se sentía el peso de su recta personalidad, su espíritu fuerte, la suprema autoridad que emanaba de su persona. Impulsaba y al mismo tiempo modelaba con energía a aquel naciente ejército constitucionalista cuyo pie veterano fueron las fuerzas de Coahuila y de Sonora y el proletariado organizado bajo el mando sindical de la “Unión Minera Mexicana”, que al llamado de Carranza, había abandonado los negros tiros de las minas de carbón, el constante peligro de las explosiones del gran grisú, allá, debajo del suelo, para formar falanges guerreras y marchare a batir el deshonor, oponiéndole el pecho sano, los músculos endurecidos y todo el aplastante peso de sus convicciones.

Por otro lado, en contraste con otras vicisitudes, Urquiza resumió en la personalidad del presidente, al que no desprendía de su representación con el título de Primer Jefe, el porte con que enfrentó su destino, y asienta: “Sólo el Presidente, el Primer Jefe Carranza iba erguido en su caballo majestuoso, impertérrito, altivo y digno en su porte, aunque quizás adolorido en su corazón; caminaba a la cabeza del corto grupo sin demostrar el más leve disgusto, el menor temor, ira o desconsuelo, callado, digno, severo, como una bandera, como un símbolo”.

El legado de Urquiza no sólo consiste en su compromiso como escritor de los eventos y testimonios acaecidos en el tiempo de su circunstancia, así como de su relevancia como transformador en la organización del Ejército Constitucionalista, después nacional, sino en la lealtad que guardó como hombre y como militar a la figura del Primer Jefe y presidente,

don Venustiano Carranza, cuyo símbolo de unión patriota permite cuestionar si el sector militar ha cumplido con la visión estadista e histórica que el propio Carranza quería para las fuerzas armadas. La lealtad de Urquiza nos permite reflexionar que ésta tiene sentido pese a la traición contra Carranza por una mayoría de los miembros del Ejército que él había creado y transformado a partir de la firma de los Convenios de Teoloyucan el 13 de agosto de 1914, cuya raíz provenía de fuerzas irregulares de Coahuila bajo su mando como gobernador del estado de Coahuila.



Toma de protesta del general Francisco L. Urquiza como secretario de Guerra.

Para Francisco L. Urquizo, miembro de la Columna Expedicionaria de la Legalidad de mayo de 1920 y uno de los principales testigos del cuartelazo urdido por Álvaro Obregón contra Carranza, que llevó a la desgraciada muerte de “nuestro Jefe”, como lo llamaba fraternalmente, esto marcó su vida, porque sus ilusiones, ideales, bandera, simbolismos históricos, y militares, se terminaron y, por ende, pobreteó a la familia Carranza, al país y a los que habían quedado al lado de Carranza, él mismo, porque no sabían el rumbo y destino que seguirían.

Urquizo, como se sabe, tuvo que exiliarse y trabajar en miscelánea de ocupaciones hasta que ocupó el cargo de secretario de Guerra y Marina en parte del gobierno de Manuel Ávila Camacho, pero fue indudable que su abnegación y lealtad hacia la figura que representó Carranza enfatizó su patriotismo en el cumplimiento cabal de su deber.



# PRESENTACIÓN DE OBRAS ESCOGIDAS<sup>1</sup>

Alejandro Katz

Las historias literarias recorren caminos azarosos: conformadas por extensas listas de escritores, de movimientos, de corrientes o de *ismos*, olvidan muchas veces nombres que no dejan lugar a dudas acerca de su derecho a integrarlas.

Éste es el caso de Francisco L. Urquizo, narrador mal conocido hoy entre nosotros a pesar de que Salvador Novo, entre otros muchos, pudo afirmar, en 1953, que *Tropa Vieja* “sigue siendo la mejor novela de la Revolución Mexicana”.

[...]

Las obras de Urquizo (1891-1969) están estrechamente ligadas con su vida y ambas, vida y obras, lo están con la Revolución mexicana. Alistado en 1910 en las filas maderistas, Urquizo seguirá la carrera militar, con escasos interludios, hasta su muerte.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> México, INEHRM/Gobierno del Estado de Coahuila/Asociación Cívica General de División Francisco L. Urquizo/FCE, 2003, pp. 7-11.

<sup>2</sup> Hombre de confianza de Madero, cuya guardia presidencial integró, Urquizo se incorporó, después del asesinato de aquél, a las filas carrancistas. Luego de la caída de Carranza, de quien había sido subsecretario, Urquizo fue enviado a prisión; viajó posteriormente a Europa, donde permaneció algunos años; a su regreso se dio de baja del Ejército, al cual se reintegró bajo el gobierno de Cárdenas. Durante la presidencia de Ávila Camacho, Urquizo fue Secretario de la Defensa. Bajo los gobiernos sucesivos siguió desempeñando puestos oficiales.

En su vida, sin embargo, los años decisivos son los de la Revolución: años que le ofrecen las experiencias con las que construyó tiempo después la trama de casi todas sus narraciones: *México-Tlaxcalantongo*, *¡Viva Madero!*, *Tropa Vieja*, *La Ciudadela quedó atrás*, *Fui soldado de levita...*

Vinculado primero a Madero y después a Carranza, su historia bajo el mando de los dos hombres constituye lo esencial de su obra y define, de un golpe, la visión que Urquizo tuvo de la Revolución. Si huelga insistir en la posición política de aquellos a quienes Urquizo eligió como jefes, quizá convenga señalar que él, cuando menos así lo indican sus obras, percibió la Revolución con una cierta ingenuidad que no le permitió apartarse de un esquema básico de explicación del conflicto: la justa necesidad de derrocar a la dictadura porfirista liberó fuerzas encontradas, representativas de la barbarie algunas, de la civilización las otras. Atribuible sin mayor dificultad a su origen de clase, esta visión de la lucha revolucionaria no debe confundirse empero, en el caso de Urquizo, con un pensamiento político organizado como tal. Él fue ante todo un militar, y en su relación con Madero y, posteriormente, con Carranza, han de buscarse menos las afinidades políticas que la admiración provocada por dos figuras que supieron encarnar los valores de esa “civilización” a la que aspiraba, y en la que creía reconocerse, la incipiente clase media.

Así, identificado con los héroes más que con las personas, y con las personas más que con los programas, Urquizo desempeñó bajo sus órdenes el papel del militar para quien el concepto de lealtad resonaba ante todo con aires épicos.

Definir la posición de Urquizo ante la Revolución —y en la Revolución— permite introducir, como categoría central para la comprensión de su obra, el concepto de crónica. Ello, porque decir crónica podría sugerir una cierta objetividad que no es, por cierto, propia de quien, como Urquizo, no vaciló nunca a la hora de hacer manifiestos sus puntos de vista a través de sus obras.

Urquizo retoma, quizá sin saberlo, la tradición de los cronistas de Indias, y sus textos, como los de ellos, reflejan una

paciente observación, una inmensa capacidad para detenerse en el detalle, a la vez que ofrecen una visión personal de lo narrado. Igualmente, en toda la obra de Urquizo se imbrican de manera indiscernible historiador, intérprete y poeta.

*¡Viva Madero!* (1954), por ejemplo, es, al tiempo que una crónica, una biografía novelada que manifiesta claramente la intención de seguir la vida del revolucionario del norte desde que éste regresa al país en 1893 hasta su muerte en la Decena Trágica. A la par que biografía de Madero, el libro permite a Urquizo expresar sus puntos de vista en relación con el régimen porfirista, cuyas injusticias realzan y justifican, por contraste, a quien tomó las armas con el objeto de darle fin.

*La Ciudadela quedó atrás* (1965) es de alguna manera continuación de la zaga comenzada con *¡Viva Madero!* En este caso la obra se aparta del tono de la crónica para adoptar el de las memorias: es el joven subteniente Urquizo quien narra los sucesos acaecidos durante la Decena Trágica, hasta su incorporación al ejército de Carranza, junto al cual se dispone a combatir contra Huerta.

*México-Tlaxcalantongo* es la novela con la que concluye lo que se ha dado en llamar el ciclo de Madero y Carranza en la obra de Urquizo. El relato comienza con la salida de Venustiano Carranza en el tren que lo debería llevar a Veracruz, y concluye con el asesinato del Presidente en la sierra de Puebla. Urquizo, en cuanto testigo de los hechos —ya que viajaba en el mismo tren— ofrece una narración cuyos límites se confunden una vez más con los de la crónica. Escrita en prisión, el texto afirma su valor literario menos en las descripciones objetivas de los hechos que en las emociones del autor ante ellos. Lejos de ser un cronista impávido de la realidad, Urquizo deja ver sus sentimientos ante la traición sufrida por Carranza y, en consecuencia, su lugar político.

Pese a que publicó una biografía de Carranza, en 1957, *México-Tlaxcalantongo* depara la visión más acabada del Primer Jefe que le fue dado fraguar. Escrita en una celda que, por



la soledad que le imponía, atizaba sus recuerdos radiantes, la novela, sin alterar los datos históricos, brinda un perfil de Carranza al que la biografía, en su afán historicista, difícilmente accede.

No es posible hacer una presentación de Francisco L. Urquizo sin detenerse, aunque sea solamente de manera sucinta, en *Tropa Vieja*. En efecto, esta novela, que al ser publicada motivó comentarios unánimemente favorables, es desde el punto de vista formal la mejor construida de sus obras. Tanto por el periodo que abarca la acción en ella narrada como por las características de su protagonista puede afirmarse, por lo demás, que reúne en sí misma a las otras obras que Urquizo dedicó a la Revolución.

*Tropa Vieja* se inicia en el ocaso del Porfiriato, describe el principio de la lucha armada, la trayectoria de Madero hasta su muerte, el comienzo del periodo de Huerta y concluye, de manera simbólica, en momentos en que Carranza emerge como portador de los ideales institucionalistas que tanto alentaron a Urquizo.

El protagonista de la novela, Espiridión Sifuentes, es “un soldado federal cogido de leva”, que remplaza al autor como narrador, presente siempre en las otras obras consagradas a la Revolución. *Tropa Vieja* recoge, así, el largo monólogo de Espiridión desde que éste, forzado por la leva, comienza su largo peregrinar como soldado federal. Al adoptarlo como su portavoz —recurso quizá tomado de las novelas naturalistas latinoamericanas: *Cfr.* La obra del puertorriqueño Manuel Zeno Gandía o de la peruana Clorinda Matto de Turner— Urquizo expresa sus opiniones en relación con las rígidas estructuras sociales del Porfiriato y presenta al naciente movimiento revolucionario como esperanza emancipadora de los sectores oprimidos.

Pero más cerca que del naturalismo, *Tropa Vieja* lo está del género más “clásico” de la narrativa de lengua castellana: la novela picaresca. En efecto, la voluntad de crítica social de *Tropa*

*Vieja* no es la de un realismo que se pretende objetivo, sino la del pícaro en cuya mirada se refleja una crisis moral.

Si Urquizo se distancia en esta obra de su tradicional actitud de cronista, vale la pena recordar que la novela picaresca tiene con la crónica elementos comunes. De hecho, la picaresca es en gran medida tributaria de una cierta forma de sátira realista propia de los *fabliaux* o trovas, y la adopción que Urquizo hace de ella en esta obra no debe verse como un desinterés por ofrecer una visión de la realidad, sino, por el contrario, como un nuevo recurso, literariamente más rico, para hacerlo.

El momento político en el cual la novela se inicia era por cierto mucho más propicio para ser observado por la mirada de un pícaro que por la de un cronista, ya que, detrás de la aparente calma porfiriana, se delineaban los rasgos de la crisis que conduciría a la Revolución. El pícaro es, así, el personaje revelador de un país en decadencia.

Espiridión reúne sobre su persona las características definidoras de los pícaros —desde su porte “anticaballeresco”, hasta el carácter trashumante, sin olvidar el bajo origen social y una vivacidad que no debe poco al *Periquillo Sarniento*— y la novela toda, que constituye un capítulo del género, es quizá la única obra picaresca no sólo de la Revolución, sino de la moderna literatura mexicana.

Si bien el personaje de *Tropa Vieja* no narra su autobiografía —como lo establecen las normas del género—, los datos fundamentales que la picaresca clásica incorporó a la literatura se encuentran aquí. Entre ellos, importa destacar la visión burguesa del mundo que se opone a la aristocrática: Urquizo observa la realidad desde la perspectiva del desposeído, es cierto, pero los principales valores que transmite son los de esos sectores sociales cuya incorporación a la Revolución —en su vertiente maderista— obedecía de manera central a la búsqueda de un espacio en el cuerpo social que la “aristocracia” porfiriana les negaba.

Al tiempo que una novela de aprendizaje, según lo establece la tradición de la picaresca, *Tropa Vieja* es una *novela de descubrimiento*. Espiridión, en su experiencia en el ejército y, junto con su regimiento, en su recorrido por distintas regiones del país, *descubre* para sí y para los lectores, las realidades inhumanas que el autor quiere comunicar. En su calidad de marginal, entre ingenuo e ignorante, traído y llevado según órdenes a las que debe militarmente obedecer, Espiridión ve y se sorprende de aquello que los demás admiten y reciben como natural.

Si *Tropa Vieja* se distancia, en numerosos aspectos, de algunas de las más estrictas reglas del género, ese distanciamiento corresponde a una superación y a una adecuación. Superación, pues el acatamiento irreflexivo de reglas fijas y rígidas, establecidas varios siglos atrás, hubiera conducido a una reducción de los recursos narrativos del autor, restringiendo así sus posibilidades expresivas. Adecuación, ya que si bien es característica de la picaresca la denuncia de la moral aristocrática —desde la perspectiva burguesa—, esa denuncia pocas veces se realizó bajo los apremios de la guerra civil. *Tropa Vieja*, en ese sentido, hace suyos algunos recursos de la picaresca, pero no olvida nunca que más allá del problema de valores su acción transcurre en un periodo en el cual las definiciones políticas eran acuciosas. También ha de tenerse en cuenta, para comprender el hecho de que la novela no sea autobiográfica, que la muerte final de su protagonista se corresponde mucho mejor con los acontecimientos narrados que el clásico encarcelamiento del pícaro, poco probable durante la Revolución.

Por todo ello, han de verse en estas “infidelidades” de Urquiza para con la picaresca tradicional no sólo una gran libertad de espíritu sino, lo que quizá importa más, una serie de aciertos literarios que hacen de *Tropa Vieja* una de las mejores novelas de la Revolución.



# TROPA VIEJA<sup>1</sup>

## FRAGMENTO

Francisco L. Urquizo Benavides

### III

**E**ra pasada la medianoche cuando se detuvo el tren en la estación. El andén estaba bien iluminado y casi vacío de gente, apenas uno que otro cargador que se ofrecía a los de primera para llevarles sus maletas. Bajamos en medio de los soldados y nos formamos hasta que llegó el oficial; dio las voces de mando y salimos todos de la estación con rumbo al cuartel; íbamos los tres presos encajonados dentro de las dos hileras de los soldados.

Allí comencé a darme cuenta de la instrucción de los soldados; ¡qué parejos en todos sus movimientos!; los pasos acompasados; un solo golpe de las armas al cambiarlas de posición; parecían soldados de juguete hechos en un mismo molde y movidos por un solo mecanismo.

Ni quien hablara media palabra; nomás se oía por la calle desierta el paso acompasado de la tropa. Allá de cuando en cuando encontrábamos en alguna esquina la linternita de un sereno y al policía embozado cerca de ella.

<sup>1</sup> *Obras escogidas*, México, INEHRM/Gobierno del Estado de Coahuila/Asociación Cívica General de División Francisco L. Urquizo/FCE, 2003, pp. 29-42.

Recorrimos una calzada muy larga, llena de árboles; salimos al descampado y dimos vista al cuartel, un caserón negro y pesado; se me figuró que íbamos al casco de alguna hacienda como aquellas de La Laguna. El portón muy grande y abierto de par en par; una luz alumbraba apenas a un soldado que con su arma en el hombro daba vueltas de un lado al otro como si lo tuvieran amarrado y no pudiera separarse de allí.

De pronto, cuando se dio cuenta de que nos acercábamos, se detuvo y gritó con toda su alma:

—¡Alto ahí!, ¿quién vive?

—¡México! —contestó el oficial.

Nos detuvimos.

—¿Qué regimiento?

—¡Guardia!, ¡tropa armada!

Se formó una línea de soldados adentro del zaguán y entramos nosotros hasta enfrente de ellos. Un oficial como el que nos llevaba, estaba allí alineado también. Otro oficial de más mando, después supe que era el capitán de cuartel, recibió a nuestra fuerza. Era hombre ya maduro y con bigote espeso.

—Presente, mi capitán, procedente del destacamento de Torreón, con cinco hileras de tropa y tres reemplazos —dijo cuadrándose nuestro oficial.

—Gracias, compañero; que descanse la fuerza en su cuadra y que los reemplazos pasen la noche aquí en la prevención.

Nos metieron al cuarto de prevención; los soldados que nos traían se fueron para allá adentro; los de la guardia dejaron sus fusiles en el banco de armas y entraron también junto con nosotros.

—Sargento, quítele los mecates a esa pobre gente —ordenó el capitán.

El sargento y dos soldados más, prontamente nos desataron las manos. El sargento parecía conmovido.

—¡Pobres amigos!, miren nomás qué bien amarrados los traen; como si hubieran asesinado a alguno; como si fueran ladrones del camino real. Tú, Juan, apúrate.

—Está muy apretado el ñudo, mi sargento.

—Métele el marrazo. Ya están; ahora duérmanse amigos; todavía falta mucho para de aquí a la diana. Hasta que no venga el mayor no los filiarán. Voy a llevarme estos mecates con que venían amarrados, dicen que son de buen agüero en las mochilas. Duérmanse por a'i como puedan.

Nos acostamos los tres juntos en un rincón, envueltos en mi misma cobija como la noche anterior. Afuera el silencio de la noche se rompía de cuando en cuando según lo ordenaba el oficial de guardia, que, arropado en su capote detrás de la mesa, mandaba al cabo de cuarto:

—¡Cabo, que corran la palabra!

El cabo ordenaba a su vez al centinela de la puerta y éste gritaba:

—¡Uno, alerta!

Seguía, detrás de él, una letanía de voces; uñas más cerca y otras más alejadas, pero de todas en el mismo tono:

—¡Dos, alerta!

—¡Tres, aalerta!

—¡Cuatro, aalerta!

—¡Primer rondín, aalerta!; ¡segundo rondín, aalerta!

—¡Primera compañía, aalerta!, ¡segunda compañía, aalerta!; ¡plana mayor, aalerta!

Pasaba un cuarto de hora; a veces sólo diez minutos y volvía la misma grito:

—¡Cabo, que corran la palabra!

—¡Uno, alerta!, ¡dos, aalerta!, ¡tres, aalerta!...

Y no podía conciliar el sueño; apenas me estaba queriendo quedar dormido, me despertaba la gritería de los centinelas.

Mi compañero Jesús tampoco podía dormir; sólo su hermano dormía como un bendito.

—¿Para qué gritarán tanto?

—Sabrá Dios.

—A lo mejor pasa alguna cosa por allá afuera.

—Fíjate cómo los últimos hacen el grito muy largo; ¡aaa-alerta!

Un soldado de los que estaban acostados en el camastro de madera, que estaba impaciente con nuestra conversación, nos gritó en las orejas.

—¡Cállense l'ocico; dejen dormir!

—Oiga amigo, ¿por qué son tantos gritos allá afuera?

—Así es siempre; ya tendrán tiempo de saborearlo en cinco años que tienen por delante.

Cada dos horas entraba el cabo y levantaba a algunos de los soldados que dormitaban en la tarima y salía con ellos; iban a relevar centinelas. Los que salían de su servicio, entraban a dormir.

Así toda la noche, hasta que cantaron los gallos. Una corneta tocó en la puerta del cuartel y a los pocos momentos se oyó el paso acompasado de una tropa que pasaba por el patio y que salía a la calle. Era la banda de guerra; unos veinte hombres entre cornetas y tambores.

Nunca había yo oído la diana tan cerca; ¡qué cosa más bonita es ese toque!; es tan alegre como el canto del gallo; son las mañanitas del cuartel. ¡Qué bien redoblan los doce tambores, qué fuerte y alegre suenan las cornetas!

Recorren todo el cuartel, cuadra por cuadra, ensordeciendo a todos; al acabar el toque se alarga un buen rato, todo mundo está en pie.

Después se oye por allá adentro que están pasando lista:

—¡Presente!

—¡Preesente!

—¡Presentééé!

Un toque muy conocido sigue después, el único que yo sabía desde chiquillo con su letra y todo:

*A comer, a comer,  
sinvergüenzas del cuartel*

A poco rato el sargento de la guardia nos mandó con un soldado nuestro rancho; en tres botes de hojalata nos llevaron atole blanco y frijoles; también nos dieron una pieza de pan.

Mientras la tropa comía su rancho, y obedeciendo seguramente a un toque que dio el corneta de la guardia, salieron de las cuadras para la calle un chorro de viejas; seguramente se habían quedado allí adentro a pasar la noche con sus hombres.

A poco rato toda la banda de cornetas y tambores tocó un aire muy alegre; supe después que aquello era la “llamada de instrucción”. Unos minutos más tarde se oyó el paso acompasado de mucha gente.

—¡Guardia, tropa armada! —gritó el centinela de la puerta.

Pasaron por delante de nosotros muchos soldados armados; iban de a cuatro en cuatro, uniformados de dril y con chacó de cuero negro con bolita de estambre colorado. La banda iba por delante; a los lados, de trecho en trecho, los oficiales con las espadas desnudas. Iban tocando las cornetas y redoblando los tambores como si fueran de camino. Se perdió el ruido allá a lo lejos en el campo.

Un soldado de los que estaban de guardia nos regaló unos cigarros y conversó con nosotros. Nos confesó de cabo a rabo y algo nos contó de aquella nueva vida que comenzaba para nosotros.

—Esa tropa que salió, era todo el batallón; estarán como una dos horas por a'i haciendo instrucción; luego han de volver con la lengua de fuera. Y esto es todos los días, a mañana y tarde. Después aquí adentro no falta que hacer; ya lo verán ustedes y todo siempre se hace en medio de golpes y de malas razones. A punta de trancazos lo hacen a uno soldado. Aquí han caído gente como ustedes, agarrados de leva o que han traído de las cárceles porque ya no los aguantaban por lebrones o asesinos y aquí son corderitos mansos. Ni quien chiste entre las filas del ejército: malas palabras por cualquier cosa, que es lo de menos, o chicotazos, procesos y hasta fusiladas.



Aquí se acabó todo lo de afuera: los tenates se quedaron allí en el campo. De cabo arriba, todos mandan y ¡qué modo de mandar! ¡Pobres de ustedes que apenas van a comenzar!

A mí me faltan dos años para cumplir el tiempo de mi enganche; llevo tres años de cargar el máuser y de aguantar esta vida como los hombres; ¡bueno!, como los hombres no; aquí no hay hombres; de la puerta del cuartel para adentro se acabaron los hombres, todos somos borregos atemorizados delante de las cintas coloradas de las clases o de las espiguillas o de los galones de los oficiales o de los jefes.

—¿Y, de dónde es usted, amigo?

—¿De dónde he de ser?, de Guanajuato.

*Guanajuato, tierra de León,  
donde se forma la Federación.*

Así dice la canción y es lo cierto; de allá de mi tierra salemos miles y miles a formar batallones y regimientos; si no fuera por el Bajío, ¿de dónde sacaban tanta gente? A ustedes, por acá, siquiera los consignan por malas voluntades o porque deberán algo, pero allá no batallan tanto; nomás llegan patrullas de soldados y echan realada; nomás cortan a un lado como a rebaño de cabras.

—¿De modo que esto es duro?

—¿Duro?, pior que la cárcel más mala. Ya lo verán. Por lo pronto ustedes lo van a pasar muy mal el primer año, el segundo ya se van acostumbrando; después, después es lo mismo.

Volvió la tropa sudorosa, cansada.

Más toques de banda y relevo de guardias. Salieron escoltas para hacer seguro servicios allá en la ciudad.

Comenzaron a llegar los jefes: el mayor, el teniente coronel, el coronel; a todos ellos se les formaba la guardia y les daban novedades.

A media mañana nos llamaron.

—¡Esos que llegaron anoche, a filiarse al detall!

Allá vamos detrás de un cabo chaparrito atravesando los patios del cuartel; los soldados que andaban por allí, nos miraban y se reían.

—¡Ora sombreroudos!; ¡ora greñudos, se acabaron las mechas de aquí pa'l real!

Se conoce que se sentían contentos de que llegaran otros desgraciados al montón.

En la oficina a la que nos llevaron, enfrente de un escritorio, estaba un jefe bigotón y entrecano, muy uniformado de negro y con galones en las mangas. Dos o tres clases estaban manejando papeles en otras mesas cercanas. Había en la pared un retrato grande de don Porfirio Díaz. Aquel jefe era el mayor. Se nos quedó mirando de arriba abajo un buen rato con sus ojillos saltones como si nos quisiera comer con la vista.

—Quítense el sombrero, tarugos, ¿no ven que están en una oficina? ¡Sombreros anchos para el sol!, aquí le van a salir al sol a cuerno limpio.

Nos quitamos los sombreros, avergonzados.

—¡Tú!, ¿cómo te llamas?

—Espiridión Sifuentes, para servir a su merced.

—¿A mí?, de cabo arriba vas a servir a todo el mundo. ¿De dónde eres?

—De San Pedro de las Colonias.

—¿Cuándo naciste?

—No me acuerdo.

—¡Con una tal!, ya te refrescaré la memoria.

—No lo sé, señor.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

Uno de los escribientes estaba apuntando cuanto yo iba diciendo, los nombres de mis padres, las señas que me encontraron y la estatura que me midieron.

—Si sabes firmar, pon ahí tu nombre, si no, lo mismo da.

Después les tocó a los muchachos que iban conmigo; también los regañó, los puso verdes.

—Bueno, ya están listos. ¡Sargento!

—Ordene, mi mayor.

—Causan alta los tres con esta fecha en la segunda compañía; rápalos, unifórmalos de reclutas, llévalos al capitán Sales. Recomiéndole a ese lagunero que parece medio levantado.

El sargento nos hizo entrar a otro cuarto lleno de monturas y de correajes. Allí, en un banquito nos hizo sentar a uno por uno y con una máquina nos peló al rape en un momento.

Nunca me habían pelado a mí tan de prisa y tan de mala forma. Como siempre había yo usado el pelo largo, se enredaba en la máquina y me tironeaba.

—Cuánto piojero traerán ustedes en esas greñas; así siquiera van a andar frescos. Ya están listos los tres de la cabeza; ahora encuérense.

Teníamos una poca de vergüenza.

—¡Encuérense, con una tiznada!

Quedamos en pelota.

—A'i tiene cada cual una camisa, unos calzones, huaraches, un chacó de cuero y una manta de cama; ese es el uniforme de los reclutas hasta que lleguen a ser soldados. Cuidado y se pongan otras cosas y vayan a estropear lo que les entrego. Ahí dejen todo lo que train; síganme.

—¿Puedo llevar mi morral y mi cobija?

—El morral no; la cobija, bueno, te dejaré que la lleves, a ver cuánto te va a durar.

—El morralito es un recuerdo de mi padre.

—Aquí se acabaron los recuerdos. ¡Vámonos!

Atravesamos otra vez el patio siguiendo al sargento. Sentía yo los huaraches broncos y el chacó me bailaba en la cabeza. Parecíamos changos los tres, de esos de los circos.

En un galerón muy grande estaba la cuadra de la segunda compañía a que íbamos destinados. El capitán nos recibió con indiferencia. Era un hombre alto y delgado, de mirada tranquila. Me dio la impresión de que había de ser mejor que el mayor.

El capitán nos llevó con el oficial de semana; éste nos entregó al sargento primero de la compañía para que anotara nuestros nombres para la hora de la lista. El sargento primero nos puso en manos del sargento de semana para que nos leyera las leyes penales militares.

Se sentó tranquilamente en un banco, nos pasó enfrente de él y comenzó a leer en un libro, hojas y más hojas.

Comete el delito de insubordinación, el militar o asimilado que con palabras, ademanes, gestos o señas, falte al respeto o sujeción debidas a un superior en categoría o mando, que porte sus insignias, a quien conozca o deba conocer.

Cometen el delito de desertión los que faltaren durante tres días consecutivos a las listas del día.

Cometen el delito de traición...

Cometen el delito de pillaje...

Violencia contra las personas...

Veinte años de prisión; pena de muerte; veinte años de prisión; pena de muerte, pena de muerte, pena de muerte...

El soldado no tiene más obligación que sufrir ni más derecho que a que le den cinco tiros.

Cuando se cansó de leernos el sargento, nos llevó con el cabo de cuartel; el cabo nos llevó con el soldado cuartelero, último eslabón en la cadena del servicio interior; el encargado de cuidar las cosas en la cuadra, de barrer y regar aquello.

—Aquí tienen su lugar, compañeros; cada uno de ustedes tiene derecho a un metro de terreno. Igual que una sepultura: un metro no más. Aí pueden dejar sus cobijas; fíjense bien en el número de las matrículas para que no se les pierdan. Cuando lleguen a juntar algunos centavos podrán comprar un petate, porque el suelo siempre no deja de ser frío.

Nos sentamos un momento en el suelo; estábamos en la mera orilla del galerón. Por unas ventanas altas con rejas, entraba apenas la luz del día, como si ya hubiera oscurecido. Allá en la puerta, al otro extremo de nosotros, sentado en una mesa

estaba el oficial de semana; cerca de él, el sargento; a media cuadra el cabo junto al banco de las armas y el cuartelero por allí barriendo.

Afuera se oía la corneta de cuando en cuando y casi siempre de diferente manera; ya conoceríamos más delante todos aquellos toques.

En el patio se oían cubetazos de agua y ruido de escobas.

El oficial de semana le gritó al cuartelero:

—¡Tú, cuartelero!; échame afuera a esos nuevos, que vayan por ahí a ayudar en algo.

Salimos escabullidos, sin saber cómo se tendría que hacer para pasar por delante del oficial y del sargento.

El patio estaba lleno de soldados con chacó y en calzoncillos como nosotros, atareados en echar agua en el suelo, que sacaban de unos barriles que traían otros desde una fuente, o barriendo con unas escobas largas de ramas que arrastraban de un lado a otro.

Apenas nos estábamos dando cuenta de aquello, cuando al mismo tiempo recibimos los tres un baño helado. Nos habían agarrado de sorpresa por detrás los soldados aguadores y nos habían empapado con sus baldes de arriba a abajo. Quedamos hechos una sopa; los chacós se fueron rodando y una carcajada salió de todas las bocas. Nos dimos cuenta de que estábamos pagando el noviciado; quién sabe qué más vendría después.

Un cabo, con un chirrión en la mano, nos mandó que nos pusiéramos a acarrear agua de la fuente.

Jesús llenaba el barril y Eulalio y yo lo cargábamos, llevándolo hasta el centro del patio para allí regarlo.

Seguía la broma; a Jesús lo acostaron a la fuerza entre el agua de la pila; a Eulalio y a mí nos volvieron a bañar cuando llevábamos el barril al hombro.

Consideré yo que de nada valía enojarse y agarré las cosas por el lado bueno; le eché el ojo al que me pareció más travieso y le sorrajé un cubetazo de agua por el pecho. ¡Nunca lo hubiera hecho!, se me echó encima el cabo del chirrión y me

agarró a golpes sin consideración; en donde caía el chicote: en la cara, en la cabeza, en la espalda.

Después supe que aquel a quien había yo bañado, era también un cabo. Yo no le vi ninguna cinta, andaba vestido igual que todos; yo no lo conocía.

Cuando se acabó el aseo del patio, nos dejaron entrar a todos en las cuadras; íbamos los tres con ganas de quitarnos la ropa para exprimirla y secarnos el cuerpo con nuestras cobijas.

Me quité la ropa y busqué mi cobija, aquella que traía del rancho, y no la encontré por ninguna parte; le pregunté por ella al cuartelero.

—Oiga, amigo: ¿a dónde fue a dar mi cobija colorada?

—¿Cuál cobija? Aquí no hay ninguna cobija colorada; todas son plomas.

—¿Cómo cuál? La que traiba yo del rancho; ya sé que las ralas que dan aquí son plomas, pero la mía es colorada y es de pura lana. Aquí la dejé cuando andaba usted barriendo, ¿no se acuerda, pues?

—Por a'i estará; búsquela.

—Ya la busqué. Usted es el que cuida aquí; usted me responde de ella.

—¿Yo?, ¿pues qué soy su mozo?

—Usted la ha de haber escondido. Démela o le va a pesar.

—A poco es usted la lumbre, ¡carbón!

Me tiró un manazo por la cara y allá fue a dar por el suelo otra vez el chacó de cuero. Le tiré una guantada que le alcanzó a una oreja.

Se puso furioso y nos agarramos a golpes. Los que estaban por allí cerca empezaron a chiflar y a gritarnos. Llegó al instante el cabo de cuartel hecho una fiera. Nos dijo un mil de malas razones y con una vara que agarró por allí, me zumbó fuerte por la espalda.

—Yo te voy a quitar lo lebrón, hijo de la tal. Los tenates se quedan allá afuera; aquí nomás los míos mandan.

—Pero mire usted señor; aquí dejé mi cobija colorada.

—Aquí no hay ninguna cobija colorada. ¡Enrédate en esa otra y vente para acá, para que aprendas, tal!

Me sacó para el patio a punta de golpes, envuelto en la cobija rala que me habían dado; me llevó para un rincón del patio. Echaba lumbre por los ojos.

—Parado aquí, ¡firme!, hasta que yo lo ordene. Si te mueves, te va a costar más caro.

Era un cabo, un superior; había que aguantar todo y obedecer. Me quedé parado donde me lo ordenó; sumiso, caído, agorromado.

No me quedaba ya nada de lo mío: primero los veinte reales en la cárcel de San Pedro; después el sombrero, la ropa y el morral; por último la cobija. Nada me quedaba de lo que tenía: el pelo, el ánimo, la esperanza; todo perdido para siempre. Un chacó de cuero negro con una bolita colorada, una camisa y unos calzones de manta; una cobija rala y unos huaraches. Eso era yo: una piltrafa de hombre sambutido en una cárcel; una especie de animal indefenso y acorralado.

A cada rato sonaba la corneta de la guardia diversos toques. Al mediodía toda la banda de cornetas y tambores tocó llamada y lista.

Me llevó para la cuadra el cabo que me tenía de plantón y me formé junto con los que éramos los de la segunda compañía.

El sargento pasaba lista; cada uno iba respondiendo “presente” cuando decían su nombre.

Después tocaron “parte” y el sargento fue a dar las novedades al oficial de semana; el oficial de semana; el oficial, al capitán de cuartel.

A poco rato, “rancho”. De a dos en dos fuimos pasando delante de unos peroles que echaban humo y que olían sabroso. Cada quien aprontaba sus trastes de hojalata y los rancheros les servían un cucharón de frijoles y otro de atole con chile; les daban también una pieza de pan y tres tortillas.

Mis dos compañeros y yo estábamos ya provistos de los mismos trastes que nos dio un sargento para nuestro uso.

A la voz de “rompan filas” nos desperdigamos todos a comer nuestro alimento. El corneta de la puerta tocó “atención” y entraron las viejas con las canastas ya bien revisadas.

Mis compañeros y yo estábamos juntos, sentados en un rincón, comiendo aquello que nos habían dado. Era bien poco.

—Tendremos que buscarnos viejas que nos traigan algo más de comer —dijo el mayor de los Villegas.

—¿Y con qué fierros? —preguntó el menor.

—¡Adiós!, con lo que nos paguen, igual que los otros. Creo que les dan dos o tres reales diarios todas las mañanas; así oí decir allá a algunos.

—¡Ah!, ¿luego nos van a pagar?

—¡Claro!, todos los días, y dicen también que cuando pierda uno algo de lo que le dan de ropa o de otras cosas, que se lo descuentan. Creo que hay algunos muy lanzas que le roban a uno lo que pueden y luego lo negocian; hay que andar águilas.

Ya que pasó el rato de la comida, el corneta de la puerta tocó “media vuelta” y salieron para la calle las soldaderas; la tropa fue a la pileta del agua a lavar los trastes. Nosotros hacíamos lo que los demás.

Otra vez a las cuadras a sentarse un rato y a ponerse los uniformes de dril, los que eran ya tropa vieja. A poco rato “llamada de instrucción” por toda la banda; nuevamente “lista”; a ponerse el correaje, a armarse y a marchar. A nosotros, los nuevos, que éramos seis en la segunda compañía, nos sacó un cabo al patio a darnos instrucción sin armas; no nos darían uniformes, ni correaje, ni máuser, hasta que no supiéramos marchar.

Mi ropa ya estaba seca y hasta bien me caía fresquecita como estaba, con el calor que hacía.

Estábamos los seis alineados enfrente del cabo. No paraba de hablar como si fuera un fonógrafo; siempre lo mismo, lo mismo. Sabía lo que nos estaba enseñando de memoria; ¡cuántas veces lo había dicho a tardes y a mañanas a los reclutas



primerizos! A veces paraba de hablar; nos corregía las posturas a patadas o a guantadas; cuando no le entendíamos se ponía hecho una furia y nos ponía del asco.

Él nomás hablaba; hablaba sin parar, como un disco:

—Fíjense bien; destápanse las orejas. Cuidado y no me hagan caso porque nos arreglamos de otro modo. Las voces de mando son de tres clases: de advertencia, preventivas y ejecutivas. Cuando yo mande ¡atención!, toman ustedes la posición militar, es decir: los talones juntos, las puntas de los pies separadas; el cuerpo derecho, el pecho echado para adelante; los hombros reterados para atrás; las manos caídas naturalmente de manera que el dedo chiquito de cada mano esté en la línea de la costura del pantalón... bueno, del pantalón cuando lo tengan puesto. Los dedos juntos; la cabeza derecha, la barba recogida y la vista al frente.

—Cuando yo ordene: ¡En su lugar, descanso!, adelantan el pie izquierdo unos veinte centímetros; es decir, una cuarta; y se carga todo el peso del cuerpo sobre la pierna derecha.

—Cuando mande yo: ¡Firmes!, vuelven a tomar la posición que tenían. ¿Me entendieron? Vamos a ver:

—¡Atención!, ¡en su lugar, descanso! ¡Firmes! Muy mal, ¡qué atajo de animales son ustedes! Voy a repetir otra vez, pónganse aguzados.

Repetía exactamente lo mismo; volvía a mandar y volvía a salir defectuoso el movimiento. Se enfurecía; gritaba y nos hacía ponernos firmes a patadas.

Vuelta a repetir y vuelta a mandar.

Después de mucho rato de corajes del cabo y de paciencia y resignación de nosotros, pasábamos a otra cosa.

—Estando firmes, se manda: ¡Saludo! A esta voz se levantará el brazo derecho con la mano extendida, los dedos juntos y la palma vuelta al frente, de manera que el dedo índice toque el extremo derecho de la visera del chacó; la cabeza levantada y la vista al frente. Así. ¿Lo vieron? Como lo hago yo, háganlo ustedes. ¡A ver! ¡Firmes! ¡Saludo! Mal; muy mal. Cómo serán

atascados; ¿no saben cuál es el dedo índice? El que sigue al dedo gordo, carbonos. ¡A ver!

—¡Saludo! ¡Firmes! ¡Saludo! ¡Firmes!... así se saluda de cabo arriba, a todo el mundo; ya lo saben.

—Ahora, vamos a marchar; fíjense bien cómo lo hago yo para que así lo hagan ustedes. La voz de mando preventiva es: ¡de frente! A esta voz, se carga el peso del cuerpo sobre la pierna derecha, inclinándose tantito adelante y doblando la rodilla izquierda. A la voz de ¡marchen!, se adelanta el pie izquierdo con la punta ligeramente vuelta para afuera; el paso ha de ser de setenta y cinco centímetros. Después se levanta el talón derecho y se cargará el peso del cuerpo sobre el pie izquierdo; en seguida se llevará la pierna derecha para adelante y se sentará en el suelo, adelante del pie izquierdo. Luego, después, otra vez el izquierdo y luego el otro. El cuerpo sin inclinarlo ni a la derecha ni a la izquierda, sin voltear los hombros ni cruzar las piernas; los brazos sueltos; la cabeza derecha y la vista al frente. ¿Entendieron?

Todos estábamos azorados con aquella explicación. Seguro que ninguno habíamos entendido; así lo comprendió el cabo.

—Bueno, en pocas palabras; se trata de caminar para adelante; cuando yo mande alto, se paran de un golpe. A ver: ¡De frente!, ¡marchen! Paso largo: uno, dos; uno, dos. Uno para el pie izquierdo, dos para el derecho. Uno, dos; uno, dos. No se vean las patas; levanten la cabeza. Muevan también los brazos, no sean agüitados. Uno, dos. ¡Alto! ¡Párense!, ¿qué no oyen? Ni siquiera saben caminar, ¡qué brutos son! Los voy a tener toda la noche caminando a ver si se enseñan. Prefiero tratar con animales, Dios me dé paciencia. Vamos a ver: ¡de frente!, ¡marchen! Uno, dos; uno, dos... ¡Alto!, con un tal; ¿no entienden?

Zarandéo a uno, le dio una cachetada a otro y una patada al de más allá.

—¡Me lleva el tren! ¡De frente!, ¡marchen! Uno para el pie izquierdo, dos para el derecho: un... do... un... do. ¡Alto! A ver, tú, ¿cuál es tu pierna derecha?

—Esta, señor.

—¿No les digo? ¡Me lleva!..., has de ser tú zurdo de las pezuñas. La pierna derecha es ésta; mírala bien, ésta, estááá. ¡De frente!... ¡marchen! Uno, dos... No miren al suelo, babosos. La cabeza levantada; los brazos sueltos; el paso largo. Parecen changos, merecían andar en cuatro patas. Uno, dos; uno, dos...

Toda la tarde estuvimos caminando por el patio del cuartel, hasta que llegó la tropa que había salido. Eran ya las seis de la tarde.

Tocó la banda y nos pasaron lista. Allí estaba todo el batallón en el patio; desde el coronel hasta el último soldado. Los sargentos primeros iban leyendo la lista y cada uno iba contestando presente, cuando le llegaba su turno.

La banda tocó “parte” y los sargentos le dieron las novedades a los subtenientes, los subtenientes a los tenientes, los tenientes a los capitanes segundos y los segundos a los primeros. Después al mayor, el mayor al teniente coronel y el teniente coronel al coronel. Una escalera de abajo para arriba hasta llegar a las estrellas.

El capitán ayudante leyó la Orden del Día, que todos oímos haciendo un saludo.

Después tocaron rancho; la tropa se fue a desarmar y a buscar sus ánforas de hojalata para la comida. Lo mismo del mediodía: atole y frijoles; una pieza de pan y un trago de café. Entraron las viejas con las canastas.

Había oscurecido y cada quien estaba ya en su lugar, en la cuadra; unos foquitos chicos y empañados, medio alumbraban el galerón lleno de gente apestosa a sudor. El tiempo se hizo pesado; largo como la cadena de un condenado. Conversaban en grupitos los soldados y las viejas; nosotros tres teníamos

nuestro mundo aparte; estábamos como apestados sin tener cabida entre los demás.

—A dónde hemos venido a caer.

—Y son cinco años, mano.

—¡Cinco años!, ¡quién los verá acabar!

—Aquí todo lo arreglan a golpes.

—A golpes y a mentadas.

El corneta de la puerta tocó “media vuelta” y algunas de las mujeres salieron de la cuadra; eran las que no iban a pasar la noche allí; la mayoría se iba a quedar a dormir con sus hombres.

Ya entrada la noche tocó toda la banda “retreta” y otra vez nos volvieron a formar para pasar lista. ¡Cuánta lista!, ¡como si pudiera alguien faltar allí, donde todos estábamos encerrados!

Otro tirón de aburrimiento y “silencio”; un toque largo, largo como el quejido de un agonizante; un toque triste, cansado, que parece que no se acaba nunca.

Comienza la gritería de los centinelas, de los rondines y de los cuarteros. Todos los demás se acuestan a dormir mientras llega la diana, para volver a empezar.

Los foquitos no se apagan, curiosean los bultos envueltos en los sarapes plomos de la tropa; oyen los ronquidos, los besos de las parejas entrepiernadas; ven, oyen y huelen lo que en otra parte daría vergüenza ver, oír y oler.

Allá, en la puerta de la cuadra, el oficial y el sargento de semana, platican; el cabo de cuartel cabecea y el cuartero ronca. Los bultos plomos de soldados y soldaderas, se revuelcan por el suelo.

Mi compañero me dice:

—Fíjate nomás, parecemos marranos.

—Peor, porque los marranos no tienen cabos ni sargentos y pueden revolcarse entre ellos a mordidas y a trompadas.



# LA INSPIRACIÓN

Agustín Aguilar Tagle

**E**n el “Ion o De la poesía”, Platón habla de la piedra que Eurípides llamó magnética y que otros llaman piedra heraclea. Señala que dicha piedra atrae los anillos de hierro y que comunica a éstos la virtud de producir el mismo efecto y de atraer otros anillos, “de suerte que se ve algunas veces una larga cadena de trozos de hierro y de anillos suspendidos los unos de los otros”.

Es con esta imagen que el maestro de Aristóteles define los efectos de la inspiración: “La musa inspira a los poetas, y éstos comunican a otros su entusiasmo, hasta que se forma una cadena de inspirados”.

“Una cadena de inspirados”, así llama Platón al contagio de la “locura que procede de las musas”. Sin embargo, veintitres siglos después, Thomas Alva Edison afirmará, con conocimiento de causa, que la inspiración es apenas uno por ciento del genio y que el resto es transpiración, es decir trabajo, esfuerzo.

Dicho con las palabras de un historiador y de un naturalista, la causa de toda proeza humana es la “voluntaria adopción de problemas” (Carlyle) y “una mayor aptitud para la paciencia” (conde de Buffon), cohesionadas estas y otras circunstancias

por la inteligencia del individuo, “aventura inconcebiblemente audaz”, como la llama Jorge Santayana.

Por su parte y desde su asombrosa precocidad, Giovanni Pico della Mirandola está convencido de que el hombre es un camaleón existencial que elige su forma y su función, a la vez que define sus limitaciones de acuerdo con el libre albedrío y que es capaz de transformarse a sí mismo en lo que desee.

Y nosotros, alejados de los dioses antiguos y de la genialidad, ¿dónde podemos obtener la inspiración para acometer nuestras propias hazañas?

Hay una respuesta: la experiencia de algunos individuos, como Francisco L. Urquizo. Gracias a su vida, ahora nos ilumina la aventura victoriosa de este sampetrino universal que consumó el atrevimiento de internarse a lo desconocido en busca de nuevas realidades o de la posibilidad de crearlas, acto heroico cuyo magnetismo nos atrapa y nos hace desear una vida semejante.

Porque no son los cautelosos quienes se internan en lo desconocido y cambian el mundo, no son los sensatos quienes salvan vidas desahuciadas y cambian el mundo, no son los prudentes quienes liberan pueblos enteros y cambian el mundo; no son ellos —los cautelosos, los sensatos y los prudentes— quienes han hecho las grandes revoluciones, no son ellos quienes han legado a la humanidad inventos, descubrimientos y nuevas dimensiones para nuestro ser y para nuestra naturaleza. Los padres de cada mundo nuevo son los soñadores, los rebeldes, los suspirantes, los insatisfechos, los insomnes, los indómitos, los insolentes, los desobedientes, los indomables, y Francisco L. Urquizo fue todo eso y más: un visionario del universo, no por ser adivino, sino porque su mirada creó una nueva realidad, y por esa capacidad de recrear el mundo es fuente de nuestra inspiración.



# SOBRE LA CIUDADELA QUEDÓ ATRÁS<sup>1</sup>

Elías Salas Westphal

**L**a Revolución mexicana dio origen a una literatura cuya temática trata sobre los violentos acontecimientos históricos entre 1910 y 1928, en los que además de decenas de miles de combatientes directos, también murieron dos jefes de Estado en funciones y un presidente electo, así como numerosos caudillos y multitud de inocentes ajenos a las armas. Esta literatura se ha manifestado, durante casi cien años, en una elevada cantidad de textos en todos los géneros: artículos periodísticos, crónica, cuento, novela, poesía, corrido, ensayo, teatro, historia, biografía y memorias; sigue dando de qué hablar y es fuente temática de importantes escritores, no sólo mexicanos.

Dentro de este mar documental, algunas obras subsisten como clásicas al ser continuamente valoradas, generación tras generación, y otras, menos, son rescatadas y motivo de una revaloración. En este segundo caso se encuentra, con un manojó de virtudes, *La Ciudadela quedó atrás* (1965) de Francisco L. Urquiza (1891-1969).

<sup>1</sup> Este texto es prólogo de *La Ciudadela quedó atrás*, México, 2009.



Su contenido fue cuidadosamente seleccionado, se apega al marco contextual en el que se inserta y sobresale la capacidad del autor de plasmar en pocas palabras lo esencial, así como el fino trabajo del artista que nos presenta, con sencillez formal y lenguaje llano, toda una secuencia de acciones con agilidad y tensión dramática en aumento gradual y progresivo que sostienen el libro, evitando que al lector se le caiga de las manos.

*La Ciudadela quedó atrás* es una obra de singular valor histórico y literario. En ella se rescata, con agilidad narrativa y estricto apego a los acontecimientos, uno de los más patéticos episodios de la Revolución mexicana, la llamada Decena Trágica, como es conocido el periodo (del domingo 9 al martes 18 de febrero de 1913) que duró el cuartelazo en el que fue derrocado y arteramente asesinado el Presidente de México, Francisco I. Madero, iniciador del movimiento revolucionario que obligó al dictador Porfirio Díaz a dimitir.

Urquizo logra introducirnos en el epicentro de los funestos acontecimientos históricos, tanto en el fragor de las batallas como en la configuración y desarrollo del maléfico plan, a través del relato testimonial del personaje que refiere los hechos como protagonista de la obra. ¿Pero quién es el escritor que nos permite conocer este eslabón fundamental de la historia de México, comprenderlo y compenetrarnos en el conflicto para dilucidar el dramático sentido de los acontecimientos?

Francisco Luis Urquizo Benavides nació el 21 de junio de 1891 en el seno de una familia de afanados agricultores cerca de la ciudad de Torreón, Coahuila. Fue enviado a la Ciudad de México para estudiar la secundaria en un prestigiado colegio, el Liceo Fournier, institución de inclinación humanista que le proporcionó el dominio del francés y los conocimientos básicos para las actividades comerciales.

A la muerte de su padre tuvo que hacerse cargo de los negocios familiares en su tierra natal; pero muy pronto, el 7 de febrero de 1911, optó por integrarse a “la bola” para combatir por la justicia y la libertad aliado de su paisano y vecino,

Emilio Madero, en las filas del llamado Ejército Libertador, en el movimiento contra la reelección de Porfirio Díaz. Después de algunas batallas en Durango, alcanzó el grado de capitán de la guardia rural, y el 11 de diciembre de 1911, con recomendaciones de la familia Madero, se integró al Ejército federal como subteniente de caballería auxiliar en el Escuadrón de Guardias de la Presidencia en la Ciudad de México. Fue testigo presencial de los acontecimientos que se narran en *La Ciudadela quedó atrás*. Luego de los hechos de la Decena Trágica, solicitó su baja del Ejército federal y se incorporó al Ejército Constitucionalista, comandado por Venustiano Carranza.

Urquizo fue objeto de los más altos honores militares y también probó en distintas épocas y circunstancias el polvo de la derrota. Debido a la persecución política en su contra, tras el asesinato de Carranza, se autoexilió en Europa. Cuando regresó a México estuvo proscrito del Ejército más de 10 años, durante los cuales se ganó la vida como burócrata de la Secretaría de Hacienda en puestos de mediana importancia. Lázaro Cárdenas lo reincorporó al Ejército y llegó a ser secretario de la Defensa durante el sexenio de Manuel Ávila Camacho.

Escribió desde temprana edad. Fue un cuidadoso observador de la naturaleza humana y asiduo estudioso de la historia. Se distinguió tanto por su curiosidad intelectual como por su espíritu de luchador por la justicia, la libertad y la dignidad humana. Esto se refleja en su obra, que consta de novelas, textos de historia, cuentos, crónicas de viaje, ensayos e incluso manuales militares. Está considerado como uno de los mejores novelistas de la Revolución mexicana y se distinguió por ser un escritor documentado y minucioso, que guardaba en forma ordenada sus notas y apuntes, así como por poseer una memoria privilegiada.

*La Ciudadela quedó atrás* es una de las últimas obras narrativas de Urquizo. Publicada cuatro años antes de su muerte, se refiere a hechos presenciales de su juventud, acontecidos cuando el autor tenía entre 20 y 22 años. La lejanía en el tiempo le permitió una perspectiva de neutralidad y compromiso

con su conciencia, más allá de cualquier valoración o perspectiva ideológica explícita.

Al acercarnos a esta obra, una de las primeras preguntas que nos surgen es ¿cómo clasificarla? El autor la presenta como memorias. Sin embargo, bajo esta modalidad literaria los escritores suelen presentar episodios significativos de su vida, que se constituyen en eje narrativo; no obstante, *La Ciudadela quedó atrás* rebasa este género no sólo porque las anécdotas personales se refieren en exclusiva a un periodo de la vida del autor, sino porque éstas han sido seleccionadas únicamente por su relación con el eje narrativo de la obra, que en este caso no es su vida entera, sino la participación del protagonista en la Decena Trágica y su incorporación al Ejército Constitucionalista de Venustiano Carranza para retornar a la Ciudad de México con el objeto de redimir el asesinato de Madero, quien días antes de su muerte había sido obligado a renunciar a la Presidencia de la República. El objetivo entonces era derrotar a Victoriano Huerta, el usurpador. No obstante, Urquiza nunca nos deja ver otras facetas, ajenas al eje temático, de la vida de los personajes históricos.

La posibilidad de ubicación de la obra como un texto histórico tampoco es factible, porque, aunque se apega a los acontecimientos y proporciona datos precisos y verificables sobre las acciones de los personajes históricos, estos hechos aparecen en relación con otros, ficticios o incidentales, pero sin pertinencia histórica, y concernientes, de manera exclusiva, al establecimiento de la tensión dramática o la recreación de anécdotas personales. Además, Urquiza suele intercalar en el texto comentarios y reflexiones personales ajenos a los hechos estrictamente históricos.

Con amplitud de criterio podríamos decir que la obra es una tragedia. Su asunto principal está constituido no sólo por la urdimbre de la traición de Huerta contra el jefe de Estado que le otorgó la confianza y jerarquía para defenderlo, sino por la confabulación de aquél con los ambiciosos enemigos

del presidente y el embajador de Estados Unidos, Henry Lane Wilson, así como la alevosa dirección de las fuerzas leales a Madero por parte de Victoriano Huerta para hacerlas caer tramposamente en hecatombes ante el fuego de traidores, con el consecuente desmoronamiento de la capacidad de defensa del presidente, pero este núcleo trágico forma parte de una visión más amplia acerca del movimiento revolucionario, tratada en este texto narrativo.

La obra tampoco parece ajustarse a la modalidad de la biografía, porque si se tratara de la narración de la vida del autor, ésta quedaría restringida a un pequeño periodo, entre los 20 y 22 años de edad, y en cuanto a sus actividades, se circunscribirían sólo a la faceta militar de su vida. No podría tratarse tampoco, por supuesto, de la biografía ni de Madero ni de Carranza, ya que el tratamiento de dichos personajes resulta incidental.

El más versátil de los géneros narrativos, que admite todas las modalidades y características señaladas, es la novela; es el único género que puede comprenderla cabalmente: incluyendo el exordio de las “Palabras preliminares” y las reflexiones intelectuales del autor. Por ello nos referiremos en adelante a esta obra como una de las mejores novelas de la Revolución mexicana. No se trata de una novela más sobre determinados episodios de la Revolución, sino de la obra literaria más significativa acerca de la Decena Trágica y, sin duda, una de las más representativas del maderismo.

El subtítulo de la novela es *Escenas vividas de la Decena Trágica*. Se halla constituida por un exordio intitulado “Palabras preliminares” y por 18 capítulos. Su contenido está conformado por acciones de progresión lineal en el tiempo. Se basa en los viajes del protagonista, en quien prácticamente se sustenta la voz narrativa (en primera persona y tiempo pasado) a lo largo de toda la novela, con algunas excepciones como las “Palabras preliminares”, algunas acotaciones explicativas y reflexiones intelectuales donde predomina el uso de la tercera persona.

En la novela encontramos cuatro planos de acción perfectamente identificados que giran en torno al eje central de la novela: el asesinato de Madero. El primero de ellos se refiere al viaje que, después de haber combatido en Durango con el ejército maderista antirreeleccionista, el capitán Urquizo, de la policía rural, realiza a la Ciudad de México para integrarse a la Guardia Presidencial del presidente Madero. El segundo plano corresponde al meollo conflictivo del asunto, que es la participación del protagonista en los hechos de la Decena Trágica. El tercero trata su regreso al noreste de México y al sur de Texas en busca de su incorporación a las fuerzas de Venustiano Carranza. Finalmente, el cuarto plano de acción narrativa comprende su inserción en el Ejército Constitucionalista y su participación en una importante batalla de la gesta épica que se dirige hacia la Ciudad de México para derrotar al usurpador Victoriano Huerta y restablecer el orden constitucional.

El escritor plantea en los primeros capítulos de la novela las condiciones de la trama, que incitan al lector a continuar con la lectura. Aunque sabemos cuál fue históricamente el desenlace, logra intrigarnos acerca de la manera en que sucedieron las cosas. Nos cuenta lo que le ocurrió al ingresar a la Guardia Presidencial y pone sutilmente al descubierto la candidez, ingenuidad y torpeza estratégica del presidente Madero. También recrea algunos aspectos de la Ciudad de México de esa época, que van desde el glamur de los bailes de la Academia Metropolitana hasta las precarias condiciones de la *juanada*.

Conforme avanzamos en la lectura, Urquizo, asumiendo la narración testimonial de los hechos de la Decena Trágica, nos ubica en el centro mismo de la conjura y las acciones cobran un intenso dramatismo bajo el fuego cruzado entre la Ciudadela y el Palacio Nacional.

La novela cumple cabalmente con una función social: denuncia la deslealtad, la traición, el contubernio y el oprobio de un grupo de ambiciosos que anhelan el poder a toda costa

por encima del honor y la legalidad; suerte que, con diferentes matices, también correría Venustiano Carranza, cuyo asesinato fue tratado por Francisco L. Urquiza en otra de sus obras narrativas: *México-Tlaxcalantongo*.

*La Ciudadela quedó atrás* se caracteriza por la presentación de los sucesos con economía y eficacia expresiva: dice mucho con pocas palabras. El autor rescata lo pertinente, deja sólo lo significativo y nos brinda una obra que sobrepasa su valor narrativo; en ella no interpreta los hechos ni emite juicios sobre las personas. Nos permite comprender mejor las pasiones, bajezas, vicios y debilidades humanas en torno al poder. Amplía la perspectiva de comprensión histórica del movimiento armado, político y social iniciado en 1910; por lo tanto, *La Ciudadela quedó atrás* debe ser considerada como una de las lecturas imprescindibles para conocer y comprender la Revolución mexicana.

●



## EPÍLOGO

Cuando te fuiste, se me vino todo encima, se me soltó un llanto angustioso, profundo... y caí al suelo, hincado. Me sentí en medio de la refriega, entre balas perdidas, tierra mojada y sangre ajena. Dolor nunca vivido, dolor en quién sabe qué profundidades del alma. No reconocí la realidad, me pareció absolutamente ajena, como si el anuncio de tu partida hubiera arrastrado mi alma hecha jirones hasta una densa oscuridad llena de polvo. Tu muerte arde, tu muerte ahoga, tu muerte es insoportable, inhumana. Lo bueno es que sigues vivo. *El mundo está amueblado por tus ojos*, y yo existo porque me miras. Quiero entrar en ti, perderme en ti, desaparecer en ti, regresar a ti. ¿Cómo te alcanzo si la eternidad huye, se esconde y me abandona en el tiempo?

Te llevaste todo, y nos dejaste en nuestra pequeñez, balbuceando tu nombre en cada esquina del día. ¿Hacia dónde miro para hablarte, para que me escuches? Hacia tu vida y hacia tu obra. Estás escondido en la inmensidad de tus palabras, detrás de cada uno de tus personajes. *Desde la profundidad de la vida, te llamo, padre, padre, escucha mi voz*, despierta en estas páginas, como siempre lo haces cada vez que alguien se asoma a lo que fuiste, a lo que eres y a lo que serás.

Tu hijo  
JUAN MANUEL



FRANCISCO L. URQUIZO

VIDA Y OBRA

Fue editado por el INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.

Se terminó de imprimir en 2017,  
en los talleres de Ediciones Corunda, S. A. de C. V.  
Tlaxcala 19, Col. Barrio de San Francisco,  
Delegación Magdalena Contreras, C. P. 10500,  
Ciudad de México.

Su tiraje consta de 1 000 ejemplares

El presente libro contiene diversas semblanzas del general revolucionario y escritor Francisco L. Urquizo Benavides, compiladas por el hijo del general, Juan Manuel Urquizo, en las cuales se analiza su obra militar y literaria. Se incluyen también fragmentos de varias de las novelas más conocidas de quien fue el escritor del soldado revolucionario: *3 de Diana*, *El polvo del camino*, *¡Viva Madero!* y *Tropa Vieja*.

Francisco L. Urquizo coadyuvó al rescate de la memoria de la Revolución social que dio nacimiento al México del siglo xx, misma que difundió a través de sus obras. Con esta publicación el INEHRM rinde homenaje a uno de sus fundadores.

CULTURA  
SECRETARÍA DE CULTURA

